



La  
coincidencia

*perfecta*

ANNIE J. ROSE

# LA COINCIDENCIA PERFECTA

ANNIE J. ROSE

Copyright © Annie J. Rose, 2020

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una revisión del libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o son usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia. La siguiente historia contiene temas de adultos, lenguaje fuerte y situaciones sexuales. Está dirigida a lectores adultos solamente.

Todos los personajes son mayores de 18 años y todos los actos sexuales son consensuados.

✿ Creado con Vellum

## ÍNDICE

Descripción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

¡Por favor no olvides dejar un comentario!

Sobre la autora

## DESCRIPCIÓN

### **Me pidió que fingiera.**

No tenía idea de quién soy.  
Me ofreció mil dólares para que fingiera ser su novio por un día.  
Soy millonario.  
Soy dueño de restaurantes en todo el mundo.  
Mi programa de televisión está a punto de estrenarse.  
Lo que no tengo es a una mujer como ella: salvaje, impulsiva y divertida.  
Nunca funcionaría.  
Está evadiendo a su magnate y controladora madre e intentando salvar su nueva empresa de apps.  
Lleva una vida alocada y no tengo tiempo para el drama.  
Pero de pronto me encuentro pilotando un helicóptero hacia la costa para rescatarla.  
En cuanto la tengo en mi cama, no hay forma de dejarla ir.  
Ella cree que es un error.  
Siempre obtengo lo que quiero, y la voy a hacer mía.

### **Basta de fingir.**

**D**ebía pensar rápido.

Nunca imaginé que se aparecería así, ni que tendría que presentar pruebas de mi novio imaginario. Ella conocía a todos mis empleados, así que no podía llamar a Brett para que fuera mi tapadera. No había tiempo de llamar a una agencia de empleos temporales y contratar a alguien. Me quedaba media hora.

Me quedé mirando los hermosos pasteles y galletas de la vitrina frente a mí. Quería llenarme la boca con ellos, pero tampoco había tiempo para eso.

No podía decir que mi novio imaginario estaba trabajando; acababa de responderle un mensaje diciéndole que estábamos pasando el día juntos. Eso fue antes de saber que mi madre estaba en Los Ángeles, no bien lejos en algún lugar de Asia.

Me volví hacia el cajero. Guapo, de cabello oscuro, hombros anchos y sabía usar cajas registradoras: es el elegido.

Eran tiempos desesperados.

Me incliné sobre el mostrador y le susurré: —Te ofrezco mil dólares en efectivo si te vas de aquí conmigo, te reúnes con una mujer en el café de enfrente, te llamas Blake y finges ser doctor. ¿Has visto Anatomía Según Grey? Bueno, no importa. ¿Puedes hacerlo?

—¿Qué? —dijo, mirándome como si estuviera loca.

Y, de haber tenido un espejo, estoy muy segura de que yo también me habría visto de la misma manera.

—Mira, es mi mamá. Es un dolor de cabeza, y cree que tengo novio porque me inventé uno. Me cansé de que me dijera mierdas por estar soltera. ¡Dirijo una compañía, por Dios santo! Uno pensaría que eso contaría por... Olvídalo. ¿Lo harás?

—¿Me llamo Blake?

—Sí, así que, ya sabes, quítate el delantal. ¿Tenemos un trato?

—¿Por mil dólares? Claro. ¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Me llamo Clara Rider. ¿Y tú eres...?

—Blake, por supuesto —dijo con una sonrisa astuta.

Mi estómago dio un vuelco como si estuviese en una montaña rusa y mis mejillas se calentaron por su contacto cuando estrechó mi mano.

Quizás acabo de gastar mil dólares para generarme un montón de problemas.

—Aquí está la historia resumida —le dije mientras lo apuraba por la acera—. Tengo una aplicación... Dos años de mi vida y cada centavo de mis ahorros. No está funcionando bien. Mi madre quería que renunciara y volviera a trabajar para ella. Me negué. Está amenazándome con quitarme el apoyo del único inversionista que me queda, que es amigo suyo, a menos que pueda

probar que le aplicación funciona. Es como Tinder, pero menos indecente.

—Y de alguna manera Blake es tu prueba —dijo.

Asentí, sorprendida de que lo entendiera tan rápido. Tal vez necesitaba replantearme lo mucho que he subestimando a los hombres que trabajan en ventas.

—Si no logro presentarle una pareja perfecta para mí, me quitará el apoyo del inversionista y ganará mis acciones mayoritarias en la compañía de diseño.

—¿Por qué hiciste una apuesta así? —preguntó.

—Desesperación. Fue la única táctica evasiva que funcionó, puesto que quería aplastar mi empresa y volver a tenerme bajo su poder.

—Suena encantadora —dijo con una media sonrisa que tuvo efecto en mí; como convertir mi estómago en miel fundida. Tenía que concentrarme. No tenía tiempo para fantasear con el chico de la panadería.

—Es complicada, pero supongo que todo el mundo lo es.

—Sabotear tu compañía no es ser complicado; solo es ser cruel —señaló.

—Sí, bueno, es mi batalla, y ahora debo ir a ganarla.

—A menos que yo sea Blake —dijo.

—Sí. Eres doctor. Nos conocimos a través de mi aplicación: Slay.

—Ese es un nombre un poco agresivo para una aplicación de citas.

—Agresivo... Como mujer que trabaja con tecnología, nunca me lo habían dicho. Qué original —dije poniendo los ojos en blanco—. Ahora vas a decir que no soy lo suficientemente simpática.

—No necesito que me agrades. Soy tu creación, tu novio perfecto, un doctor. ¿Desde hace cuánto estamos juntos? ¿Solemos ir de vacaciones? ¿Vivimos juntos?

—Como dos meses. Y no, no tengo tiempo para eso.

—¿No tienes tiempo ahora para discutir lo que supuestamente hemos hecho o no tienes tiempo para irte de vacaciones y coger?

—Ambas —respondí—. Ya llegamos. Intenta lucir bonito y no hablar demasiado —dije—. Y gracias por hacer esto.

—Te diré «por nada» más tarde, si sale bien —dijo.

Extendí la mano hacia la puerta del lujoso restaurante, pero él la alcanzó primero y la sostuvo. Levanté una ceja.

—¿Qué? Blake es todo un caballero —dijo con una media sonrisa que pareció retorcer mi ropa interior.



**E**staba loca de remate. Esta chica era demasiado exagerada. Todo era una emergencia. Me ofreció mil dólares para ir a tomar un café con su madre. No necesitaba el dinero, eso estaba clarísimo. Pero ¿todo el entretenimiento? Eso sí que me vendría bien.

Parecía que iba a ser una gran historia. La próxima vez que estuviese en Hong Kong en una de las fiestas aburridas de Daniel, tendría una anécdota divertida sobre aquella ocasión cuando ayudé a mi hermana en la tienda y una mujer extraña me rogó que fingiera ser su novio.

No me molestó que fuera hermosa. Habría estado igual de dispuesto a ayudar a una mujer menos atractiva, pero la verdad era que, cuando entró con esas piernas largas y su cabello castaño con rizos apilado en un moño desordenado, estuve dispuesto a aceptar cualquier cosa que me pidiera. Fue bueno que me pidiera hacer algo legal, porque habría sido humillante tirar toda mi carrera por la borda por ser atrapado traficando droga para una chica sexy e hiperactiva que me abordó en una panadería.

Era una distracción, y su draconiana madre prometía ser igual de salvaje por la forma en que hablaba de ella. Yo sí que sabía de padres controladores, después de todo, y pensé que sería buen karma apoyar a esta mujer Clara en su aprieto.

Yo había venido a este restaurante. No me impresionó. Era un lugar de almuerzos de moda entre comensales pretenciosos con ropa de diseñador, donde solo servían tres gotas de salsa verde en un plato. Tuve una reunión allí una vez, y luego tuve que comprarme una hamburguesa porque moría de hambre.

Clara estaba visiblemente nerviosa, de pronto incómoda con sus tacones mientras buscaba con la vista a su madre. La vi enderezar los hombros y la postura. La curva de su cuello, donde se encontraban dos mechones de cabello castaño sueltos, era elegante, lo suficientemente seductora como para hacerme querer besar el lugar donde se curvaba su hombro. «¿No sería ese un desenlace inesperado?», pensé con una sonrisa. Casi podía sentir su piel suave bajo la calidez de mi boca, la respiración sorpresiva que daría antes de inclinarse de nuevo hacia mí, con su espalda derritiéndose contra la solidez de mi pecho.

Una mujer se puso de pie, lo que hizo girar un poco su extraño poncho rojo sobrecargado por un collar de oro reluciente. La reconocí instantáneamente. No había visto el parecido entre Clara y la empresaria de medios Cynthia Rider. Cynthia había empezado en noticias locales, consiguió su propio programa de entrevistas sindicado y ahora era dueña de varias cadenas y de un imperio de estilo de vida que lo tenía todo, desde almohadas decorativas con piel de imitación para infomerciales, hasta una línea de relojes de platino a través de una marca de lujo italiana. En algún punto de camino a dominar el mundo, tuvo una hija. Una hija que me había ofrecido dinero para que le mintiera a su madre, lo cual parecía indicar que Cynthia Rider era mejor en los

negocios que como madre.

Mientras Clara hizo ademán de besar a Cynthia en cada mejilla sin tocarla, yo me quedé allí con las manos en el bolsillo y me pregunté qué pensaría de mis vaqueros rotos y mi camisa descolorida de los Giants. Ella no me reconocería tan rápido como yo a ella, pero existía el riesgo de que mi alto perfil pudiese descarriar la táctica de Clara antes de que comenzara. Sería mi responsabilidad asegurarme de que eso no pasara. Me pasé con tosquedad una mano por el cabello, desordenándolo un poco. Quería verme tan ordinario como fuera posible, tan intimidado como lo estaría un tipo promedio al conocer a la madre internacionalmente famosa de su novia.

Cuando Cynthia extendió su mano, tímidamente saqué una mano para sacudirla.

—Me llamo Blake —dije, con lo que esperé que fuera una sonrisa cohibida. Yo realmente no me sentiría avergonzado ni abrumado, pero era razonable que Blake, el doctor, se sintiese intimidado por alguien a quien solo había visto en la televisión.

—Sí, por supuesto. Clary me ha contado tanto sobre ti —dijo Cynthia locuazmente. Noté una leve arruga en la ceja de Clara por la mención del apodo.

—Bueno, ya sabe cómo es Clara —dije—, siempre tan abierta y comunicativa —la reté a que me mirase de reojo por ese comentario, pero se resistió valientemente.

—Por favor, siéntense. Ordenaré un poco de agua.

Hizo señas al camarero con la mano cubierta de anillos de rubí. «Como una sultana», pensé.

—Nos gustaría agua alpina suiza, sin gas, para todos —dijo.

Habría preferido una soda, y Clara se veía como si necesitara una margarita, pero no nos preguntó.

—Entonces, ¿qué la trae a la ciudad? —pregunté.

—Oh, me estoy desviando un poco de mi gira de conferencias para conocer al hombre que ha hecho tan feliz a mi hija.

—¿Ha venido hasta acá para conocerme? Qué halagador —dije con una sonrisa. Ella agitó un poco su mano y se dio una palmadita en el cabello—. Se ve exactamente igual, ¿sabe? —le dije—. Como cuando salía por la televisión en mi niñez. Estoy seguro de que se lo dicen todo el tiempo.

Cynthia se pavoneó un poco. Clara tragó agua de una manera que me hizo pensar que estaba severamente deshidratada o intentando no reírse.

—Bueno, quisiera escucharlo. Me gustaría saber cómo se conocieron.

—A través de Slay, su aplicación. No sabía que ella era la creadora de la aplicación cuando coincidimos, por supuesto. La encontré inteligente, hermosa e ingeniosa. Es difícil conocer a alguien en un club o de otra forma normal cuando tienes mi horario de trabajo.

—Sí, mencionó algo sobre tu trabajo. Eres ingeniero, ¿verdad? —dijo Cynthia, y me pareció sospechoso, como si estuviese poniéndome a prueba.

—No, supongo que no era tan bueno en matemáticas como en ciencias. Solo soy médico —dije suavemente.

Clara apretó mi mano por debajo de la mesa. Entrelacé mis dedos con los de ella de forma tranquilizadora.

—Y, ¿qué tal Singapur, madre? —interrumpió Clara para intentar apartar la atención de mí. Aproveché la oportunidad para contemplarla, para que su madre notara mi mirada de adoración.

—Pues, lo mismo de siempre. Terriblemente húmedo, encantadoras áreas verdes y mermelada de coco. Haré que Tabitha les haga llegar un poco —dijo.

—Tabitha es su asistente personal —dijo Clara.

—Ah, qué amable de su parte, pero no le genere más cargas por mí. No me gusta el coco —dije.

—¿De verdad? Clara dijo que te encantaba.

—Ja. Debe haber cometido un error, aunque creo que es el primero que ha cometido —digo con ligereza, volteando a lanzarle otra mirada romántica.

Pensé que era mejor no ser tan perfectos, tener un pequeño malentendido sobre las preferencias, ya que solo habíamos estado juntos por poco tiempo según la historia falsa de Clara.

—¿Fue al Jardín Botánico en su estadía en Singapur? Es algo digno de ver —dije.

—Mi recepción de bienvenida fue celebrada allí cuando llegué a la ciudad. Son impresionantes. ¿Cuándo estuviste allí? —preguntó como si estuviese recalculando.

—Pues, tenía un compañero de habitación proveniente de Singapur cuando estaba en la universidad. Fui a visitar a su familia unas vacaciones de verano —mentí suavemente.

Casi quise contarle la verdad, que aprendí a hacer dim sum allá cuando tenía diecinueve años, y que fue allí donde me hice cargo de mi tercer restaurante. Me sorprendió la necesidad de impresionarla, de callarla, porque nos hablaba con condescendencia a ambos.

—Clara odia Singapur. La humedad le hace cosas horribles a su cabello. Es una pena que no haya heredado mi cabello —dijo Cynthia, alisando su elegante pelo corto que bien podría haber estado hecho de cristal.

Clara escondió un rulo suelto detrás de su oreja, viéndose un poco insegura. La miré directamente.

—Yo amo su cabello. Es hermoso y apasionante, casi como algo vivo —dije.

Clara esbozó una sonrisa tímida, la misma chica temeraria que me ofreció mil dólares en efectivo para cumplir sus órdenes la primera vez que nos conocimos. Me gustó poder hacerla sonreír así. Decidí divertirme un poco con su madre.

—Amaba su aspecto después de que montáramos en la montaña rusa del Muelle de Santa Mónica. Estaba salvaje por el aire salado.

—No puedes hablar en serio. Mi hija nunca se montaría en eso. Incluso de niña les tenía miedo a los carruseles.

—Bueno, eso es porque yo no estaba allí para sostener su mano, Cynthia —dije—. Sí que fue valiente. Gritó durante todo el camino, pero sabe que yo nunca dejaría que nada la lastimara. Soy médico, después de todo —dije.

Clara se rio entonces, y la mejor forma en que podría describirlo sería como una explosión dulce, una carcajada. La risa de una mujer, no la risita de una niña tonta. Nuestras miradas cómplices se encontraron.

Justo en ese momento, Clara me soltó la mano y puso su brazo a mi alrededor. Me incliné hacia ella un poco, dejé que me acariciara el cabello desordenado y me consintiera. Me besó en la sien, luego la frotó con su pulgar, murmurando algo acerca de una huella de lápiz labial. Me reí.

—Ese lápiz labial. Si no lo supiera, juraría que duermes con el labial rojo puesto.

—Siempre manchan todo. Tenía un juego de copas de flauta Waterford preciosas que me dieron los Kennedy en honor a mi programa número 300, y uno de los cristales quedó grabado permanentemente con las marcas que dejó su pintalabios cuando bebió. Nadie en mi casa pudo limpiarlo apropiadamente. Poco importaba cuántos maquilladores profesionales contrataba para que le enseñaran lo básico. Nada le gustaba excepto los labios rojos —dijo Cynthia.

Hizo una pausa para ordenar nuestra comida, sin preguntar qué nos gustaría. Descansé mi mano sobre la espalda de Clara, inclinado hacia ella.

—Me gusta el lápiz labial. ¿Ella siempre es así? ¿Como si tener una mancha en su copa de los Kennedy fuera peor que el Ébola?

Clara ni siquiera sonrió un poco, solo asintió con la cabeza. Era increíble que hubiese tenido

las agallas de separarse de ella y hacer cosas por su cuenta. Su madre era tan despótica que ya no me pregunto por qué Clara había recurrido a crear una farsa e intentar engañarla.

Cuando llegó nuestra comida, Clara y yo teníamos tazones de quinua con trozos blandos verdes en ellos, y Cynthia tenía una ensalada de bistec con queso azul. El olor de aquello era tentador y me hizo odiar mi plato aún más.

—Sabía que a ambos les gustaría porque Clary me dijo que eres vegano. Espero que mi apetito carnívoro no te ofenda —dijo sonriéndonos.

Intercambié una mirada con Clara, que sacudió un poco su cabeza.

—No dije que éramos veganos, madre —dijo.

Lo dijo tan tímidamente, tan distinta a la presencia imponente que había tenido hace solo cuarenta y cinco minutos cuando entró descaradamente a la tienda de mi hermana hablando a un kilómetro por minuto. La transformación era lamentable. Todos somos un poco diferentes cuando estamos con nuestras familias, por supuesto; pero esto era dramático, como si le colgara un peso de los hombros que la hacía encorvarse y murmurar.

—No, a Clara y a mí nos encanta comer bien. A ella le gusta mi Pad See Ew con cerdo cuando tengo tiempo para cocinar. Es tan aventurera que me mantiene a la expectativa. ¿Fue la semana pasada que hiciste la pasta con alcachofas?

—No —dijo—, la semana pasada estaba en la exposición. Debe haber sido la semana anterior.

—Oh. Mis turnos son tan locos que apenas recuerdo algo, excepto caerme rendido en la cama cada vez que no estoy trabajando —digo, intentando sonar convincente.

—¿Cómo estuvo la exposición? ¿Conociste a algún inversionista nuevo? ¿Hiciste algún contacto valioso? —preguntó Cynthia.

—Fue un buen viaje. Aprendí mucho, conocí algunas personas —dijo Clara, aparentemente intentando desviar la pregunta. Claramente el viaje no había sido un éxito.

—A Clary realmente le ha costado que su aplicación gane importancia en el mercado. Es una pena. Estaba tan entusiasmada al principio. Y todos podemos estar de acuerdo en que Maxwell ha sido más que generoso y paciente contigo —dijo con advertencia mezclada en la voz.

—Cuando hablé con él hace unas semanas, no parecía tener ningún apuro —dijo Clara.

—Me lo encontré en Dusseldorf, en la escala de un vuelo. Nos tomamos unos tragos. Manifestó su decepción respecto a ti. Ambos lo hicimos —dijo.

—¿Perdone? —dije, recordándome a mí mismo que se suponía que era un doctor que estaba conociendo a la mamá de su novia, no un millonario acostumbrado a discutir con la gente cuando se pasaban de la raya. Era una lucha interna—. Si su idea de diversión es sentarse a hablar con sus amigos de la decepción que es su hija, no pensaría que sería lo suficientemente cruel como para decírselo. —Sentí mi mandíbula apretarse, deseando no haber prometido hacerme pasar por alguien llamado Blake que sería cortés y estaría asombrado por la madre famosa, no asqueado por su actitud como lo estaba.

—Es trabajo de una madre tener altas expectativas de sus hijos —dijo—. Estoy segura de que no serías doctor si tus padres no hubiesen...

—Mi papá me echó cuando yo tenía quince años. Así que su impresión de impulso y apoyo es incorrecta —dije, no punzantemente, sino tan afablemente como pude. Clara acarició mi espalda—. Está bien —dije.

Cynthia me miró fijamente como si de repente me hubiese salido una segunda cabeza.

—Para bien o para mal, los talentos de Clara son notables. Admiro que domine cada habitación en la que entra. Es una líder natural, es como un imán.

Las mejillas de Clara se ruborizaron un poco por mis palabras y sacudió la cabeza como para desviar el cumplido.

Cynthia siguió hablando en seguida como si no la hubiese acabado de reprender.

—También vine a la ciudad para hablar en una gala benéfica. La Fundación Bocas Hambrientas me contactó para dar el discurso principal de su evento anual de recaudación de fondos, así que estaré aquí por dos días más. Ojalá tenga la oportunidad de conocerte mejor y espero que los dos me acompañen a la gala, que sea un asunto familiar —dijo alegremente, apuntando los ojos a la incomodidad de Clara.

—Allí estaremos —dije—. El sábado en la noche. Saldré del trabajo a las seis. Hablando de trabajo, tengo que volver a la rotación quirúrgica como en hora y media. Si no le importa, ya nos vamos. Es nuestra única oportunidad de estar juntos a solas esta semana y me gustaría aprovecharlo al máximo. Sin ofender, pero su visita fue inesperada, y no puedo esperar ni un minuto más para estar a solas con Clara. Tenemos tan poco tiempo para compartir debido a mi horario.

—Oh, lo entiendo perfectamente. Fue encantador conocerte. Pueden marcharse. —Cynthia realmente soltó una risilla como si la insinuación hubiese sido muy astuta y como si no estuviese incómoda por la idea de que acababa de excusarme para poder ir a acostarme con su hija. Puse mi mano en la espalda baja de Clara y salimos del restaurante.

—¿Por qué hiciste eso? —dijo, una vez que estábamos en la acera—. ¿Por qué aceptaste ir a un evento?

—Porque es mi fundación. Estaré ahí de todos modos.

—¿Qué?

Disfruté la mirada en su rostro, lo asombrada que estaba.

—Bocas Hambrientas es la fundación que comencé cuando compré mi segundo restaurante. Se puede desperdiciar tanta comida en estos lugares. La fundación canaliza porciones no usadas o sobrantes, al igual que productos cercanos a la fecha de caducidad, hacia comedores de beneficencia que he establecido en grandes ciudades. Doy capacitación dos veces al año, allí les enseño personalmente a los empleados cómo combinar ingredientes de las sobras aparentemente incompatibles para hacer algo delicioso.

—Estás bromeando, ¿verdad? Es que trabajas en la caja registradora de una panadería.

—Creo que es hora de que nos presentemos apropiadamente —le digo, mientras camino con ella de vuelta a la tienda—. Me llamo Adrián Loy. He sido dueño de restaurantes durante diez años y he dirigido una fundación benéfica durante siete. He ganado premios y tres de mis restaurantes han ganado estrellas Michelin.

—Espera, ¿qué? —preguntó, estupefacta.

—Esa es la panadería de mi hermana. La estaba visitando después de entrenar, lo que explica el porqué estoy vestido así —dije disfrutando su expresión mientras me examinaba.

—Lo siento —dijo—. Fue idiota de mi parte ofrecerme a pagarle a un extraño para que se hiciera pasar por mi novio y asumir cosas sobre ti por el lugar en el que estabas trabajando.

—¿Por qué te disculpas? Me alegraste el día —dije—. Quiero decir, no todos los hombres son reclutados para fingir salir con una mujer loca y hermosa y conocer a la única e inigualable Cynthia Rider.

—De verdad aprecio lo que hiciste. No solo que fueras conmigo cuando prácticamente te arrastré, sino ser tan amable mientras almorzábamos. Fuiste un gran actor. Realmente le gustaste.

—Lo dudo. Pero no necesito gustarle. Fue una completa perra contigo.

—Así es ella —dijo Clara encogiéndose de hombros.

—¿Así de cruel y denigrante? Esa no es una buena forma de ser. ¿Por qué dejas que te trate así?

—Es mi mamá, y así es ella. Estoy acostumbrada. Y ahora no puedo hacerla enfadar porque mi compañía está atada a ella por medio de Maxwell Davies, el único inversionista que me queda.

—Solo estaba haciendo una observación —dije—. Pero soy tu cita para el sábado en la noche. Probablemente pueda presentarte mejores inversionistas en la gala que los que podrías conocer en una exposición de tecnología. Estos tipos están forrados.

—Es muy amable de tu parte. Pero no, gracias. Me parece una mala idea. Ya te he pedido más que suficiente, para empezar, y no tengo ningún deseo de escuchar a mi madre dar un discurso sobre su generosidad.

—Aceptamos ir.

—Tú no hablas por mí —dijo con frialdad.

—Alguien tiene que hacerlo si no hablas por ti misma. No la frenaste, ni le dijiste tu plan para el futuro, el por qué esta aplicación va a ser genial. Solo dejaste que te aplastara.

—Mira, gracias por tu ayuda. Sé que tienes buenas intenciones, y fuiste muy amable por involucrarte en mis problemas, pero no busco consejos de negocio de tu parte. Lamento haber interrumpido tu día con mi drama —dijo, y se volvió para irse.

—Espera. Te cubrí, no puedes hacerme ver como un mentiroso.

—Excepto que ya eres un mentiroso. Porque te pedí que lo fueses y lo hiciste.

—Oh, Dios, tienes razón. Ahora me voy a ir al infierno. Nunca había dicho una mentira en toda mi vida —dije riendo.

—Bien, te estás burlando. Necesitaba ayuda y me ayudaste. Eso es todo.

—¿Qué te hace creer que yo no necesito de tu ayuda también?

—Um, porque eres dueño de un trillón de restaurantes y tienes una fundación.

—Eso no significa que quiera ir solo a la gala.

—No creo que eso vaya a ser un problema. Estoy segura de que tienes esposa o novia o alguien que ha estado sacrificando pollos y haciendo muñecos vudú para intentar llamar tu atención —dijo.

—No creo que nadie nunca haya sacrificado un pollo. Aunque la sola idea me da hambre. Voy a necesitar comer algo después de ese triste tazón de granos y césped.

—Te invitaría un almuerzo, pero dijiste que estabas visitando a tu hermana y estoy segura que te gustaría pasar tiempo con ella.

—Te permitiré invitarme un almuerzo, pero solo si me prometes venir a la gala conmigo —dije.

Ahora era un desafío. Ninguna mujer me había rechazado antes. Necesitaba que dijera que sí por una cuestión de principios. De repente se sentía importante que accediera a ir conmigo. La mujer era un desastre de contradicciones: fuerte y abierta conmigo, tímida e insegura con su madre. Quería verla más y tal vez impulsar su imagen llevándola a la gala. Que la vieses conmigo elevaría su perfil, sin ánimos de ser arrogante.

—Mira, mi mamá se va a dar cuenta de que no eres el doctor Blake y de ahí no falta mucho para darse cuenta de que inventé todo. Obviamente te vería en la gala y diría: «Oh, mira, ese es el tipo de la fundación que es dueño de muchos restaurantes». Es prácticamente un milagro que no te reconociera cuando te vio.

—No tengo un rostro famoso. Todavía. Voy rumbo a ser un Gordon Ramsay, pero más amable. Mi programa aún no se ha estrenado, así que, a menos que ella pase mucho tiempo en la industria de restaurantes...

—Está en todos los medios de comunicación, un poco en ventas. Tiene una línea de hogar. Mantas decorativas de seiscientos dólares para adornar tu edredón, ese tipo de cosas.

—Me encargaré de esto. Tendrá que tomarse una foto conmigo, ya que soy el anfitrión y Cynthia dará el discurso principal. Podemos meterte en la foto de la página de farándula con tu mamá y novio famosos. Hará que tu marca sea más prominente.

—No eres mi novio. Y eso no explica el hecho de que no seas un doctor llamado Blake, a quien conocí en Slay.

—Bueno, eso fue porque tú dijiste mentiras. Yo no lo puedo arreglar. Pero puedo asegurarme de que a tu madre no le importe. Solo acompáñame a la gala. Estuve allí cuando necesitabas un acompañante. Creo que me debes una cita —dije con mi sonrisa más encantadora.

—Está bien —dijo casi a regañadientes y envió su información de contacto a mi móvil. Lo escuché sonar.

—Será mejor que no me estés dando un número falso —bromeé, victorioso. Clara sacudió la cabeza.

Se encogió de hombros y se marchó dando zancadas calle abajo. No pude evitar seguirla con mis ojos hasta que dobló la esquina.

—Va a tener un programa en Netflix. Lo investigué. Todavía no hay un anuncio promocional, pero había algunas fotos de la filmación. Está bueno —dijo Hayley, mientras sorbía su margarita de granada.

—Mira, yo no sabía quién era —dije—. Creí que le estaba pagando a un tipo cualquiera para que fuera mi novio falso. No esperaba que fuera famoso. Debió haberme dicho algo.

—¿Algo como qué? «¿Antes de que me sobornes para que te agarre el culo frente a tu mamá, deberías saber que soy un chef y dueño galardonado de restaurantes?» ¿Eso no sería un poco incómodo? —dijo Katie, sirviéndose otro vaso lleno de sangría.

Yo me bebí todo mi trago.

—Todo esto está plagado de momentos incómodos. Y la verdad, yo soy la culpable de todo. Fui yo quien comenzó a mentirle a mi madre.

—En tu defensa, la conozco desde que teníamos catorce años, y yo le diría cualquier cosa a tu mamá solo para callarla. Es que si empezara a interrogarme como lo hacía con esa gente en su programa de entrevistas, yo admitiría que tuve una infancia abusiva, que soy lesbiana y cualquier cosa que ella quisiera que le dijera. Aunque no fuese verdad —dijo Hayley—. Oye, ¿hay naranjas en la sangría o solo bayas?

—No lo sé —musité—. Está buena. Todos los tipos de frutas. Ojalá hubiese sido barman en vez de comenzar con esta aplicación estúpida.

—Detente —dijo Katie—. Estás siendo pesimista. Has trabajado durante años en esa aplicación y vas a lograr que funcione. Solo necesitas que algunos *influencers* hablen de ella en internet o algo. ¿De verdad no captaste ningún interés en la exposición?

—No diría que ningún interés. Seis chicos se ofrecieron a invitarme un trago y uno de plano me dijo que invertiría si le daba una mamada en el baño —dije, sirviéndome otro trago.

—Qué asco —dijo Hayley—. Espera, no lo hiciste, ¿o sí?

—Puaj, ¡no! —dije.

—Entonces era feo —bromeó Katie.

—¿Sabes quién no era feo? El Blake falso. Ya sabes, el tipo de restaurantes mundialmente famoso, Adrián Loy. Está jodidamente bueno. Digo, ¿quién necesita a todo el elenco masculino de Los Vengadores cuando tienes a este tipo cerca? Definitivamente tiene brazos que hacen que el Capitán América parezca un enclenque.

—¿Entonces te estás enamorando de tu chico de alquiler? —dijo Katie.

—No es mi chico de alquiler. Le ofrecí dinero para hacerse pasar por mi novio, lo cual, pensándolo bien, fue muy tonto.

—Cariño, tenías que producir un hombre para probar todas las historias que le habías dicho a



tu mamá sobre haber encontrado al Señor Correcto en Slay —dijo Hayley—. Se apareció inesperadamente. Lo hiciste bien y con muy poco preaviso.

—No realmente. No hay forma de que ella crea que alguien que luce como él estuviese conmigo. Además, probablemente lo reconoció durante el almuerzo —me quejé.

—Primero que nada, Cynthia nunca perdería una oportunidad de avergonzarte, así que no hay posibilidad de que lo haya reconocido. Lo habría estado gritando a los cuatro vientos, en un directo de Facebook. Todos en el hemisferio se habrían enterado de tu cita falsa con un chico famoso en diez minutos.

—Es que no puedo creer que sigo haciendo mierdas como esta. Mentirle a mi madre, intentar ocultar mis errores, crear redes de mentiras que podrían llevarme al Dr. Phil. No se atreven a nominarme para el Dr. Phil —dije.

—No lo haré —dijo Katie—. Es muy ruidoso.

—Además, no da tanto miedo como tu mamá, así que, ¿para qué? Probablemente solo te sentarías allí a pintarte las uñas mientras te grita, porque creciste con Cynthia Rider, y él solo es un aficionado en avergonzar a la gente —dijo Hayley—. Ahora, basta de la red de mentiras. ¿Qué tan bueno está?

Saqué mi teléfono de un tirón y le mostré como una docena de capturas de pantalla que tomé mientras investigaba su nombre y su carrera.

—Oh, escogió Alsacia en Francia para su segundo restaurante. Muy bonito. Me pregunto si te llevaría a cenar allá —dijo Hayley.

—Lo dudo —dije sintiéndome miserable—. Tengo suerte de que no me haya denunciado por abordarlo así.

—¿Intentaste comprarle favores sexuales? —bromeó Katie.

—No, pero si hubiese pensado que diría que sí, podría haberlo hecho —admití.

—Entonces ponte algo hermoso para la gala benéfica y llama su atención. Tal vez consigas algunos gratis —me animó Hayley.

—Desearía no haber aceptado ir. Creo que la sangría me hace quejarme mucho. Quítamela —dije—. Estoy en una situación demasiado difícil. Mi empresa significa todo para mí. Pensé que la estúpida apuesta con mi madre me daría algo de tiempo para mejorar las cosas, pero me salió el tiro por la culata.

—Tal como dije que pasaría —dijo Hayley.

—Lo sé. Debí haberte escuchado. Podría haber evitado todo este lío en el que me metí. Ahora tengo una fiesta con un hombre rico y famoso a quien básicamente insulté la primera vez que nos conocimos. Todo para encubrir la mentira que le dije a mi mamá intentando evitar que destruyera mi compañía. ¿Qué demonios he hecho? —dije.

—Al menos tienes una cita con un chico apuesto. Hay cosas peores —señaló Katie.

—Me da miedo. Es solo un recordatorio de cómo me he arruinado la vida —dije.

Pero sin importar lo que dijera, bajo las capas de inseguridad y alcohol, había un destello de emoción por poder ver a Adrián de nuevo.

Ese destello se convirtió en un resplandor cuando llegué a mi oficina al día siguiente y encontré un enorme ramo de rosas blancas esperando en mi escritorio. Las flores eran majestuosas y tenían un olor dulce. Cogí la tarjeta del sobre y me hundí en mi silla mientras la leía.

«No te preocupes por nada. Tu Blake Falso».

Sostuve la tarjeta en la punta de mis dedos y la miré fijamente. Katie se asomó desde su cubículo.

—¿Quién las envió? ¿Es Maxwell Davis diciéndote que cree en la aplicación? —bromeó—.

¿O es el tipo sexy del restaurante? ¡Por favor, dime que es él!

Le pasé la tarjeta, y emitió un chillido y aplaudió.

—Es tan genial. Me da la impresión de que este hombre lo tiene grande.

—¿Qué? Oh, Dios. Estás hablando de su pene. Apenas son las ocho de la mañana, Katie, y nunca se lo voy a ver, ni a pensar en eso.

—Oh, lo has pensado —dijo meneando las cejas.

—Todavía es demasiado temprano para que seas tan atrevida —refunfuñé.

—Sí, bueno, sigues acariciando esas flores y observándolas... Parece como si quisieras acariciar algo más que sus flores, si entiendes lo que quiero decir.

—Todos entienden lo que quieres decir, ugh —dije de mala gana con una risita—. Anda a hacer tu trabajo. Llama a algunos otros *influencers*, modelos, gente que haya estado en *reality shows* y tengan muchos seguidores en internet. Encuentra a alguien que patrocine a Slay —dije.

—Lo sé, lo sé, ve a ser una publicista, pero será mejor que dejes de toquetear esas flores, me está poniendo caliente —dijo Katie.

—Solo anda a salvar el día para no tener que pagarles a más cajeros de tienda para que finjan que les gusto —dije después de ella.

—Cariño, si te está enviando flores así, no está fingiendo —dijo riéndose.

Deseaba tantas cosas diferentes en ese momento. Deseaba no haberlo involucrado en mi lío, no haberle mentado a mi madre, haber diversificado mi plan de mercadeo antes de lanzar la aplicación. Lo que no deseaba que se fuera era el hecho de que podría verlo de nuevo. Aunque eso no era nada, un favor por un favor, si acaso, aún era hora de encontrarme cara a cara con Adrián Loy.

**M**ontreal estuvo estupendo, como siempre. La inauguración del nuevo restaurante marchó de maravilla. Llegaron todos los invitados VIP, el menú de degustación del chef era de otro nivel y había mucha prensa cerca para sacarle provecho a mi anuncio sorpresa.

Les agradecí a todos por hacer todo un éxito del nuevo restaurante. Agradecí a la comunidad de Montreal por aceptar la diversidad y por darle un lugar a los tipos de cocina. Conté una historia sobre mi tienda de fideos favorita en la que trabajé cuando me quedé solo, después de que me despidieran de Abercrombie por ser demasiado joven para trabajar a tiempo completo. A la multitud le encantó.

—Ha sido un sueño volver a traer mi marca a Montreal, donde aprendí por primera vez a hacer fideos a mano y sobre la ética de trabajo que necesitaba para alimentar a la gente día tras día. Así que este es el lugar perfecto para anunciar mi próximo proyecto, no un restaurante, sino una especie de tributo a este viaje increíble en el que estoy. He firmado un contrato para escribir mi primer libro. Será en parte un libro de cocina con algo de autobiografía, y en parte una guía sobre cómo construir un negocio que amas desde cero. Porque lo que más quiero para todos ustedes, más allá de que degusten un buen plato en uno de mis restaurantes, obviamente, es que puedan alcanzar sus sueños de la misma manera en la que yo he tenido la suerte de alcanzar los míos —dije.

Los aplausos resonaron, sacaron fotografías y fue un éxito. Cuando miré a mi alrededor mientras se servían degustaciones de postres, noté que Paul no había venido. Mi amigo y vicepresidente de Operaciones de mi compañía habría hecho que el evento fuera menos fastidioso, pero él odiaba las reuniones sociales. Era un hombre de números, bueno en lo que hacía, pero menos interesado en hablar con la gente al respecto. Habría sido agradable compartir la victoria con alguien, mostrarles el lugar y decir «¿ves esa planta de allá? La pusimos ahí porque hay una en cada uno de mis restaurantes, es como un símbolo, y se parece al cebollín que solía cultivar en el alféizar de mi ventana para cocinar cuando tenía tres empleos y solo podía rentar una habitación semanalmente».

Estaba pensando que sería bueno tener a Clara en la gala benéfica porque avivaría un poco las cosas. No sería tan aburrido como ir solo. E ir solo era necesario, a menos que quisiera salir con alguna oportunista que solo quisiera hacer contactos y abrir su propio restaurante o escribir sobre cocina y tener una conversación íntima exclusiva con la próxima celebridad, el chef Adrián Loy.

Justo cuando tomé una copa de champaña de una bandeja que iba pasando, Alyssa se acercó. No estaba feliz de verla. Trabajaba en Atlanta, así que no había manera de que estuviese cerca y hubiese decidido pasar a ver mi nuevo restaurante. Forcé una sonrisa.

—Qué sorpresa —dije—. ¿Cómo has estado?

—Te he echado de menos —dijo, moviéndose hacia adelante y tocando la solapa de mi chaqueta—. Fuimos muy tontos al pensar que encontraríamos algo mejor si nos separábamos.

—Queríamos cosas distintas —dije con la mandíbula rígida—. No fue tonto.

—Pero quiero que vuelvas. Tu hermoso restaurante, tu discurso, me recuerda a todo lo que amo de ti —dijo.

Me miró con sus ojos azules y sentí la antigua y conocida atracción, pero ya habíamos superado eso. Sabía quién era realmente: una diseñadora de interiores a medio tiempo que buscaba un esposo rico. Hace dos años no era lo suficientemente rico. Estaba muy involucrado en mi fundación benéfica y mucho dinero estaba invertido en proyectos en desarrollo. Ahora que un programa de televisión y un contrato para un libro estaban en marcha, por supuesto, decidió que me había amado desde el principio.

—Escucha, fue muy amable de tu parte que te tomaras la molestia de venir y espero que te quedes a disfrutar del menú. Está excelente. Ahora bien, estoy saliendo con alguien en Los Angeles.

—Eso no es un problema, Adrián. Tú y yo sabemos que estamos destinados a estar juntos. Sabía que tendrías tus aventuras antes de volver conmigo. Pero es hora de dejar todo eso a un lado. Seremos la pareja poderosa que siempre supe que podríamos ser. Todos nos tendrán celos. Debes estar tenso por todo el trabajo que le has puesto a este fabuloso restaurante. Vamos, salgamos de aquí para que pueda darte uno de esos masajes de hombros que te gustan tanto. Leeremos las reseñas en internet, disfrutaremos un poco de la cobertura de prensa de tu último triunfo.

Me tiró del brazo. Su vestido azul se ceñía en todos los lugares correctos, las curvas de su cuerpo eran tan familiares como sus palabras. Quería regodearse conmigo por el éxito, quería llevarme a la cama. Sería tan pecaminosamente fácil seguir esa ruta con ella, tener algo de sexo realmente satisfactorio y luego dejarla. Tal y como ella me dejó cuando cancelé unas vacaciones para encargarme de una reestructuración en la gestión de mi fundación. Pero no quería. Por primera vez, realmente no estaba tentado por Alyssa, por su cabello oscuro y elegante y su cuerpo perfectamente tonificado. Se veía desorientada y vacía, como desesperada. Sacudí la cabeza.

—Esa es una agradable oferta —le dije—. Y sé que tú puedes hacer sentir... —quería decir «pobre» o «miserable», pero me pareció grosero— ...feliz a cualquier hombre. Te deseo todo lo mejor.

Entonces intenté irme, pero se mantuvo siguiéndome como un zombi en una pesadilla, una zombi cachonda que solo quería mi dinero y mi reputación.

—Sé que tienes miedo de que vuelvan a lastimarte. Solo puedes encontrar amor real y duradero en alguien que te conociera desde antes de todos tus éxitos. Alguien como yo.

—Ya tenía dos restaurantes y una fundación cuando me conociste —señalé.

—Pero no habías tenido un éxito tan grande. Yo estuve allí en los comienzos humildes —susurró.

—Te llevaba a pasear en un Mercedes. Pasamos la Navidad en San Bartolomé. Esos no son comienzos humildes, Alyssa. Y estás insinuando que el hecho de que me hubieras conocido hace unos años te hace más confiable que las mujeres que conozca ahora. Eso está lejos de la realidad. Estoy saliendo con alguien —dije, mostrando todas mis cartas—. Su nombre es Clara. Es una emprendedora de tecnología en ascenso. De hecho, esta noche volaré de vuelta a Los Angeles para estar con ella. Así que pierdes tu tiempo. Lo lamento —dije, a pesar de no lamentarlo en lo absoluto.

Me acababa de dar cuenta de lo conveniente que era tener una novia falsa para quitarte a otra

gente de encima. Se debe parecer a lo que le pasó a Clara, que cayó en la trampa de las excusas cuando estaba acorralada. Apostó el interés mayoritario en Slay contra su posibilidad de hacer que la aplicación creara a la pareja perfecta. «Así que inventó una, como la mujer creativa habilidosa que era», pensé con una risita. Tal y como acabo de usar su nombre y su biografía para convencer a mi ex de que tenía novia. Era aterrador lo fácil que me había resultado.

**K**atie me convenció de que sería una buena estrategia de mercadeo subir un par de fotos en el Instagram de la compañía y en mi cuenta personal los días previos a la gala. Así que, cuando llegaron a la oficina los vestidos de diseñador que había alquilado para el evento, los colgué uno junto al otro y les tomé una fotografía. En la descripción coloqué: «¿Cuál me pongo?»

Katie había posteado una encuesta en nuestro Facebook donde los usuarios de Slay podían votar por el vestido que más les gustara para mi cita sexy. Uno era un vestido negro tubo, con un corte hermoso, una capa de encaje y manga corta: precioso y conservador, la opción ideal. El otro, el que de verdad me encantaba, era un vestido rojo tubo, con un solo hombro y una falda más corta y asimétrica. Era más atrevido que cualquier cosa que me hubiese puesto, y sé qué me poseyó cuando lo compré. Siempre incluyen dos vestidos con el pedido, y en vez de ser inteligente y ordenar el negro en dos tallas, había añadido el rojo a mi bolsa en vez de una talla adicional.

No me atreví a probármelos. Solo los observé con la misma incredulidad que sentí cuando vi el lujoso ramo de rosas encima de mi escritorio, como si estas cosas no pudieran ser parte de mi vida real. Katie se apresuró hacia mi escritorio unas cuantas veces para decirme cuántos votos tenía la encuesta en Facebook, cuántos Me Gusta habían acumulado los vestidos en Instagram.

—¿Por qué a esta gente le importa? No me conocen —dije.

—Tal vez quieren hacerlo. Creo que deberías abrir un blog en la página web y hablar de citas, de lo difícil que es conocer a alguien genial. ¡Añade una verdadera historia de amor contando cómo coincidiste en la aplicación con Blake!

—¡No fue así! No me apareció como una buena coincidencia en Slay. Lo soborné en una panadería y no es real.

—Claro que sí lo es. Mira esto. Tiene un contrato para un libro —dijo, mostrándome un artículo que había buscado su teléfono.

—No es quien yo dije que era. No es Blake, el médico saturado de trabajo al que le gusta ir a la playa. Es un empresario y está a punto de salir en televisión. No es como que pueda montar su foto por todas nuestras redes sociales anunciando que es Blake y que es mi novio.

—¡Claro que es tu novio! Fue a almorzar contigo y con Cynthia. Te mandó flores. Van a ir a una fiesta de gala juntos.

—No estamos saliendo. Las flores fueron para hacerme sentir mejor por ser una perdedora tan obvia que tuve que inventar un novio.

—Claro que no. Es como que te rescató cuando lo necesitaste y luego te cortejó.

—Eh, no —dije.

—Publica una foto de esas rosas. Conseguirán reacciones en internet, así nadie dirá que son flores platónicas —dijo Katie.

—Está bien —dije, y subí una foto a nuestro Instagram.

—¿Ya les habías tomado fotos?

—Sí. No recibo flores todo el tiempo, ni nunca. Así que les tomé una foto.

—¿Una foto?

—Bueno, unas cuantas —confesé.

A las tres terminó la votación y el vestido rojo había ganado. Muchos comentarios decían que el vestido negro tenía más clase, pero que el rojo era más divertido. En general, los seguidores querían que tuviera una noche divertida. Estaba más emocionada de que mi vestido favorito hubiese ganado una votación entre extraños de lo que debería. Publiqué que los usuarios de Slay se habían expresado y que me pondría el vestido rojo para mi cita misteriosa. También prometí publicar una foto con el vestido puesto.

Pero, cuando me lo puse, subí una foto de mis zapatos (tacones de aguja con tirantes que ya tenía) y los pendientes brillantes que me prestó Hayley. Hice una publicación sobre la emoción de prepararse para una gran cita y dejarse fascinar por la esperanza de que este podría ser El Indicado. Sabía que Adrián no era El Indicado y no usaría su nombre o su foto sin su permiso, pero era divertido fingir. Esa era la parte de la historia falsa de Blake que me había llegado a gustar, la diversión de imaginar que era real. Y con un vestido rojo asesino y mi característico labial rojo, casi podía creer que era verdad.

Katie me llamó cuando estaba retocando mi delineador.

—Hola —le dije.

—Hola, tú. ¿Tienes idea de cuánto han subido nuestras interacciones? No solo en las redes sociales por tus fotos personales y publicaciones. Las descargas de la aplicación se están disparando, como si buscáramos un lugar en el Top 100.

—Estás bromeando. No hemos visto números así desde la primera semana. No importa cuánto hayamos monetizado, no importa cuánto... Espera, ¿no crearás que esto tenga algo que ver con mis vestidos y zapatos y esas cosas?

—Bueno, veamos, Clara. ¿Qué otra cosa hemos hecho diferente? Nada. No hay un gran impulso publicitario, ni nuevos *influencers* añadidos, ni siquiera una actualización de seguridad. Así que sí, es por ti. Aparentemente tienes valor comercial. Tu vida y decisiones como una mujer que tiene una cita. Tus vestidos y tu emoción y esa clase de cosas. Lo hace más personal.

—Eso es lo que hacen los *influencers*. Para eso es que les damos la aplicación gratis o les pagamos.

—¿Y si intentas generar interés en las mujeres que se registran en aplicaciones de citas? Mujeres trabajadoras que tengan esperanza y estén desanimadas.

—Eso suena muy trágico —dije, tapando mi delineador—. Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Toma un par de fotos esta noche. Sin rostros. De una copa de champaña, o de un candelabro o algo, un objeto que se vea inusual. Asegúrate de tomarte una buena foto antes de que te desarregles. Esas las subiremos después.

—No me voy a desarreglar. No es como si fueran a servir costillas o algo así. Vaya, ahora quiero costillas —dije riendo.

—No con un vestido que no es tuyo. ¿Cómo te queda?

—Es precioso. Te mandaré una foto. Debo terminar de alistarme e irme. Es tan extraño que alguien siquiera haya votado en esa encuesta. Bueno, te quiero, adiós —dije.

Me coloqué unos cuantos alfileres más en el cabello y lo rocié otra vez con la esperanza de que se mantuviera el pequeño tocado que me había logrado hacer con la ayuda de unos tres kilos de alfileres y un tutorial que encontré en Pinterest. Se veía bien, por ahora al menos.

Cuando Adrián tocó a mi puerta, la abrí entusiasmada.

—Pasa —dije—. Te mostraré la casa.

Me encantaba mi apartamento, y me alegraba no tener que mostrarle un apartamento de mierda, tipo estudio, a Adrián Loy, la estrella en ascenso del mundo de la cocina. Presumir del mismo me dio algo que hacer que no fuese mirarlo fijamente y pensar que se veía demasiado perfecto con su traje. Notó el tazón rojo de Murano que compré cuando estudié en Italia.

—Es hermoso. ¿Te gustó la comida en Venecia?

—Solo estuve allí dos días. No lo recuerdo realmente. Aprendí muchísimo sobre la horrenda y violenta historia de allí. Compré una tobillera de oro —lo cual parecía una buena idea cuando tenía veinte años, pero no es la pieza de joyería más útil que pude haber elegido como *souvenir*— y el tazón. Ese tazón al menos es una buena pieza de conversación. Aunque estoy bastante segura de que no está hecho para alimentos —dije.

—Eso no lo sé. No me importaría ver la tobillera de oro —dijo, dejando que sus ojos se deslizaran por mis piernas descubiertas.

Me reí y sacudí la cabeza. No es posible que esté coqueteando conmigo. Solo era su encanto natural, no lo podía evitar. Igual que yo no parecía poder resistirme.

—Deberíamos ponernos en marcha —dije, desviando mi repentino deseo de mostrarle mis tobillos.

Me abrió la puerta del Lincoln Town Car donde esperaba su chofer. Me subí y le hice espacio. Cuando se sentó a mi lado, noté lo cálido que estaba, lo extraño que era estar tan cerca del calor corporal de otra persona. Fue como si mi cuerpo reaccionara con exageración. Sentía escalofríos formándose en mis brazos, el rubor correr por mi pecho. Me obligué a respirar profunda y lentamente.

—¿Te encuentras bien? —me dijo, probablemente notando el hecho de que hacía alguna versión de la técnica de respiración de Lamaze que vi una vez en una película, solo para evitar estirarme y tocar su rostro, su brazo o algo realmente inapropiado.

—Estoy bien —dije—. Solo un poco nerviosa, supongo.

—¿Entonces no recibiste mi mensaje? Decía que no te preocuparas.

—Recibí las flores. Son las más hermosas que he visto. Realmente no tenías por qué hacerlo. Digo, convencer a mis compañeros de trabajo de que íbamos a salir, ni nada.

—Curiosamente, no pensé para nada en tus compañeros de trabajo. Pensé que te gustarían las flores.

—Me gustan. De verdad me gustan. Solo que no entiendo por qué las enviaste. Nadie es tan amable —dije.

—¿Tal vez yo lo soy? —dijo con malicia.

—Oh, Dios, el encanto otra vez no. Tienes que advertirme antes de activarlo.

—No lo puedo evitar. Solo soy así —dijo Adrián con una risilla, solo para que yo supiera que no se tomaba a sí mismo muy en serio.

—Nunca nadie me había enviado flores —admití.

—Entonces has estado saliendo con los hombres equivocados —dijo.

—Probablemente sea verdad —dije—. Mi último novio y yo rompimos hace poco más de un año. No pudo soportar que pasara mucho tiempo en el trabajo desarrollando la aplicación con mi equipo. Así que le puse fin a lo nuestro. No fue fácil, pero era lo correcto. Si alguna vez me hubiese enviado flores, habría entrado en *shock* y me habrían tenido que resucitar.

—Suena como un buen partido —dijo Adrián.

—¿Cómo estuvo Montreal? —pregunté.



—Estuvo genial. Amo la ciudad, y la comida es asombrosa. La inauguración marchó bien, hubo buen público. Publicaron algunas críticas buenas en cuestión de horas y conseguimos estar en la primera plana de una revista nacional.

—¿Entonces qué va mal? Porque estás jugando con tu reloj.

—¿Qué?

—Estás inquieto. Como cuando estábamos almorzando con mi madre, por lo que, por cierto, nunca me podré disculpar lo suficiente, estabas impresionantemente calmo, podías mantener las manos quietas. Así que cuando te agitaste, supe que pasaba algo.

—¿Estás segura de que no haces perfiles criminales o algo así?

—No, solo veo a quienes los hacen en la televisión —dije—. Pero tengo razón, ¿verdad?

—No pasa nada. Estuvo genial —dijo.

—Y... estuvo genial y... —lo incité.

—Mi ex estuvo allí.

—Oh —dije—. ¿Y cómo fue?

—Más o menos como esperé que fuera tan pronto como la vi. Quería que volviéramos a estar juntos.

—¿Y tú quieres? —dije conteniendo la respiración. Quería parecer interesada, como una desconocida amable. No como si de verdad estuviera esperando que dijera que por supuesto que no.

—No funcionó la primera vez. ¿Por qué volveríamos? —dijo como si fuese obvio.

—¿No eres fanático de las segundas oportunidades? —dije.

—Alyssa tenía una idea de lo que se suponía que la vida sería conmigo, y yo no encajaba con sus expectativas. Pensó que por mi familia yo tendría un enorme fondo fiduciario para hacer lo que quisiera.

—¿Pero no te habían echado? Sé que me estoy entrometiendo, pero le dijiste a Cynthia que te habían echado y pareció... pareció real —dije.

—Sí. Por lo que no tengo un fondo fiduciario —dijo, encogiéndose de hombros como de manera forzada.

—Yo tampoco lo tengo. Míranos, un par de niños ricos mimados teniendo que trabajar para ganarse la vida —dije, dándole un golpecito en el hombro con el mío—. Solo que tú no tuviste los años malcriados de adolescencia y universidad que yo.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por no preguntarme por qué me echaron.

—No es asunto mío. Quiero decir, soy curiosa, pero no nos conocemos desde hace mucho. No creo que quisieras discutir eso conmigo camino a un evento de caridad.

—Y estarías en lo correcto. Ahora, dime, ¿qué es lo que te da más miedo? Porque te has mordido las uñas hasta destrozártelas. No me molesta, no te avergüences. Solo lo noté porque...

—¿Haces perfiles criminales? —bromeé.

—Porque todas las mujeres y la mayoría de los hombres que conozco tienen uñas perfectas, con la manicura hecha. Estás arreglada, bien vestida, y tus manos se ven como las de un estudiante de segundo año la semana de exámenes finales.

—Es un mal hábito. Cynthia me llevó a un hipnotista cuando tenía dieciséis para intentar que me detuviese, pero no funcionó. Tampoco funcionó quitarme el teléfono, ni enviarme a terapia ni usar los tratamientos para uñas del spa terapéutico, que sabían terrible. Nada de lo que intentó me convirtió en la hija perfecta.

—¿Y quién dijo que alguien pudiera ser perfecto? —preguntó.

—Obviamente nunca viste el programa de mi madre.

—Solía verlo con la señora Trimby, nuestra cocinera, cuando era pequeño. También me dejaba lamer la crema pastelera de las cucharas mezcladoras. Era la mejor.

—Nuestro cocinero solo hacía comidas bajas en carbohidratos. Un año, cuando insistí en un pastel de cumpleaños de chocolate, le puso habichuelas verdes para añadirle fibra y vitaminas.

—Vaya. Qué cumpleaños de mierda tuviste —dijo riéndose—. Nuestra cocinera era inglesa, así que comíamos pasteles de carne y salchicha y cosas así cuando era niño. Es curioso porque, cuando voy al Reino Unido, siempre le compro una tarta a algún vendedor y me la como caliente, del mismo modo en que ella solía hacérmelas de almuerzo.

—Ay, recuerdos felices de la infancia con los sirvientes —bromeé.

—Sí, bueno, nunca les echó habichuelas a mis postres, así que voy ganando —dijo.

—Lo siento —dije—. Si no es muy... molesto decirlo. Siento que las cosas hayan sido una mierda para ti. Y que luego hayas tenido una novia de porquería.

—No es tu culpa. ¿Por qué te disculpas? —dijo.

—Porque es una mierda.

—¿Esperas que la gente te tenga lástima porque tienes una madre rica y famosa?

—No. Soy mucho más privilegiada que, digamos, el 95% de la gente.

—Entonces estemos de acuerdo en que todo el mundo tiene cosas buenas y cosas malas, y dejémoslo así. No quiero que desperdiciemos nuestra noche pensando en cosas malas —dijo.

Adrián habló como si nuestra noche fuese algo precioso, algo que él quería disfrutar. Así que asentí, sin saber qué decir realmente.

—Te ves maravillosa. Debí haberte dicho algo desde el principio. Iba a hacerlo, de hecho, pero me diste un tazón y empezamos a hablar de Italia —dijo.

—Es un gran tazón. Y tú te ves más guapo que yo, sin ninguna duda —dije.

—Y aun así creíste que era un cajero con mucha suerte y me ofreciste dinero para hacerme pasar por tu novio doctor.

—Ese no fue mi mejor momento. Probablemente sea lo más estúpido que haya hecho. Solo soy tan infantil e impulsiva cuando se trata de mi madre. No es su culpa: es mía. Da igual, te ves increíblemente guapo y tal vez ya no tengo tanto miedo de esto como antes.

—Aunque, tus pobres uñas...

—Están acostumbradas. Yo... no estoy emocionada por explicarle a Cynthia que le mentí y que perdí su ridícula apuesta. Pero es hora de que actúe como una adulta cuando estoy con ella y que me haga responsable de mis errores.

—Ella te hace responsable de cosas que ni remotamente son tu culpa.

—¿Como mi cabello? Dios, tuve que hacerme secados brasileños y alguna clase de tratamiento de alisado japonés para intentar arreglar mi cabello y que se pareciera más al suyo. Pero es que se vuelve a rizar.

—Para mí se ve bien. No necesitas cambiar. Aunque sí necesitamos prepararnos para llegar a la alfombra roja. Ya nos toca.

Nuestro auto se deslizó hasta la acera y salimos hacia una alfombra roja. No era mi primera vez, yo había sido el accesorio favorito de mi madre en los premios Daytime Emmy cuando era pequeña. «Solo sonrío y no digas nada», recordé. Una sonrisa falsa se deslizó por mis facciones mientras nos deteníamos a posar para las fotos. Adrián dijo cosas sobre la beneficencia del hambre. Me presentó como su novia. Parpadeé en su dirección, sorprendida, pensando que como mucho diría «amiga» o «invitada». Pero fiel a mi entrenamiento, seguí sonriendo en silencio.

Adentro, fuimos escoltados al salón de baile del hotel, adornado con dramáticas decoraciones negras y plateadas. Me aferré al pliegue de su codo mientras nos movíamos a través de la multitud. En la mesa principal, mi madre estaba resplandeciente con un vestido blanco, sin duda un Valentino, de hombros descubiertos y una falda larga y dramática. Llevaba un collar de esmeraldas tan grande que lo podía ver desde el otro lado del salón.

—Ten coraje —me murmuró Adrián inclinándose a mi oído. Me estremecí cuando su respiración acarició mi cuello.

—Estará concentrada en ser el centro de atención y en ser sensacionalista para la prensa. Es muy importante como para pasar la noche pendiente de mí —dije, más para asegurármelo a mí que a él. Luego miré hacia arriba y mis ojos se encontraron con los suyos, dejando mostrar mi miedo por una vez. Adrián deslizó su brazo alrededor de mi cintura—. Sígueme el rollo y esta será una historia divertida, más nada.

Cynthia estaba rodeada de gente, su asistente personal se mantenía cerca en caso de que las celebridades fastidiaran a mi madre y necesitaran ser espantadas. Adrián caminó directo hacia ella y le extendió la mano.

—Nos encontramos de nuevo —dijo.

Cynthia, loablemente, no le echó ni un vistazo. Le dio la mano.

—Me alegra mucho que puedas ser nuestra oradora esta noche. Creo que conoces a mi novia, que está aquí —dijo con una sonrisa descarada.

—Así es. ¿Qué significa esto, exactamente? ¿Una broma para un *reality show*? Qué poca clase —resolló.

—No, no estamos en un *reality show*. Bueno, estoy a punto de ser jurado en uno, pero solo somos una pareja normal. Además del hecho de que es tu hija, obviamente. Queríamos pasar desapercibidos hasta que nos conociéramos. Así que concebimos una pequeña historia en la que yo era doctor en vez de dueño de restaurantes. Estoy seguro de que sabes lo conveniente que puede ser viajar con un nombre distinto o usar un alias en un centro turístico por el anonimato —dijo. Estaba apelando a su sentido de autoimportancia, a su conocimiento práctico de la fama y al engaño. Podría haberlo aplaudido.

—¿Intentas decirme que te hiciste pasar por un doctor con mi hija?

—Por supuesto que no —dije en voz alta—. Adrián y yo hemos sido honestos entre nosotros desde el primer día. Es muy protector conmigo y no quería que pareciera que éramos solo otra pareja de la alta sociedad en la sección de farándula. Mantuvimos un perfil bajo hasta esta noche y, siendo honesta, estoy un poco nerviosa.

—Ah. Déjame ver tus uñas —dijo Cynthia, chasqueando sus dedos y extendiendo el brazo. Levanté mi mano y restalló su lengua como si hubiese bebido directamente de la jarra de crema en una tarde de té con la reina, lo cual sí hice una vez cuando tenía ocho años, pero esa es otra historia.

—Te vez encantadora —dije automáticamente—. Es bueno verte de nuevo.

—Es un Valentino —dijo mostrando su sonrisa perfecta.

—Eso pensé.

—Ah, ¿quién diseñó tu vestido?

—No tengo idea. Es rentado —dijo con franqueza—. Tengo que devolverlo el lunes o pagar una multa por retraso.

Mi madre se quedó temporalmente en silencio, lo cual valía mucho la pena ver. Adrián me atrajo más hacia él.

—Fue bueno verte y espero con ansias tu discurso más tarde. Pero tenemos que dar algunas

vueltas —dijo, guiándome por la mesa principal para saludar a los miembros de la junta directiva. Nos movimos de grupo en grupo, charlando un poco. La gente fue amable y solo tres de ellos dijeron: «Oh, ¿no eres la hija de Cynthia?», a lo que respondí que sí, de hecho, su única hija. Comí camarones y le susurré a Adrián que tenía que probarlos.

—Es mi receta. A mí me saben a jabón... Soy de los que no soportan el cilantro.

—¡Pero están tan buenos!

—Para mí no. Bien podría morder una barra de marfil —dijo—. Ahora están mostrando una presentación sobre todas las comidas que hemos servido. Sentémonos.

Me llevó junto a él hasta una mesa redonda que estaba hacia un lado. Señalé las tarjetas de los asientos, que indicaban los nombres de otras personas.

—Estamos en la cabecera de la mesa con mi madre —susurré. Él tomó las tarjetas de asiento y las echó al centro de la mesa, donde se enredaron en las artísticas ramas de un centro de mesa floral. Intenté evitar reírme, pero resoplé.

—Las mujeres ya no se ríen resoplando cuando están conmigo. Es como si, una vez que llegaras a cierto nivel de impuestos, todo el mundo tuviese manicura y una risilla educada —dijo.

—Así que mis resoplidos son refrescantes —dije—. Me alegra que te gusten. Porque si vas a tirar cosas, no puedo evitarlo.

—Te mantuviste firme con tu mamá —dijo.

—Gracias a ti. Fuiste el asesino de dragones.

—Apenas. Se lo expliqué de una manera en que pudiera entenderlo. No que te ganó en una apuesta, sino que estábamos intentando proteger nuestra privacidad. ¿No sabes que eso es de lo que siempre se quejan las celebridades?

—Supongo. De cualquier modo, estuviste brillante.

—¿Entonces me haces un favor?

—Sí —dije.

—Oh, no lo pensaste. Eso me gusta —dijo Adrián, sus ojos se oscurecían—. Coge ese plato —me dijo. Cogí el plato de cristal lleno de nueces y se lo pasé—. Ahora cada vez que alguien en el micrófono diga algo autocomplaciente, cada vez que alguien haga un humilde alardeo, nos comemos una nuez. Es como un juego de bebida, pero con comida para picar.

—Um, mi mamá va a dar un discurso. Así que necesitaremos más nueces —dije en una especie de broma. Se levantó, tomó un plato de una mesa donde la gente se sentaba a hablar y dejó caer el tazón lleno de nueces frente a mí.

—Ahí tienes. Estamos preparados. Están bajando las luces. No tomemos en cuenta la presentación de diapositivas, solo a los oradores. Si lo hacemos, causaríamos una escasez de nueces en la Costa Oeste. Y las nueces son vitales aquí, ahora que todo el mundo hace dieta cetogénica —dijo Adrián. Me reí.

—Sabes, ir a las entregas de premios habría sido mucho más divertido si hubieses estado conmigo cuando era niña —dije.

—Habríamos sido cómplices y nos habríamos metido en muchos problemas —dijo sonriendo. La sonrisa que se extendió por mi rostro y la calidez que se deslizó a través de mí fueron vívidas y reales.

—Me agradas —dije bruscamente.

—Gracias.

—Lo siento, eso fue muy...

—¿Amigable? —dijo—. Porque eso es lo que creí que fue. Es que estamos a mano ahora. Te cubrí con tu mamá y tú estás aquí cubriéndome a mí para que mi rabiosa ex crea que estaba

diciendo la verdad cuando le dije que tenía una novia en Los Ángeles. Así que podemos ser amigos, ¿cierto?

Me sorprendí de nuevo por lo diferente que se veía con respecto a la primera vez que nos conocimos y por lo atractivo que era. Habría sido grosero seguir mirándolo fijamente o volver a mencionar que aparentemente se había ganado la lotería genética en el departamento de guapura. Así que solo asentí.

—Creo que me gustaría ser tu amiga. Tienes buenas nueces en tus fiestas —dije.

—Shh. Te estás perdiendo un discurso sobre lo importante que somos y el excelente trabajo que hacemos —dijo, metiéndose una nuez en la boca y asintiendo para que yo hiciera lo mismo.

Por las próximas dos horas seguimos susurrando comentarios sobre los oradores, las presentaciones de diapositivas y los vídeos. Nos comimos dos platos enteros de nueces y se nos acabaron antes de que mi madre terminara de hablar sobre aquella vez que patrocinó un pozo en África. Esta vez que contó la historia, fue en Kenia. Estaba segura de que una vez había sido en Zimbabue y me preguntaba si es que siquiera recordaba dónde había sido. Adrián me tocó dos veces. Cuando nos cambiamos a la mesa principal después de que presentara a mi madre, pasó sus dedos por mi mejilla como una caricia mientras nos sentábamos. Las puntas de sus dedos, el roce de su piel sobre la mía hizo que mi corazón se acelerara y que me temblaran las piernas. Lo deseaba con una fuerza que me asustaba. Tenía una empresa que salvar, nuevos inversionistas que convencer. No tenía tiempo para la aventura que me imaginaba teniendo con Adrián Loy.

Había estado tan concentrada en mi trabajo por tanto tiempo que mi cuerpo se había rendido y se había vuelto inactivo... Hasta que lo conocí, y un roce de su mano había hecho que mi cerebro hiciera cortocircuito y desordenara mis prioridades. La oleada de lujuria que sentía cuando estaba cerca era suficiente para freír la tarjeta madre de cualquier sistema de computadoras. Me lamí los labios. Sabía que mis ojos se habían vuelto oscuros. Luego se movió en su asiento, y fue cuando me tocó por segunda vez. Esa podría haber sido por accidente. Había revisado su teléfono, luego lo deslizó de nuevo en su bolsillo. Cuando lo hizo, la parte trasera de sus nudillos se deslizaron rozando mi muslo. Chispas parecían patinar por mi piel, arrastrándose desde el lugar donde me había tocado y haciendo que todo mi cuerpo se encendiera, efervescente.

—Mmm —dije. Y sin más retiró la mano y tomó un sorbo de agua de su copa. Tal vez el sonido que hice lo había asustado. Su contacto era muy poderoso. Era mejor que dejara de tocarme. Podría simplemente encerrar ese sentimiento en una caja y nunca volver a pensar en él. Porque mi compañía estaba en la cuerda floja, por lo que era un mal momento para que mi cuerpo se despertara y decidiera que tenía necesidades.

El resto de la noche fue divertida, susurrándonos chistes el uno al otro, murmurando que estábamos muy llenos de nueces como para cenar. Aun así, un hormigueo permanecía en mi pierna, una sombra de su contacto. Después, me llevó de nuevo a mi edificio, las luces deslumbrantes de la ciudad se veían borrosas a través de la ventana, quería invitarlo a pasar. Quería que tomara mi mano y me reclinara en el asiento trasero y me besara hasta quedar sin aliento.

Solo nos dijimos buenas noches. Un poco anhelante, me volteé en la puerta de mi edificio y levanté mi mano despidiéndome, pero él no estaba mirándome. No salió corriendo románticamente desde el auto para sostenerme en sus brazos, sin importar cuántas veces repitiera la escena en mi cabeza cuando ya estaba sola en mi cama.

## ADRIÁN

Aquel fue el evento de caridad más divertido que he tenido. Y eso incluyendo la vez que conseguí que una compañía del Cirque du Soleil se presentara en un acto benéfico el año pasado. ¿Qué podría ser mejor que las asombrosas proezas de acróbatas escalando cuerdas y aros? Intercambiar comentarios sarcásticos con Clara Rider con un tazón de nueces mixtas. Tenía un ingenio rápido y alegre, y no podía esperar para oír qué diría después, qué observación astuta haría que me ahogara con mi bebida. Lo último que quería hacer era dejar que se fuese sola a casa, pero habíamos usado la palabra amigos sin mencionar ningún beneficio. Me gustaba. Era entretenida y esperaba que pudiese arreglar las cosas con su madre.

Lo que quería era verla de nuevo, de manera casual, mientras seguía en Los Ángeles. Me quedaban un par de días más antes de tener que irme a Roma. Así que, el día después de la gala, la llamé. Su teléfono sonó tres veces y fue al buzón de mensajes. No sería exagerado decir que ninguna mujer había dejado que mis llamadas pasaran al buzón de mensajes, ni profesional ni personalmente, desde que era adulto. Colgué. Quería oír su voz e invitarla a salir. No iba a dejarle un mensaje como un muchacho baboso de la universidad.

Trabajé muy duro para llegar a donde estaba en la vida, y no me quedaba esperando por nadie. Mi número aparecería en su teléfono como una llamada perdida. Si no devolvía mi llamada, eso era todo. Tenía una vida plena: mis restaurantes, mi programa de televisión en camino, la fundación y el contrato del libro. Además, podría conseguir a cualquier mujer que quisiera, en cualquier momento. Excepto, aparentemente, a la que ni siquiera contestaba mi llamada. No había forma de que me quedara esperando, intentando ponerme en contacto con Clara.

A mitad de mi entrenamiento, sonó mi teléfono. Lo contesté, pensando al principio que podría ser ella. Pero los gritos en italiano revelaron que no. Había un problema en mi restaurante en Roma. Tranquilicé al jefe de mi división europea lo suficiente como para enterarme qué estaba sucediendo y, en resumen, me tendría que ir a Roma un día antes. Luego de una rápida ducha, llamé al aeródromo. Su piloto de guardia se había ido inesperadamente porque su hermana estaba en trabajo de parto y pasarían dos horas antes de que pudiese llegar un sustituto. Así que fue bueno que tuviera mi licencia de piloto.

Era bueno estar de nuevo en el aire, detrás de los controles. «Debería hacer esto más seguido», pensé, disfrutando la sensación de libertad, la soledad y el poder. Pasé mucho más tiempo volando cuando tenía menos restaurantes, menos compromisos. Suspiré, tal vez después de que se emitiera la primera temporada del programa, me tomaría algunas semanas de descanso, volaría hasta mi casa en San Cristóbal y Nieves y pasaría el tiempo haciendo esnórquel y saltando desde acantilados. Es curioso, cuando imaginaba esas vacaciones, ese tiempo lejos de todos mis compromisos, no pensaba en estar allí solo.

Pensaba en tener una mujer conmigo. Una mujer en específico, con cabello castaño rizado y una boca inteligente. Una mujer en particular que no contestaba su maldito teléfono. Cuando llevaba tres horas de vuelo, sonó mi teléfono. Mis ojos se pasearon por la pantalla, pero no pude leer el nombre en el identificador de llamadas desde el otro lado de la cabina. No podía contestar mientras pilotaba un avión. Así que decidí devolver la llamada luego si tenía la oportunidad.

Pasaron otras dieciséis horas antes de llegar a mi apartamento en el Trastévere. El tráfico de abajo en la Plaza de Santa María me llamaba —bares peculiares y comida callejera y conversaciones—, pero estaba exhausto. El vuelo y el drama con mi ahora exjefe de cocina me habían quitado toda la energía. Era de mañana en Roma y yo todavía no había dormido. Me encontraba boca abajo en la cama con la ropa puesta cuando el teléfono sonó. En hora local, era un poco antes del mediodía, pero lo ignoré y dejé que se fuera al correo de voz. Horas después, me levanté de la cama a rastras y tomé una ducha. Había muchos mensajes en mi teléfono, la mayoría de ellos de mi oficina europea y de Paul. Había dos mensajes de voz de Clara, quien debió haber llamado como a las tres de la mañana según la hora de Los Ángeles.

Toqué el correo de voz y lo puse en altavoz mientras me afeitaba los cañones oscuros de las últimas treinta horas.

—Hola, soy yo —dijo con una voz bastante alegre—. Vi cuando llamaste y no supe qué hacer, así que Katie, Heidi y yo salimos. Espera... Hayley. Hayley y Kelly. Espera, ¿por qué no puedo decir sus nombres? —dijo entre demasiadas risas.

Sonaba híper, extremada y estúpidamente borracha, lo que explicaría una llamada a las tres de la mañana.

—De cualquier modo, bebí unos tragos y gané un poco de claridad, y estás demasiado bueno. Lo cual me dio una idea. Uf. Vale. Este es el trato, Blakey —rio más—. Hicimos un trato antes, ¿recuerdas? —se cortó el mensaje de voz y el próximo mensaje comenzó.

—Hola, Blake, es Clara. Ese pitido fue muy raro, digo, me cortó. La cosa es que quería más que un apretón de manos de buenas noches. Quería invitarte a entrar. Y me refiero a entrar. Como adentro de mí. Así que este es el trato. Lo pasamos tan bien en la gala, y pensé que podríamos explorar eso aún más, digo, desnudos. Juntos. No por nuestra cuenta, porque ya lo hice sola y no fue suficiente. No quiero desarrollar sentimientos ni salir contigo. Solo quiero que, ya sabes, te pongas en contacto conmigo. Mucho contacto —rio y el mensaje se cortó de nuevo.

La mayor parte de mí quería partirse el culo de la risa con su ridícula llamada de borracha. Pero, demonios, una pequeña parte de mí deseaba estar en Los Ángeles. Porque podía cerrar los ojos e imaginármelo: entrar en su apartamento, más allá del tazón del que estaba tan orgullosa, e ir a su habitación, a oscuras, donde el sol se arrastraba alrededor de las persianas y se oscurecía. Ella estaría tendida en la cama, con una pierna larga asomándose por debajo de una maraña de mantas. Yo iría hacia ella, le apartaría un mechón de cabello del rostro y la besaría. Estaría cálida y dócil bajo mis manos mientras se despertara, acercándome hacia ella en la cama desordenada.

—Maldición —dije dejando caer mi rasuradora en el lavabo, tomando una toalla para detener el sangrado donde me había cortado.

Mi fantasía sexual me había distraído en un momento estúpido y me corté el labio. Eso es lo que me pasa por cerrar los ojos mientras me rasuraba. No me había hecho un corte tan malo desde que tenía unos dieciséis años. Molesto, esperé que el sangrado se detuviera antes de poder vestirme.

Después de dos horas de reuniones, por fin tuve un descanso. Fui a mi oficina por una botella de agua, preguntándome si podría ejercitarme un poco. Cogí una manzana y revisé mi horario. Recostándome en el borde de mi escritorio, tumbé algo con mi cadera. Escuché su pesado

movimiento, rodando por el escritorio de cristal y lo atrapé por reflejo antes de que cayera. Era una botella de un buen vino shiraz Penfolds de Australia. Intrigado, abrí la tarjeta atada al cuello de la botella con una cinta.

«Blake Falso,

Lamento haberte llamado cuando estaba borracha y sugerir actos sexuales en tu buzón de voz. Perdóname. O, al menos, emborráchate y devuélveme la llamada. Clara».

Dejé la botella sobre la mesa sacudiendo la cabeza. Sonreí sin poder evitarlo. Volvería a llamar a esa chica.



**B**ueno, eso fue humillante. Llamar a Adrián cuando estaba borracha claramente fue un error. Me alegró un poco que mi recuerdo de lo que dije estuviese, como mucho, borroso. Aunque sé que era picante. No era mi forma usual de hablar. Me sentí libre de culpar a Hayley, que era la que había macerado todas esas naranjas y uvas para la sangría y le había puesto coñac en vez de solo vino. Estaba delicioso y me excedí al punto de que dormí en su sofá y me desperté con dolor de cabeza y el teléfono en la cara. El último número marcado había sido el de Adrián. Dos veces. De cuatro minutos cada llamada. Como a las tres de la mañana.

Intentando encajar las piezas en su sitio mientras bebía agua del grifo de la cocina de Hayley, logré recordar que una grabadora me cortó, luego propuse alguna clase de trato que parecía involucrar una queja de que masturbarse pensando en él no fue suficiente. Quería vomitar. No por el dolor de cabeza y el estómago revuelto que lo acompañaba, sino por darme cuenta de que había sido de lo peor y tan impulsiva que había insultado a alguien a quien respetaba. Volví a dormir por algunas horas y decidí que tenía que disculparme como una adulta. Tal vez le enviaría una botella de vino.

Durante todo ese día, trabajé con una de mis chicas de informática: Cath. Me estaba ayudando con una idea para crear una función de videollamadas y mensajes de video seguros para Slay. Quería que encontrara una forma de hacerla accesible y fácil de usar. Pero, sobre todo, tenía que ser anónima, lo cual posiblemente significaría depurar los metadatos de ubicación si escogíamos incorporar un software de video de terceros.

Mi teoría era que Skype y FaceTime eran mucho más personales que enviar mensajes en línea, pero tenías que usar tu correo electrónico o número de teléfono, y esos dos contactos eran privados y debían estar protegidos. Así que, si la idea de Slay era ayudar a la gente a encontrar pareja, tenía sentido crear un espacio cómodo en el que pudieran desarrollar intimidad sin arriesgarse a situaciones de acoso obsesivo que resultaran en cambios de número y órdenes de restricción. Conocía a muchísimas mujeres que habían sido molestadas en la vida real por hombres que no aceptaban un no por respuesta. Quería ofrecer un servicio único que le agregara valor a la aplicación, pero que a su vez incrementara la seguridad de los usuarios.

Cath era brillante, aunque seguía insistiendo en que esa debería ser una función premium. Mi opinión era que eso ayudaría a la aplicación estándar a destacarse entre sus competidoras mejor conocidas e incrementar el uso. La quería en funcionamiento para poder presentársela a los inversionistas.

Tenía programadas dos llamadas telefónicas con inversionistas potenciales: uno era un hombre; y la otra, mujer. Ya estaba realmente cansada de presentarles esta aplicación a hombres, porque de alguna manera todos ellos, sin importar su edad o su reputación, la habían hecho

parecer algo sucio.

La llamada con la mujer era la primera. Me sentí esperanzada. Había sido profesora en la Universidad de California en Berkeley por un tiempo antes de que su carrera despegara. Me encantaban sus libros y su podcast. Estaba a favor de las mujeres y tenía la ventaja de nunca haber estado en el programa de mi mamá.

—¡Hola! Doctora Brinkley, le habla Clara Rider. Aprecio que se haya tomado el tiempo de hablar conmigo acerca de Slay —comencé.

Levantó la mirada a la cámara web y siguió comiendo lo que parecían ser pistachos.

—Hola, Clara. Le eché un vistazo al prospecto que me enviaste e investigué un poco más. Me gustan tus ideas, y en verdad creo que esta es la dirección que van a tomar las aplicaciones de citas. Pero algunas de tus ideas son muy extremas como para sentirme cómoda, como la verificación de antecedentes...

—Entiendo. Proteger la privacidad de nuestros suscriptores es de lo más importante, obviamente, pero su seguridad también es primordial. Quiero que esa sea una función de pago añadida, con la que los suscriptores puedan ordenar una limitada verificación de antecedentes para alguna pareja potencial. Sería una compra dentro de la aplicación, no una suscripción premium con un número ilimitado de verificaciones. No proporcionaría datos como la dirección, el número de teléfono o el número de licencia. Pero incluiría el registro público de arrestos, casos judiciales pendientes, cualquier sentencia negativa que se encuentre en los registros. Como mujer, no me gustaría tomarme en serio a alguien que debiera una gran cantidad de dinero por manutención o tuviese un registro de muchas detenciones por conducir borracho. Creo que es otra capa de seguridad que les podemos ofrecer a estas mujeres. Y a los hombres también, por supuesto.

—Entiendo tu punto, pero creo que es demasiado, es como optar registrarse para ser monitoreado o que mucho de tu pasado sea revelado como una función de pago sin consentimiento.

—Pondremos una cláusula en los términos y condiciones que diga que todos los usuarios están al tanto de que sus antecedentes pueden ser verificados y qué información se incluiría.

—¿Pueden decidir no aceptar?

—Sí, pero se mostraría en sus perfiles que han decidido no ser elegibles para la verificación de antecedentes.

—Entonces, por proteger su privacidad, hay una marca real contra ellos como candidatos. Parece como si tuvieran algo que ocultar. No puedo ser parte de esto. Estoy segura de que puedes entenderlo.

—Sí. Yo... le agradezco su tiempo —colgué, decepcionada.

Intenté con la siguiente llamada, pero Roger Artman quiso rechazarme de inmediato. No por la opción de antecedentes, sino por el videochat. Él se había negado a hablar por Skype y quería una «llamada telefónica de todos los tiempos» y ya empezaba a ver por qué.

—Nadie que tenga más de treinta años quiere hacer videollamadas. Las cámaras siempre son poco halagadoras, y si la idea es encontrar una chica, mostrarle cómo te ves en casa no le va a conseguir nada a la mayoría de la gente.

—No hay que deslizar. En Tinder se desliza. Nosotros tenemos una función de toques. De cualquier modo, la idea es lograr mayor transparencia para aquellos que la quieran. Los mensajes seguirán siendo una opción.

—Lo sé, pero si te niegas a una videollamada, vas a verte sospechoso, como si los hubieses engañado con una foto vieja porque ahora eres feo.

—Bueno, si esa es una preocupación, seguramente enviar una foto actualizada aclararía

cualquier confusión. ¿Estás interesado en trabajar con Slay?

—Solo si puedo conseguir que me tomen fotos profesionales. No quiero un montón de mujeres gordas creyendo que me pueden conquistar porque no me veo muy bien en las *selfis*. ¿Hay algún fotógrafo con el que trabajar?

Me dio grima su comentario sobre las mujeres gordas. Cretino. Luego recordé que mi empresa necesitaba nuevos inversionistas y que había empleos que dependían de mí. Seguramente en Slay ya había muchos hombres que solo buscaban mujeres jóvenes, delgadas y convencionalmente atractivas, solo que yo no tenía la desgracia de tratar con ellos personalmente.

—Bueno, si hablas sobre unirte a la plataforma para encontrar pareja, la gente sube sus propias fotos. Profesionalmente, hay una fotógrafa con la que he trabajado cuando hablo en convenciones y esas cosas. Su nombre es...

—No. Me quiero ver sexy. No profesional.

—Oh, eh, estoy segura de que hay muchos fotógrafos. Digo, estamos en Los Ángeles, hay un montón de actores que necesitan retratos. Y estaré feliz de ayudarte con tu perfil si quieres. Pero me refería a si estás interesado en invertir.

—Aún no lo he decidido. Quiero ver de primera mano lo que se puede hacer con la aplicación antes de decidir.

—Bien, ¿te gustaría una prueba gratis de dos semanas? —dije, alentándolo, sin entusiasmarlo por la idea de una audición.

—Sí, definitivamente, pero necesitaré hacerme una sesión de fotos. ¿Puedes organizar eso para mí?

—Um, ya que no estoy segura de qué quieres exactamente —«y no estoy preparada para pagar fotos de vanidad para ti», pensé—, quizás podrías hacer que te tomen algunas, que me envíen los archivos y yo haré que el departamento de diseño te haga un perfil y lo publique. Solo llena el formulario en la aplicación. ¿Suena bien?

—Sí, pero me gustaría comenzar con esto. Si no puedes probar la eficacia de tu aplicación con, digamos, tres candidatas, no invertiré.

—Muy bien. Así que mientras más rápido me envíes tres fotos, más rápido podremos activar tu perfil en la aplicación —dije.

Cuando mi teléfono sonó justo después de eso, me acobardé. «Por favor, que no sea una foto del pene de Roger», supliqué en silencio.

Era un mensaje. De Adrián. Me mordí el labio antes de tocar la pantalla. Mi ritmo cardíaco se aceleró, y me agarré al borde de mi escritorio, expectante.

Adrián: «Gracias por el vino. También por los mensajes».

Di un quejido.

Yo: «Me disculpo. Puedo borrar tus datos de mi teléfono si gustas».

Adrián: «Y perderme ese tipo de entretenimiento? ¡Jamás!»

Tragué fuerte.

Yo: «¿Tan malo fue? No me lo digas. Me alegra no recordar mucho».

Adrián: «El mejor mensaje de voz que me ha llegado. Qué mal que estoy en Roma».

Me reí.

Yo: «Al menos soy lo mejor que te ha llegado».

Mis palmas hormigueaban, y no podía dejar de sonreír. Me gustaba. No podía negarlo.

Yo: «No soy rara. Lo prometo», respondí, con una ola de vergüenza que me llegó hasta el cuello.

Adrián: «Eres muy rara, en el buen sentido», contestó. Mi sonrisa volvió.

Yo: «Yo no coqueteo. Me embriago y dejo mensajes sucios. ¿Te unes al juego?», bromeé.

Adrián: «Tal vez. Revisa tu buzón de voz más tarde».

No me mensajeó después de eso, pero pasé parte de la tarde revisando compulsivamente si tenía algún mensaje de voz. Quería mensajes de él. De cualquier tipo. Pero especialmente del tipo inapropiado. No sabía lo que este tipo me había hecho, pero quería sextear con él. Quería darle la versión sucia de las publicaciones de Dump o Slay que estaba montando en Instagram. Había comenzado a publicar fotos de dos pares de zapatos para una votación —y de recibir votos e interacciones— o dos faldas o labiales. Los seguidores de Slay aparentemente querían una ventana hacia mi vida y querían apoyarse positivamente entre ellos. Nuestra etiqueta ya tenía otras publicaciones con fotos de todo, desde órdenes de comida hasta parejas potenciales en la aplicación.

Era divertido y estaba llevando flujo de datos a nuestra aplicación. Pero las clases de publicaciones que quería mandarle a Adrián eran más del estilo de una foto de mi ropa interior con la descripción «déjala o bájala». Me avergonzaba admitírmelo a mí misma, pero si comenzaba a dejarme mensajes sugerentes, lo haría. Me conocía a mí misma y lo emocionada que me hacía sentir después de haber estado sola por tanto tiempo.

Los únicos mensajes que recibí fueron de Roger. Aparentemente había corrido a que le tomaran fotos, muchas de las cuales eran sin camisa. Quería mi opinión sincera, según él. Mi opinión sincera era que no debería publicar ninguna foto sin camisa, y que debería intentar verse menos como un asqueroso presumido, pero eso no me conseguiría ningún inversionista. Así que me obligué a escoger las dos que eran menos repulsivas y se las recomendé. Me envió otra que dijo que era su favorita. Era en blanco y negro con una mala iluminación, y el poco atractivo Roger tendido solamente con ropa interior. Un hombre de mediana edad con un par de calzoncillos apretados no iba a seducir a muchos usuarios de Slay, pero no sabía cómo decirle eso con tacto.

Sus emparejamientos debían ser al menos algo exitosos para que él invirtiera en la aplicación. Así que, si quería atraer, bueno, a cualquiera, debía usar una foto bien vestido en vez de esa. Le mandé un mensaje que decía que, estadísticamente, los perfiles más exitosos usaban fotos que mostraran al individuo solo y vestido, quizás añadiendo una foto en la playa si estaban orgullosos de su físico o si les gustaba ejercitarse. Era la forma más amable en que podía sugerir que usara CUALQUIERA de las fotos excepto esa. Sentía que se me quedaría grabada en la retina para siempre.

Fui a casa después del trabajo, decidiendo no salir ni beber nada, sino solo trabajar en una lista de inversionistas alternativos para cuando la experiencia de Roger en la aplicación fracasara inevitablemente. Justo antes de ir a la cama, apareció un mensaje de voz en mi teléfono. Debería haber bajado mi cepillo de dientes antes de escucharlo.

—Es tu Blake falso. Esto es lo que quería decirte. Si hubiese estado en Los Ángeles cuando llamaste, habría ido a tu casa. Digo, me habría reído hasta el cansancio con tu mensaje, pero no habría sido capaz de resistirme. Es todo en lo que he pensado. Tú y yo en tu casa, sin nada entre nosotros. Algún día tendré que dejarte escuchar los mensajes para ver si te apetece lo mismo estando sobria.

Me ahogué, escupí el cepillo de dientes, que había metido muy profundo en mi boca mientras escuchaba el mensaje. Tosí y me limpié la cara, con los ojos llorosos. Me imaginé que arcadas accidentales e incontrolables no eran la respuesta que él habría esperado. Mis rodillas se sentían flojas, y lo escuché de nuevo. Cuatro veces más antes de dormir.

\* \* \*

—Era una idiota —dijo Roger.

—Lo siento. Con suerte, tu próxima candidata será...

—Ella era la más guapa. No sé si el perfil que me hiciste no está funcionando o qué, pero todo lo que consigo son estas viejas treintañeras que solo quieren hablar de sí mismas.

—Le enviaré tu expediente a nuestra experta en relaciones. Es una profesional y tal vez tenga ideas para mejorar el perfil o preguntas para ayudar a concentrarse en lo que buscas en una pareja.

—No quiero una pareja. Quiero una chica sexy a quien le guste el sexo y ver golf en la televisión —respondió bruscamente.

—Bieeen —dije—. Bueno, creo que esa clase de descripción específica ayudará Kylee a ajustar tu perfil para filtrar mejor tus candidatas—dije.

Le envié sus cosas a Kylee y, en quince minutos, estaba en mi oficina.

—Este tipo es un imbécil. Espero que se muera solo y por heridas de masturbación, porque nadie querrá acostarse con él —dijo, arrojando el documento impreso en mi escritorio—. ¿Qué se supone que haga por él? Tengo un título en psicología, no en expulsar demonios.

—Es un inversionista potencial. Necesitamos su dinero para hacer la actualización y, francamente, para no quebrar. Sé que es un idiota.

—¿Que le guste el sexo y ver golf? ¿Y también menor de treinta y atractiva y que le guste el sexo con ÉL? No soy el genio de la lámpara, Clara —dijo—. Cambié un par de palabras en sus respuestas y reescribí su idea de una gran noche en casa, pero no creo que le vaya a gustar a nadie, ni siquiera si están borrachas y desesperadas.

—Lamento tener que encargarte esto —dije—. Si no estuviese desesperada, no lo estaría intentando.

—¿Tu mamá va a dejar de intentar que nuestro único inversionista nos deje?

—Creo que lo ha puesto en pausa, pero no creo que realmente se haya creído todo eso de que Blake/Adrián sea mi novio. No es creíble y ella es muy inteligente como para eso.

—Créeme, la gente cree lo que quiere creer. Así que, si esto es lo que quiere para ti, lo hará.

—Gracias —dije.

Al día siguiente me reenviaron un correo de servicio al cliente de alguien enojado, una mujer llamada Rebecca F. Había tenido una cita tan atroz con un tipo tan asqueroso, que iba a cancelar su suscripción y quería un reembolso y una disculpa. Luego pasó a detallar qué clase de perdedor era. Dijo que su nombre era Roger A. Dejé caer mi cabeza sobre mis brazos en el escritorio. Roger estaba en realidad ahuyentando a los miembros de Slay con su horror característico. Se suponía que iba a llamarlo al mediodía a ver cómo había ido su cita, pero me daba terror. Aparentemente, no había ido bien.

Le envié un mensaje a Adrián: «Mi mejor posible inversionista es tan terrible que las mujeres están abandonando Slay después de tener una cita con él».

Adrián contestó: «¿Recibiste mi mensaje?»

Suspiré y respondí: «No tuve las agallas para responderlo. Pero desearía que hubieses estado en Los Ángeles en ese momento».

Adrián: ¿Te gustó?

Me mordí el labio, decidí arriesgarme: Me gustó muchísimo.

Adrián: «¿Seguiste pensando en mí?»

Yo: «Me hizo desearte».

Adrián: «Estoy en Seattle. No estoy lejos».

Yo: «Demasiado lejos para lo que quiero».

Adrián: «¿Qué quieres?»

La pregunta de Adrián me hizo sudar. Sabía lo que quería. Sabía que tan solo enviarnos mensajes de texto hacía que mi cuerpo se encendiera, que cobrara vida. No podía hacerlo, ¿o sí? ¿Podía darle detalles? ¿Darle la foto en ropa interior que había tomado, pero no enviado?

«Tu opinión», le respondí, y le envié la foto de mis bragas rosadas de encaje, tendida en la cama esa mañana con la descripción: «¿Me las dejo o me las quito?»

Adrián: «Quítatelas. Dios mío, Clara».

Me reí y me sentí poderosa. «¿Te provoqué un ataque al corazón?»

Adrián: «Casi haces que choque. Estoy conduciendo. Uso comandos de voz para escribir mensajes, ¡pero esa foto apareció y perdí el control!»

Yo: «Lo siento. Era solo una foto antes de ropa sucia», bromeé.

Adrián: «Tenías razón. Seattle es demasiado lejos».

Me encantó que había dicho que me las quitara y que había respondido a la foto como si fuera sexy y no algo totalmente desquiciado. No quería que Maxwell nos dejara, así que volví al trabajo para intentar impresionarlo con ideas para la actualización.

Estaba en una mala situación porque otros dos inversionistas potenciales se habían echado para atrás gracias al desempeño mediocre que tenía Slay. Nuestro pequeño aumento reciente desde las publicaciones en redes sociales sobre mi vida amorosa era aún muy nuevo, no lo suficientemente consistente para afirmar una tendencia positiva. Así que todas las opciones de Slay estaban en manos de Roger. Lo llamé según lo planeado.

—Ya tuve suficiente. Esa perra loca de anoche intentó mostrarme fotos de su gato, como si yo nunca antes hubiese visto un maldito gato. Me interrumpió DOS VECES mientras hablaba. Luego hasta insistió en cambiar la comida que había ordenado para ella. No hay forma de que sea alérgica a los mariscos. Solo es quisquillosa como el resto de esas perras en internet.

—Oh. Bueno, lamento que no hayas tenido una buena experiencia, pero tenemos una cita más...

—De ninguna manera. Esta aplicación es un desastre. No hay forma de que un algoritmo me haya emparejado con esas dos locas. Tu aplicación me sigue arrojando mujeres que son demasiado viejas y engreídas. Ninguna de ellas es mi tipo y te dije cuál era mi tipo. La aplicación no sirve. No es de extrañar que se estén hundiendo. Me retiro.

Mierda. Me devané los sesos, preguntándome si podría hacer que rehiciera parte de su perfil otra vez o que subiera fotos de sus viajes o algo que se viera caro para que al menos coincidiera con una linda cazafortunas por un par de citas y así conseguir su inversión.

—Puedo revisar tu perfil y filtrar la configuración de nuevo a ver qué podríamos ajustar para un último intento y...

—No. No tengo fe en esa aplicación. ¡Es basura! —gritó.

Respiré profundo, intenté apartar la punzada de que alguien llamara basura a mi proyecto. Era ahora o nunca. Era volver con mi madre, admitir el fracaso y decepcionar a todos los que habían hecho un trabajo espectacular desarrollando Slay, o era decirle una mentira descarada a un hombre que no me agradaba para conseguir lo que quería.

Así que mentí. Como si la ética no fuera nada. Como si mi empresa fuese más importante que la honestidad porque yo decidí que lo era. No es como si no hubiese convencido a Adrián de que fingiera ser mi novio esa vez. Mis manos no estaban limpias de todos modos, así que ¿qué importaba una mentira más?

—No es la aplicación —dije bruscamente—. Fui yo. Yo... le pedí a Kylee que me ayudara a sabotearte para que no encontraras a nadie que te gustara. Porque estaba celosa —dije, usando mi voz más cremosa, apenas ahogándome con las palabras.

—¿Celosa? —dijo, sonando tan halagado como se suponía que debía estarlo.

—Yo estaba luchando contra un interés poco profesional por ti. Necesito tu inversión en Slay, así que resistí a mi atracción por ti.

—Bueno, soy un hombre moderno. No tomaría represalias contigo en los negocios solo porque te guste el sexo y ver golf.

—No me gusta. Digo, el golf. El sexo, claro, ¿a quién no le gusta?

—A esas perras con las que salí en tu aplicación. Je, je, qué bueno que me dijiste que eso era una trampa, chica mala. De otro modo, habría creído que tu aplicación era una completa mierda. No hay forma de que esas mujeres hubiesen coincidido conmigo en un campo de juego justo. Pero tú, tú te estabas escabullendo y poniéndome con las chicas equivocadas para que me fijara en ti — Roger sonaba burlón, complaciente y un poco condescendiente.

Mientras me pellizcaba el puente de la nariz, deseaba que dejara de referirse a mis suscriptoras —mujeres que estaban perfectamente bien y a las que Roger estaba importunando— como perras. Desearía haber pensado en una mejor solución. Yo tenía que ser su tercera cita. No iba a dejar que me tocara. Yo solo estaba... intentando salvar mi propio trasero.

—Entonces, ¿cenamos esta noche? —dijo.

—Claro —dije—. Si de verdad no estás enfadado conmigo...

—Te perdonaré. Solo tienes que recompensarme. No tienes ninguna alergia de mierda, ¿verdad?

—Ninguna, ni de mierda ni de otro tipo —dije, sintiendo pavor de una noche de comer mariscos, charlar sobre golf y evitar que me tocara sin permiso.

Realmente solo esperaba que Maxwell me devolviera la llamada para que pudiera convencerlo de que se quedara con nosotros... antes de que tuviera que salir con Roger.

No me llegó ninguna llamada de rescate. Me puse una falda lápiz, una blusa y un par de zapatillas. Tiré de mi cabello hacia atrás con fuerza, la tensión en mi cuero cabelludo reflejaba el estrés en mi cuerpo. Me había hecho esto a mí misma y tenía que seguir adelante.

Lo único que necesitaba hacer era confesar. Le envié un mensaje a Adrián.

«Voy a salir con un potencial inversionista esta noche. En una cita porque fracasó en Slay. No es ético. No me agrada él. No me gusto a mí misma por hacer esto».

Adrián: «Si tuviese un dólar por cada mujer con la que coqueteé para conseguir que invirtiera o promocionara mi primer restaurante... Espera, tengo millones de dólares. No es genial, pero lo entiendo. No hagas nada con lo que no te sientas cómoda».

Cerré los ojos con fuerza, conteniendo las lágrimas que se formaban en mi garganta. Vio lo que estaba haciendo, lo aceptó sin aprobarlo o decir que estaba bien. Quería que me mantuviera a salvo.

Guardé mi teléfono. Aunque me sentía vista por él, aún estaba avergonzada de mí misma. Así que puse mi teléfono en silencio y llevé mi vergüenza al restaurante que Roger había escogido.

Clara me enviaba mensajes por debajo de la mesa mientras estaba cenando. Sus comentarios en vivo sobre el tipo eran graciosos y dolorosos. Me tenía enganchado. Me impidió terminar algo de trabajo en mi vuelo.

Clara: «Acaba de sacar un cubo de hielo de mi vaso de agua CON SUS DEDOS porque su vino está muy caliente».

Clara: «Roger dice que debería ponerme implantes».

Clara: «Comió de mi plato. Ordenó la misma comida para ambos, aún tiene hambre».

Clara: «Odia a las perras que no entienden el golf».

Clara: «¿Qué hay que entender? Solo hay que meter la bola en el hoyo».

Clara: «Todavía está hablando. Preferiría tener que servir como jurado».

Clara: «Oh, Dios, ahora quiere hablar sobre posiciones sexuales».

Clara: «Tiene la espalda mala, pero no quiere tener a una chica aburrida encima».

Clara: «TIENE DIAGRAMAS GUARDADOS EN SU TELÉFONO PARA QUE ME LOS ESTUDIE, ¡¡¡A LA MIERDA MI VIDA!!!»

Me reí, pero a la vez quería golpear a ese asqueroso. Parecía terriblemente seguro de sí mismo. Claro no me envió ningún mensaje por algunos minutos, así que le escribí.

Yo: «¿Todo bien?»

No respondió. Esperé por algunos minutos y lo intenté de nuevo.

Yo: «¿Roger te sedujo con sus diagramas sexuales? ¿Estás bien?»

Me bajé del avión y le di indicaciones al conductor para llegar a mi helipuerto. Ya había tenido suficiente.

Tal vez no era mía. Ni siquiera nos habíamos besado. Habíamos ido a un evento de caridad y nos hicimos reír mutuamente. Éramos amigos con la posibilidad del beneficio. Ella era hermosa y cálida y graciosa, y una mentirosa muy torpe que se metía en problemas todo el tiempo. También estaba muy decidida y no dejaría ir esta aplicación incluso si eso significaba salir con un idiota como Roger para convencerlo. No sonaba como si hubiese tenido muchas oportunidades de promocionar sus ideas para Slay durante la cena.

Esperé a que me respondiera. No lo hizo. Pasé de molesto a preocupado. Un tipo como él querría ver qué tan lejos iría ella. Clara no tenía intención de dejar que le pusiera las manos encima, pero él no sonaba como un hombre que tuviese mucho respeto por las mujeres. O perras, como él las llamaba. Maldición, estaba realmente enojado cuando aterricé mi helicóptero en el techo.

Bajé por el elevador, caminé a largas zancadas hacia la puerta de al lado y entré en el restaurante. Pasé por alto a la anfitriona y entré al acecho en el comedor. No tardé en encontrarla.



Llevaba una blusa abotonada, y estaba sentada en un asiento curvo con un hombre que yo describiría caritativamente como un cerdo sudoroso. No tanto por el sobrepeso, sino por lo porcino, con sus ojos pequeños y brillantes y su cara redonda. No confiaría en él ni para aparcar mi auto, mucho menos para que se sentara cerca de mi mujer.

«Mi mujer». ¿De dónde había venido eso? Mis instintos de cavernícola deben haberse puesto en marcha. Me parecía primordial, esencial, alejarla de él por la forma insinuante en que su brazo rodeaba el espaldar del asiento, acorralándola. Ella levantó la mirada y me vio, la sorpresa cubrió todo su rostro. Comenzó a ponerse de pie, pero él la sostuvo con la presión de sus manos en su hombro. Mi mandíbula se tensó y apreté las manos en puños. Clara se iría conmigo, aunque tuviese que dejar detrás de nosotros los dientes de este tipo. Clara intentó levantarse para encontrarse conmigo y él se lo impidió a la fuerza.

Clara no le pertenecía. Era mía. Ahora estaba segurísimo.

—Quítale las manos de encima —dije posando los ojos en él. Quitó la mano de su hombro, palideciendo visiblemente.

Clara se apartó de él disparada, tomando su cartera. Sus ojos brillaban, y sus mejillas estaban rojas por la vergüenza. Vino hacia mí, y envolví un brazo posesivo alrededor de su cintura.

—Se viene conmigo. No la vuelvas a llamar —le advertí. Luego solo tenía ojos para ella.

La guié hacia afuera y después al edificio de al lado. La sostenía fuertemente contra mi costado, y pude sentirla estremecerse.

—Esta es la tercera vez que me rescatas —dijo, su voz temblaba mientras intentaba actuar como si todo estuviese bien.

Subimos en el elevador, y la llevé hasta el helicóptero.

—¿Viniste aquí en helicóptero?

—Era más rápido que el tráfico. Quería asegurarme de que estuvieses bien.

—Lamento ser tan fracasada. Y que me hayas tenido que salvar de nuevo.

—No tenía que salvarte. Me gusta ayudarte. Espero que no te importe que me haya hecho cargo allá dentro asegurándome de que no invierta en Slay.

Sacudió la cabeza, parecía completamente derrotada. Nos subimos al helicóptero, nos pusimos el cinturón y nuestros audífonos de vuelo.

—Serán unos cuarenta y cinco minutos hasta mi casa en Santa Bárbara —dije—. Quiero que la veas.

No dijo nada.

—¿Clara? —dije—. Mírame.

Mantuvo su cara tercamente girada hacia la ventana hasta que extendí mi mano hacia ella. Lágrimas recorrían su rostro, sus labios estaban temblorosos.

—Oye, vamos. Nada de eso —dije suavemente, apartando una lágrima con mi pulgar. Mi cavernícola protector interno cobró vida con un rugido al ver sus lágrimas. Nos quité los cinturones a ambos y la acerqué a mí.

—Solo estoy avergonzada de haber hecho eso. Y ni siquiera sabía que estaba asustada hasta que tú apareciste, y todo lo que pude pensar fue Oh, Dios, ¡gracias! —dijo y rompió en sollozos.

—Oye —dije otra vez—. Eres impulsiva y decidida. Admiro tu ambición.

—Sí, pero ser impulsiva no es exactamente algo genial, ¿verdad? —preguntó.

—Um, ¿no te diste cuenta de que vine en un helicóptero por ti como si fuera el maldito Batman? Ese no fue un plan de acción bien pensado. Prácticamente me golpeé el pecho y te saqué a rastras de ahí como un cavernícola, por Dios. Solo necesitaba sacarte de ahí. Cuando vi que te puso la mano encima...

—Podría haber forcejeado o luchar. No quería hacer una escena.

—Yo sí. Habría hecho cualquier cosa para sacarte de ahí y alejarte de ese imbécil.

—Sí, es un imbécil, ¿verdad? —dijo con una ligera sonrisa.

—Un completo imbécil. Mira, no voy a juzgarte por salir con el tipo o engañarlo un poco para conseguir que escuchara tus ideas. Siempre y cuando tú no me juzgues por volverme un macho alfa total y sacarte de allí a rastras.

—Me gustó que te volvieras un macho alfa —dijo con una sonrisa tímida.

—Se sintió bien. Y tienes que darme crédito por no golpearlo y por no haber entrado, señalado hacia ti y gritar «mía».

—¿Cómo un bebé? —dijo entre risas.

—Exactamente. Ahora, ¿me dejarás llevarte a mi casa en Santa Bárbara? —pregunté.

—¿De verdad?

—De verdad. Abróchate el cinturón.

Hablamos en el vuelo y deseaba poder tomar su mano. Quería sentarla en mi regazo. No podía esperar llevarla hasta Santa Bárbara. Me obligué a concentrarme y a llevarnos hasta allá sanos y salvos, aunque en una parte de mi cabeza, estaba teniendo fantasías adolescentes sobre tener sexo mientras pilotaba un helicóptero. Me alegraba que Clara no pudiera saber lo que pensaba allí mirando por la ventana y admirando la costa.

Aterricé el helicóptero en el helipuerto y caminamos hacia la casa. Tomé su mano y la conduje por mi propiedad. Mi casa estaba sobre las colinas, tenía vista al océano. Era una construcción de vigas abiertas, alta, con muchas ventanas y con una amplia terraza con vista en la parte de atrás.

—Vaya —dijo en voz baja. Me sentí halagado, incluso más cuando pensé quién era su madre y dónde debió haber crecido ella.

—Es mi lugar favorito —dije—. Adoro Los Ángeles, igual que Montreal y Roma y Nueva York. Pero este es mi refugio. Cuando estábamos filmando el programa —terminamos hace poco más de un mes—, venía aquí todos los fines de semana solo para desconectarme. Bebo mi café en la terraza, hago montañismo toda la mañana, aso un buen pescado y bebo un poco de vino. Estar aquí simplemente me llena de nuevo.

—Es hermoso —dijo—. Gracias por traerme.

Abrí la puerta, la vi apreciar el techo abovedado con sus vigas y la vista directa desde la parte trasera a la terraza a través de las puertas francesas. Fui a la cocina y nos serví algo de vino mientras ella miraba a su alrededor. Sujetó una vieja brújula, un reloj que tenía en un plato de madera y tocó con asombro un puñado de conchas marinas en un tazón. Le ofrecí una copa. La tomó agradecida y bebió.

—Esto está bueno.

—También el vino que me mandaste.

—Me alegro. Pero, de verdad, ¿de dónde viene este? ¿Es local?

—Es mío. Compré un viñedo hace un par de años. Un amigo mío de la escuela necesitaba un patrocinador y yo vendo sus vinos en mis restaurantes. Fue mejor de lo que había esperado. Hemos ganado un par de premios. Te llevaré a Napa y te mostraré los alrededores en alguna ocasión.

Se hundió junto a mí en el sofá, con su cabeza en mi brazo. Bajé mi copa y la atraje hacia mí. Ella dejó su copa junto a la mía y giró hacia mis brazos, acurrucándose contra mi pecho. Con una patada, se quitó los zapatos y sentándose sobre sus piernas en el sofá. Cuando hizo eso, algo tenso en mi interior se desató. Me gustaba tenerla allí, me encantaba la manera en que encajaba en mis brazos y sentirla junto a mí sobre el sofá en un lugar al que siempre iba solo.

—Clara.

—Ajá —dijo frotándose la mejilla en mi camisa.

—Cuando me dejaste esos mensajes de voz, quise dejar que Paul los escuchara y se riera a carcajadas, compartirlo con la gente del trabajo. Si hubiese sido cualquier otra persona, lo habría hecho. Un caballero los habría borrado. Pero yo no soy un caballero. Los he escuchado una docena de veces y me lo ponen duro. Escuchar tu voz, saber que me querías dentro de ti, que cuando estabas borracha y sola yo era la persona que deseabas.

—Me avergüenzo de eso, pero la verdad es que no hay nadie más a quien pueda llamar, ni siquiera borracha. Rompí con el último chico con el que estaba saliendo hace mucho. He estado tan concentrada en mi empresa —lo que realmente no me ha hecho ningún bien— que me he desconectado de esa parte de mi vida, esa parte de mí misma. Pero no te llamé borracha porque eras el último chico con el que fui a cenar. Te llamé porque te quería de esa manera en ese momento.

—¿Y qué quieres ahora?

—A ti.

—Bien, porque he querido esto desde hace tiempo. Mía —dije posesivamente, tomando su rostro entre mis manos y posando mi boca sobre la suya.

Clara se movió, me envolvió el regazo con las piernas y me devolvió el beso deliciosamente. Estaba listo para mover mi boca hasta su cuello, comenzar a quitarle la ropa, todos mis movimientos usuales. Pero no me moví, porque ese beso fue realmente impresionante. La forma en que enterraba sus dedos en mi cabello, los soniditos de placer que hacía cuando movía mi lengua de la manera correcta... Todo eso me prendió en fuego.

Seguí besándola, chupando su labio, provocándola con mis dientes, quitando los alfileres de esa masa de cabello hasta que estaba suelto en mis manos. Tiré de ella hacia mí, con mis dedos frotando su cabeza mientras se levantaba sobre sus rodillas para besarme más profundamente.

—Dios, Clara —dije separándome para recuperar el aliento.

Mi pecho iba de arriba hacia abajo como si hubiese estado corriendo por kilómetros, y no podía quitar sus manos de sus rizos. No me soltaban.

—Dios, ya me tienes tan excitada. Te dije que mi última vez fue hace mucho tiempo —rio nerviosamente.

—No te preocupes, seré gentil y me lo tomaré con calma —dije.

Entonces mi boca bajó sobre la suya de nuevo, besándola más fuerte de lo que pretendía, todo era lenguas y falta de aliento, mientras sus manos sujetaban la parte delantera de mi camisa como si su vida dependiera de ello. Me desprendí de sus labios para besar su cuello. Ella se arqueó contra mí y gimió un poco, agarrándose a mis hombros. Tiré de su pierna derecha hacia un lado para que pudiese sentarse a horcajadas sobre mí. La sangre golpeaba mis venas como un trueno. Tocarla y besarla tenían un efecto en mí. No era como había sido con Alyssa o ninguna de las otras. Yo era atento en la cama, incluso cuando mi mente no estaba con la mujer con la que me acostaba. Pero estaba en el *presente* con Clara. No quería perderme ni una sola parte de ella, ni siquiera quería parpadear.

Mordisqueó mis labios. Su falda era muy estrecha para manipularla, así que solo la subí hasta sus muslos. Tenía que poner mis manos sobre ella, mi boca sobre ella; tenía que saborear y tocar cada centímetro de ella. Se hundió en mi regazo, sus curvas ubicadas encima de mi erección. Sabía que ella había sentido mi excitación por el ruido que hizo contra mi boca. Todavía tenía una mano anclada a sus rulos, sosteniéndola cerca y besándola.

—Voy a llevarte a la cama —jadeé en su boca. Mientras me ponía de pie y la levantaba con

facilidad, sus piernas sujetaron mi cadera y sus brazos envolvieron mi cuello. Clara nunca rompió el beso, nunca se separó.

—No puedo ver —susurré.

Su carcajada rompió sonoramente el silencio de la habitación. Incliné la cabeza y vi el camino con claridad. Subí las escaleras y la tendí sobre la cama. Sentía que mi corazón tartamudeaba al verla extendida ante mí como un festín, con su falda arrugada hasta arriba de sus muslos y su cabello suelto desparramado en la cama.

Me quité el cinturón y los zapatos, me saqué los pantalones y los hice a un lado. Antes de que pudiese desabotonar los puños de mi camisa, sus manos estaban sobre mí. Estaba de rodillas sobre el borde de la cama, desabrochando uno a uno los botones de mi camisa hasta que la abrió. Metió sus manos adentro y recorrió mi pecho desnudo.

—Oh, Dios, tienes tatuajes —suspiró, apartando la tela para revelar la red de arte enlazado que rodeaba mi bíceps.

Puso su boca allí, trazando las líneas de tinta con sus labios y lengua. Los científicos dirían que no había diferencia en la textura o el comportamiento de la piel tatuada en comparación con la piel desnuda, pero yo los habría llamado a todos mentirosos cuando ella puso su boca sobre mi piel. Las retorcidas líneas de tinta parecían arder bajo sus besos, como un fuego que se encendía bajo mi piel. Me encantaba, sostuve su cabeza mientras iba subiendo ávidamente por mi hombro y cuello. A ella le gustaba mi cuerpo, y a mí me gustaba que lo cubriera con sus manos y su boca. En mi mente no había ninguna duda de que me deseaba *a mí*, no solo como un hombre después de una larga sequía, no solo como un consuelo después de una noche difícil.

—Por favor —me susurró a la oreja.

Le subí la falda hasta la cintura y bajé su ropa interior. Sentí la textura de la lencería en mis manos, preguntándome si era la misma de la que me había mandado una foto. Ya estaba mojada y sentí un choque eléctrico por mi espalda, sentí lo mucho que me deseaba.

—¿Desde hace cuánto me has deseado así? —dije en su boca mientras la besaba.

—Desde que tomaste mi mano bajo la mesa el día que nos conocimos. Desde que tocaste mi cuello en la gala benéfica. Básicamente desde el momento en que te conocí. Tenía miedo de hacer más que besarte y mandarte fotos de mi ropa interior como una cobarde. Porque sé que estoy loca la mitad del tiempo. Quiero decir...

—Sí, me pediste que actuara como si fuese otra persona por una tarde. Y yo acepté. Así que eso también me hace un loco.

—No, te hace una buena persona.

—No soy tan buena persona. Estoy a punto de volverme muy malo contigo. Así que espera —dije. Una sonrisa felina curvó sus labios. Podía sentirla estremecerse deliciosamente mientras enterraba mis dedos en sus pliegues, retorciéndolos hacia adelante y sintiendo sus rodillas doblarse en seguida.

—Oh —dijo intentando contener un gemido—. Eso es...

—Apenas estoy entrando en calor —dije, doblando su espalda sobre mi brazo mientras la tendía en la cama.

Sumergí mi cabeza entre sus piernas, inhalando su dulzor, el almizcle de su excitación. La lamí, dándole toda mi lengua, chupando mientras sus caderas se retorcían con los dedos enterrados hasta los nudillos dentro de su humedad apretada. Ya estaba lista para despegar. Retiré mis dedos lentamente, dejándola temblorosa. Subí por su cuerpo.

—Todavía no, preciosa. Aún no te he quitado el sujetador —bromeé.

Me arañó los hombros, retorciendo la cabeza de un lado al otro sobre la cama con frustración.

La besé suavemente para provocarla. Se abrió para mí, tomando mi lengua, arqueándose hacia mí. Quería más, me quería por completo. Intenté mantenerla al borde y hacer que lo esperara. Sería mejor así. Quería que fuera mejor para ella; más dulce, más caliente y más poderoso que cualquier otra noche con cualquier otro hombre.

Una parte de mí quería reclamarla, quería hacerla olvidar todos los nombres menos el mío, a todos los hombres menos a mí. Ya estaba gimiendo y retorciéndose debajo de mí. El único peligro era que esto fuera tan bueno que yo no pudiera aguantar tanto. Yo era un hombre con un control de hierro, pero había algo en Clara que me desarmaba.

Desabotoné su camisa y le agradecí al universo por los brasieres con broches delanteros, abriendo el suyo. Sus pechos se desplegaron en mis manos. Sentí un pequeño tirón en mi estómago, más excitado por sus pechos atractivos y deliciosos de lo que lo había estado desde que era adolescente. Me obligué a tomármelo con calma, poniendo duro su pezón con mi pulgar, tirando de él y pellizcándolo hasta que se levantó, rosado y perfecto, hinchado con una perfección tan dolorosa que tuve que poner la boca sobre él. Me di un festín con su pezón, dando trazos sobre él mientras gemía y se separaba de la cama. Tomé su otro pecho y lo acaricié, lo toqueteé, pellizqué su punta sensible hasta que tuve que mover mi boca para probarlo también. Sentía la sangre zumbando por mis venas y mi corazón latiendo con fuerza. Mi vista se volvía brillante y aguda. Clara era como una droga para mí. Sentía un torrente de consciencia mejorada, una necesidad sudorosa y sin aliento de introducirme y penetrarla, reclamarla y hacerla mía.

—Sí, por favor, por favor —gimoteó mientras me terminaba de quitar el resto de la ropa.

Esto era lo que necesitaba hacer desde el primer día que la vi, desde que balbuceó algo respecto a un novio falso y que necesitaba mi ayuda. Algo feroz y primitivo en mí la había reconocido en ese instante. Su cuerpo estaba formado para encajar con el mío, para moldearse a mí y tomar cada centímetro de mi impresionante tamaño. Me arrastré sobre ella, acechando como un depredador, sumergiéndome mi boca para probar la suya y morderle el labio. Levanté su pierna sobre su cadera con una mano, abriéndola bien para mí. Necesitaría tener las piernas bien separadas y cada gota de humedad que pudiera obtener de ella, si es que iba a aguantar todo lo mío en su interior.

Clara parecía una criatura salvaje en ese momento, sin palabras, acariciando mi rostro, gimoteando hasta por el más pequeño roce de mis nudillos en su pezón sensible, retorciéndose y abrazándose con sus piernas. Intentó arrastrarme hacia ella, pero me resistí para anticiparlo, haciéndola gemir por la espera mientras yo bebía de sus labios, lavaba su garganta con mi lengua hasta que temblaba, medio sollozando por descansar de mí. Entonces empujé la cabeza de mi pene hacia su sexo. El calor de su núcleo descarriló todo mi control.

Pretendía meterle solo punta, hacerla retorcerse con deseo y empujar sus caderas contra las mías frenéticamente antes de alimentarla con más de mi enorme pene. Había querido tomarlo con calma para no lastimarla o impresionarla con la invasión. Pero la capa caliente que me había tomado no me dejaba ir. Perdí la cabeza. Empecé a penetrarla con un rugido. Como un hombre llevado al borde de la locura por la necesidad de tener sexo con ella. Clara gritó mientras la penetraba profundo, enterrándose hasta la empuñadura. Ella suspiraba y jadeaba buscando aire, sujetaba mi rostro. Cubrí su boca con la mía, mis brazos temblaban por el esfuerzo de mantenerme sobre ella, de frenar mi empuje irresistible por al menos un segundo. Cuando Clara chupó mi lengua, gimiendo «más» en mi boca, pensé que perdería la última pizca de mi control.

Sujeté su cadera con una mano, enterrando mis dedos para mantenerla quieta. La penetré. Pensaba que cada delicioso empuje sería el último, que me derramaría en ella por la euforia que desgarraba mi cuerpo y que corría por mi espalda. Pero cada vez noté que podría aguantar un

poco más, que podría prolongarlo lo suficiente como para tener avaricia de más placer, para abarrotarnos a ambos del agudo éxtasis que venía con cada impulso. Me quedaba la suficiente voluntad para frotar su protuberancia enrojecida e hinchada sobre el lugar donde nos uníamos, para hacer círculos y darle la presión y atención que necesitaba. No la dejaría insatisfecha, ni siquiera cuando mi vista se volvió roja en los bordes y sentía un tirón en mi espalda baja, la señal clara de que estaba a punto de disparar mi semen dentro del cuerpo más apretado y dulce que había llenado.

Cuando Clara se vino con una sacudida de su espalda que la hizo levantarse de la cama y un grito salvaje, sentí sus músculos internos aferrándose a mí. Me retiré de su vagina temblorosa y me precipité de nuevo con un empujón tan fuerte que escuché sus dientes chocar. Me vine dentro de ella con lo que fue un chorro a borbotones que duró un tiempo. Seguía y seguía, un orgasmo como ninguno que hubiese tenido. Me sentía destrozado, de cabeza mientras seguía recorriéndome, mientras la seguía penetrando una y otra vez. Clara estaba aferrada a mis hombros, su boca estaba en mi cuello mientras yo me vaciaba dentro de ella.

Agitado, me acosté de lado todavía unido a ella, no quería aplastarla con mi peso. Meció sus caderas contra mí, frotó sus labios con los míos. La tomé en brazos, la sostuve fuerte contra mi pecho.

—¿Te lastimé? —dije suavemente, la preocupación crecía en mí—. Perdí el control. Iba a tomármelo con calma, pero encajábamos tan perfectamente. Se sentía como si estuviéramos hechos para esto.

—No me lastimaste, Adrián. Quiero lo que sea que me des, de cualquier forma en que me lo des. Nunca me he sentido tan llena y satisfecha como me haces sentir. Dios, ese fue el orgasmo más asombroso que he tenido. Me siento como si estuviera drogada. Dios, de verdad debería callarme.

—No te detengas —susurré en su mejilla ruborizada, tomando su boca antes de poder hablar de nuevo—, me lo estás poniendo duro otra vez. ¿Lo sientes? Nunca he deseado a nadie del modo en que te deseo a ti, Clara. Nunca.

—No suelo ser así. No me acuesto con chicos con los que apenas he salido. Pero tú tienes algo. Siento como que te conozco mejor de lo que lo hago. Como si tu cuerpo estuviera hecho para llenar el mío una y otra vez.

—Te deseo de nuevo. No puedo... No puedo parar, Clara —dije. Ya me estaba moviendo hacia ella. Mi pene se hinchó hasta estar tan duro que dolía. Había estado meciéndome en su interior mientras hablábamos entre suspiros rotos. Mi cuerpo tenía mente propia, un impulso obstinado de seguir teniendo sexo con ella hasta que nos quedáramos ciegos o nos desmayáramos por el agotamiento.

—Por favor —dijo—. No te detengas. Nunca te detengas, Adrián.

Inclinó la cabeza hacia atrás mientras mi pene golpeaba el lugar en su interior que antes había rozado con los dedos, ese punto que hizo que su cuerpo se relajara del placer. Con esfuerzo, me senté, sosteniéndola sobre mi regazo. Me rodeó el cuello con sus brazos casi débilmente, su cabeza se balanceaba contra mi hombro. En esta posición, podía meterlo desde un ángulo distinto, entrar en un ángulo todavía más profundo con Clara en mi regazo. Sentí su reacción poderosa a cada uno de mis empujes. Estaba gimiendo, justo en el borde otra vez.

—Esto. Es. Mucho. Mejor. Que. Un. Novio. Falso —dijo, sus palabras salían de forma intermitente por el ritmo de mis impulsos. Ella rio, y su risa fue el sonido más sexy que alguna vez haya escuchado. Enterré mi rostro en su cuello, besando y chupando mientras eyaculaba rápido y con fuerza dentro de ella, sobrecogido por el calor apretado de su cuerpo alrededor de mí y el

dulce sonido de su risa.

Mientras me vaciaba una vez más dentro, ella convulsionaba a mi alrededor con un chillido, restregándose sobre mí para conseguir la presión que necesitaba. Luego nos besamos como si no tuviera fin la atracción sexual entre nosotros, mi boca insaciable sobre la suya.

—Dios, Clara, no me puedo detener —gemí—. Me siento también dentro de ti.

—Lo sé. Es loco. Si alguna vez hubiese pensado que esto existiera, si alguna vez hubiese pensado que podríamos ser tan compatibles, que se sentiría tan bien, nunca habría perdido tiempo escribiéndote o dejándote mensajes. Habría estado esperándote junto a tu auto como una acosadora loca, rogándote que me follaras en el asiento trasero.

—Y lo habría hecho. En el asiento trasero, encima del capó, en cada superficie de esta casa. ¿Sabías que nunca había traído a una mujer aquí? Este es mi santuario, mi lugar para poner mi cabeza en orden y reenfoarme. No quería recuerdos de ninguna aventura dentro de estas paredes. Pero te traje aquí. Sabía que te sentirías bien aquí conmigo, que encajarías aquí, del mismo modo en que yo encajo entre tus piernas. Como si estuviéramos hechos para esto.

Le acaricié la mejilla y la sien. Se volteó y me besó, un poco tímida al principio.

—Estoy tan agradecida de que me hayas traído. No puedo decirte lo increíble que es esto. Estar aquí a solas contigo, teniendo lo que tiene que ser el sexo más satisfactorio que alguien haya tenido jamás. Me siento tan afortunada, Adrián. Incluso si es solo esta noche...

—¿Quién dijo que era solo esta noche? —exigí con rudeza apretándola en mis brazos—. ¿Te imaginas que te deje ir después de esto?

—Tengo miedo de imaginar. Si le doy más importancia a esto, si me permito tener la esperanza de que esto sea más que sexo, no creo poder soportarlo. Creer que esto podría ser real y duradero y luego darme cuenta de que estoy equivocada, que solo me querías para esta noche... Y el asunto es que te lo debo. Te debo más de una noche por toda la mierda que has aguantado; tener que fingir que eras Blake, lidiar con mi mamá, llegar para rescatarme de Roger... Todos estos problemas que creé yo misma, por cierto. Pero lo que intento decir, y estoy temblando tanto por ello, es que ni siquiera sé si puedo expresarlo con palabras... Tenerte tan profundo dentro de mí se siente diferente, se siente como si pudiera volverme adicta a ello. Así que, si no quieres estar conmigo, por favor dímelo ahora antes de meterme más profundamente en esto. Porque ya esto me sobrepasa.

—Dios mío, Clara, ¿no sientes lo que significas para mí? Te deseo. Nunca he deseado a nadie como a ti. Una sola foto de tu ropa interior me lo puso muy duro. Una noche de bromas y juegos tontos en un evento benéfico me hizo querer enterrar mi cara en tus muslos y no parar nunca hasta que te desmayaras. No sé lo que es esto, pero ten por seguro de que hay *algo* entre nosotros, demonios, y no es algo a lo que quiera renunciar.

La metí en mis brazos y la besé.

—Nunca he estado tan contenta de oír a alguien decir eso —dijo con los ojos llenos de lágrimas. Sus palabras ya sonaban confusas por el cansancio, así que me contuve. Quería hacer más, hacer de todo. Pero habría más tiempo. Se acurrucó a mi lado con tanta confianza y se fue quedando dormida. Yo la abracé desde atrás respirando su aroma, acariciando sus muslos y chupándole un poco el hombro. Subió su brazo para envolverlo en mi cuello y acariciar mi cabello.

Poco después, tenía las piernas separadas y mis dedos estimulaban su canal profundamente, poniéndola húmeda para facilitarme el camino. Una de mis manos bajaba por su vientre, la otra estaba guiando mi pene para penetrarla desde atrás. Acuné su cuerpo, amaba ver sus movimientos, la columna de su espalda mientras tomaba mi enorme intrusión.

Después de que acabamos, ambos dormimos profundamente, envueltos en los brazos del otro.



**M**e desperté en la cama con Adrián. Estaba adolorida de la mejor manera y necesitaba una ducha. Estaba sudando por la gran cantidad de calor que parecía generar su cuerpo ancho y musculoso que me envolvía. Nunca me había sentido tan apreciada, tan completamente devorada en mi vida. Me estiré como un gato, me escabullí debajo de su brazo y me permití darme una larga ducha.

Cuando terminé, él ya había salido de la cama, probablemente estaba ejercitándose o en su oficina. Deambulé escaleras abajo con una de sus camisas, que había dejado sobre la cama para mí, y me preparé una taza de café. La terraza era un lugar perfecto para beberlo, la brisa salina levantaba mis rulos húmedos allí sentada inhalando el vapor fragante de mi taza. Cerré los ojos, totalmente lista para disfrutar de un lánguido recuento de los mejores momentos de todo el sexo que habíamos tenido la noche anterior. Pero mi cerebro tenía otros planes para mí: reproducir la humillante cena con Roger, la mano fría y pegajosa que había posado en mi cuello, la manera en que me había evaluado con la mirada como algo que podría considerar digno de follarse si fingía que me gustaba el golf. Me sentía miserable, sabía que debí ser directa con él. Debería haber dicho: «Mi aplicación une a usuarios compatibles usando múltiples parámetros. No es mágica y no puede crear una mujer a la que le guste tu clase de mierda ignorante. Si no estás interesado en invertir, entonces no me tomaré la molestia de enseñarte paso a paso acerca de las citas en línea. Sería una pérdida de tiempo para todos».

Me habría ahorrado tantos problemas si solo le hubiese dicho la verdad, lo cual me puso cara a cara con mi fracaso más significativo en mi esfuerzo de convertirme en una adulta funcional. Le menté a mi madre, le oculté cosas, actué como una mocosa embustera. Quería ser una mujer de negocios exitosa e independiente, pero no estaba tomando decisiones que se correspondieran con ese objetivo.

Le debía disculpas a la gente. Me debía a mí misma ser mejor, más fuerte, asumir la responsabilidad de mis propias acciones. Era como si haberme acostado con Adrián me hubiese hecho renacer. Sentía que no me merecía la forma en que me miraba, la forma en que me hacía sentir. Quería ser la mujer que pudiese ganarse esa clase de consideración, esa clase de intensidad. Adrián era un hombre en todo el sentido de la palabra y yo no estaba preparada para un hombre así.

Así que me senté en su terraza, aprecié su hermosa vista y me sentí más lejos de él de lo que me había sentido desde que nos conocimos. Cuando le enviaba mensajes estando a un océano y un continente de distancia, se había sentido más a mi alcance de lo que me parecía ahora. El movimiento sísmico de aceptarlo dentro de mi cuerpo, de sentir esa conexión profunda con él, me hizo ver con otros ojos. Me vi a mí misma y sentí verdadera vergüenza. Él se merecía a alguien

que estuviera kilómetros por encima de mí. No sería yo quien lo arrastrara hacia abajo. Ni siquiera si eso significaba perderlo para siempre. Tenía que probarme a mí misma que era fuerte y tenía que hacer lo más honorable por una vez en mi vida: debía dejarlo ir.

Cuando Adrián salió a la terraza, no llevaba nada más que un par de pantalones de corte bajo. Había estado entrenando, lo que lo dejó sin camisa y sudoroso. Mis dedos se enrollaron sobre mis palmas por el esfuerzo que me costó no pasar mis manos por todo su cuerpo y lamer su piel solo para probar ese sudor. La química crepitó entre nosotros. Era tanta que no me habría sorprendido si hubiese destrozado mi taza de café.

—Te levantaste temprano —dijo—. ¿Dormiste bien?

—Cuando finalmente me dormí —dije con una sonrisa y un rubor que no pude reprimir. Me encantaba verlo, la manera que se frotaba la nuca y me miraba con una sonrisa astuta.

—Me gustó abrazarte anoche. Cada vez que me movía o cambiaba de posición, tú te movías conmigo. Me desperté una vez con tu brazo sobre mi estómago y pensé que podría morirme así, sintiendo que tuve una vida bien vivida. Me has hecho algo, Clara Rider.

—Nos hemos hecho algo el uno al otro, ten eso por seguro. Quiero decir, para empezar, hoy no puedo caminar bien. Reprobaría un examen de sobriedad porque no sería capaz de caminar en línea recta. Lo tienes enorme. Podrías haberme advertido —sonreí juguetona.

—Pero no todos los hombres presumen de su tamaño. Nunca me habrías creído —dijo sentándose a mi lado.

—Me parece justo. No hay forma de que me hubieses podido preparar para lo que tienes ahí.

—Bueno, estabas húmeda y lista para mí en cuanto terminé de saborearte —dijo con la voz baja y sedosa.

Sentía el calor acumulándose abajo en mi vientre por sus palabras. Me sentía sucia, necesitada de él. Me estiré hacia su mano. Llevé sus dedos a mi boca, uno por uno, chupando un poco las puntas, masajeando su palma con mi pulgar. Satisfacía algo en mí, el solo llevar una parte de su cuerpo a mi boca. Pasó sus dedos de mis labios a mi barbilla y los arrastró por mi cuello. Dejé mi cabeza caer hacia atrás y cerré los ojos, lo dejé acariciar mi garganta y mi clavícula lenta y sensualmente. Mis uñas se enterraron en los brazos de la silla Adirondack, los dedos de mis pies se retrajeron.

Adrián deslizó su mano bajo la camisa que llevaba puesta, su camisa que olía maravillosamente a él. Solo el más mínimo movimiento de sus dedos sobre la prominencia de mis pechos me hacía temblar. Sabía lo que podía hacer con esas manos, con esa boca, y la anticipación me puso a palpar bajo su roce más leve. Me tomé el tiempo de inhalarlo, de saborear el jugueteo de sus manos sobre mí, de grabar cada caricia y sabor en mi memoria. Habíamos tenido tanta prisa la noche anterior, como si la fase lunar o la fuerza de la marea hubiesen impulsado nuestra unión con frenetismo. Bajo la luz más fría de la mañana, teníamos más tiempo para deleitarnos con cada segundo.

Mis ojos se abrieron de a poco cuando tomó mi mano y me hizo ponerme de pie. Lo seguí hacia adentro.

—Es una elección difícil la que me presentas, Clara —dijo con la voz tan nítida y profesional como si estuviéramos en una reunión de negocios.

Yo respiraba con fuerza por sus caricias, el corazón me martillaba mi pecho. No podía hacer mucho por responder verbalmente. Mi vocabulario había sido reducido a palabras como «por favor» y «ahora» y «más». Me lamí los labios, esperando que me contara acerca de su elección, y anhelando que, en vez de decirme, me mostrara con cada parte de su cuerpo.

—Solo te he hecho mía en la cama. Tres veces, para ser honestos, pero solo en la cama. Te

quiero encima del sofá, de la encimera, contra la pared, en la ducha, doblados sobre la mesa... Hay muchos lugares de donde escoger. Estoy luchando por decidir dónde lo haremos ahora. ¿Tienes alguna preferencia?

Sacudo la cabeza lentamente. Me siento un poco ahogada porque no habría tiempo de bautizar cada cuarto de la casa, no habría oportunidad de llevarnos al clímax el uno al otro encima de cada silla, contra cada pared. Tenía que decirle pronto. Tenía que decirle que yo era mucho menos de lo que él se merecía, que no estaba en lo absoluto lista para una relación. Y ninguna cantidad de sexo caliente podría convencerme de lo contrario.

No era justo seguir adelante con sexo de despedida sin decirle. Así que presioné mi mano contra mi pecho y esperé hasta calmarme un poco.

—Tengo algo que decirte. Antes de... Antes de que hagamos algo más.

—¿Pasa algo malo? —dijo.

—Yo estoy mal. Estoy completamente mal. Esto nunca funcionará. Así que, si sabiendo eso todavía quieres hacerlo esta última vez, puedes tomarme donde sea que quieras. Porque te desearé hasta el día en que muera, pero no puedo seguir contigo.

—No tengo idea de qué estás hablando. Ni siquiera tiene sentido. Por supuesto que quiero hacer esto. Apenas pude dejarte dormir un poco anoche. Ven aquí —dijo.

Adrián me tendió una mano y me atrajo a sus brazos, frotando su barba desaliñada sobre mi cabello. Cuando me abrazaba, podía creer cualquier cosa. Casi pensé que él podría hacer que todo estuviera bien, que podría aceptar y absorber las partes rotas de mí, que podría volverme a armar como algo real y decente. Pero el asombro que sentí cuando me tocó me sirvió como un recordatorio de lo separados que estábamos.

—Entonces hazme el amor como si fuera la última vez —dije—. Por favor.

—No es la última. No permitiré que sea la última —dijo—. No te dejaré ir tan fácilmente. No puedo.

Adrián inclinó su boca sobre la mía. La dulzura de su beso me rompió el corazón. Era tierno, con ansias, pero profundo; su lengua recorría mi boca como para devorar cualquier duda que tuviera. Sería tan fácil ceder, dejar que su roce me persuadiera. Lo deseaba y lo tendría una última vez. Me complacería, me permitiría a mí misma una última probada de perfección antes de huir.

—Tienes que hacerlo. No te mentiré más. Ya he hecho suficiente daño al mentir. No lo haremos bajo falsos pretextos, Adrián. No quiero que creas que puedo ser algo más para ti que solo una aventura de una noche. Fue un error de ambos.

—Tú no eres un error. Esto nunca podría ser un error. Dios, la forma en que encajamos cuando estamos juntos, ¿cómo puedes pensar que esto es un error? —exclamó en mi cuello mientras me mordisqueaba y me lamía.

Ensarté mis dedos en su cabello, cediendo al estremecimiento que producía su boca en mi piel. Su voz fluía a través de mí como un río.

—Te deseo, deseo cómo me ves, cómo me tocas, la forma en que dijiste mi nombre en la madrugada cuando tuviste un orgasmo tan fuerte que pensé que te romperías el cuello sacudiéndote contra mí. Quiero la forma en que nos reímos juntos y quiero tus ideas locas, esa confianza de que cualquier plan chiflado que tengas va a resolver todos tus problemas. Es una energía tan creativa, como una chispa dentro de ti a la que me quiero aferrar. Clara, dame tu boca, la necesito —dijo.

Adrián sujetó mi mandíbula, inclinó mi rostro para que su boca capturase la mía. Las caricias lentas y profundas de su lengua me llevaban a otro lugar. Me sentía suspendida, flotando. Y aun así, abajo en mi estómago, algo empezaba a retorcerse, un cable con corriente que serpenteaba a través de mí. Adrián pasó sus manos por debajo de la camisa. La jaló hacia arriba para apartarla,

de modo que sus manos pudiesen palpar mis pechos, frotando mis pezones hasta que gimiera contra sus labios necesitada de más.

Entonces me llevó a la pared. Presionó mi espalda contra el cemento, levantándose y deslizándose con la mano en mi muslo. No tomaría nada de tiempo, lo sabía. Se desharía de sus pantalones cortos, el par negro de corte bajo que mostraba el inicio del músculo que daba paso a su pelvis, esas líneas talladas que quería lamer. Pero liberaría su pene y lo enterraría en mi interior antes de darme la oportunidad de hacer algo. Todo lo que podía hacer era aguardar y dejar que pasara, absorber cada roce, cada penetración. Los necesitaría luego, necesitaría cada detalle cuando estuviese sola, afligida y con el corazón roto. Querría repasar cada segundo de esta perfecta última vez.

Así que me sorprendió cuando se alejó para mirarme a los ojos, acariciarme la mejilla, estrellar sus labios fuertemente contra los míos y sonreír. Esa sonrisa me devastó, me partió en dos. Era de complicidad, la misma sonrisa cómplice que me había mostrado en la cena benéfica. La sonrisa me atrajo como si fuéramos las únicas dos personas en el mundo, como si hubiese una cercanía entre nosotros que excluyera a todos los demás. Como si yo fuese suya. Dios, quería ser suya. Lo quería más de lo que quería seguir respirando.

Pero no si significaba dejar que se conformara con menos de lo que se merecía, una chica rica e inmadura con una empresa en picada y con más ideas malas que sentido común. Cuando mis ojos se encontraron con los suyos, las lágrimas traicionaron a mis emociones. Estaba claro que él significaba todo para mí. Toqué su labio inferior con las yemas de mis dedos y lo besé suavemente. Quería que supiera en lo profundo de su ser que daría cualquier cosa para que esto durara, que daría cualquier cosa para no lastimarlo del modo en que sabía que lo haría.

Me di cuenta entonces de que me había enamorado de él muy rápido. Lo amaba desde el fondo de mi alma. Podía decirse, pero sería cruel, un gancho hundido en él que empeoraría todo en vez de mejorarlo cuando me despidiera. Así que no dije nada. Lo besé suavemente y luego otra vez con más desesperación. La pared se sentía dura contra mi espalda y sus abdominales y pecho formaban otra pared rígida frente a mí. Solo su mano en mi muslo me mantenía arriba. Lo besé sin cesar, amaba la forma en que su lengua acariciaba toda mi boca, en que sondeaba cada lugar tierno tan eróticamente. Me froté contra él llevando las manos a su cabello, mi vagina desnuda estaba contra su estómago.

—Dios, Clara, estás tan húmeda para mí —dijo en mi boca con la voz raída.

—Para ti. Siempre para ti —dije con la voz quebrada mientras se arrodillaba a mis pies.

—Quiero probarte. Quiero cada parte de ti. ¿Eso te asusta?

—Es aterrador. Pero ¿qué estás esperando? —dije con una risa temblorosa. Nuestros ojos se encontraron, y sentí el impacto de su mirada hasta la médula. El peso de su deseo.

Tenía aproximadamente treinta segundos antes de que él tomara el control. Los usé bien. Besé su pecho, sus hombros, deslicé las manos por sus brazos desnudos. Lamí el sudor de su cuello, su sabor salado me galvanizó los sentidos, me puso la piel de gallina. Entonces me tomó por las muñecas y me arrastró hacia él, tomando de nuevo mi boca con la suya. Me llevó al sofá, apretando bien mi cuerpo en los cojines con su peso. Lo sentía extendido sobre mí, sus piernas estaban alineadas con las mías, su estómago estaba contra mí. respiraba con dificultad, lo deseaba tanto. Pero no me separó de golpe las piernas para penetrarme. No en la manera en que cualquier otro chico lo habría hecho.

Nada respecto de Adrián era como los otros hombres. Y menos aún la forma en que me sedujo. Sus dedos sucios jugaron con mis pezones hasta que se pusieron muy duros. Luego calmó el dolor con su boca caliente antes de acariciarlos de nuevo. Estaba tan agitada, salvaje con una furia

retorcida de necesidad. Me llevó hasta la locura con sus manos y su boca, que hizo que bajara la mano y tirara de sus pantalones cortos como una zorra ansiosa que no podía saciarse. Necesitaba que me llenara. Lo necesitaba todo y no podía esperar ni un minuto más.

—Por favor, por favor —jadeé balbuceando contra su boca abierta incluso mientras metía su lengua entre mis labios.

Frotó la parte interior de mis muslos con sus pulgares, trazando círculos más y más cerca de mis pliegues adoloridos. La palpitación sonrosada de mi clítoris lo necesitaba muy desesperadamente. Por fin, me penetró, empalándome con toda la longitud de su pene. Arrojé la cabeza hacia atrás por el éxtasis cuando me llenó, al sentir mi cuerpo cambiar para adaptarse a su tamaño, a la inmensa presión de su pene. Solté una risa temblorosa.

Dios, se sentía como tener el cielo dentro de mí, una ardiente vislumbre del paraíso.

Me encantaba el peso de su cuerpo sobre mí, la manera en que nuestras piernas se enredaban entre ellas, la manera en que sus hombros se juntaban y se flexionaban bajo mis manos. Me encantaba la forma en que se mecía sobre mí para que su pene rozara el lugar perfecto dentro de mí y el hueso de su pelvis me diera una presión exquisita en el clítoris. Nos había alineado tan bien... Gemí. Sentía que mi orgasmo crecía con cada empuje mientras mis gritos se volvían más y más agudos. Vi estrellas mientras la punzada afilada de placer me atravesaba como una lanza. Me meneé contra él, sacudiéndome mientras surcaba cada segundo de mi clímax. Luego había más, su pene seguía dentro de mí, duro y lleno, retirándose ahora por completo y volviendo a penetrarme con fuerza, con un impulso tan profundo que casi podía saborearlo en mi lengua.

Lamí mi mano, la deslicé entre nosotros y froté la base de su pene mientras entraba y salía de mí. Adrián gimió por el contacto con mi mano húmeda y codiciosa acariciándolo. Sacudió las caderas penetrándome. Le agarré el culo y lo atraje fuerte hacia mí, queriéndolo aún más adentro y haciendo que se viniera dentro de mí. Sentí la sacudida de su cuerpo, su temblor justo antes de venirse. Sellé sus labios con los míos, me tragué sus gemidos. Sollocé con gratitud, con plenitud. Nada podría haberse sentido más dulce o más lleno de arrepentimiento.

Temblé en sus brazos mientras nos tendíamos juntos en el sofá. Le agradecí, besé sus labios, acuné su cabeza en mi hombro. Le besé el cabello.

—Eres el mejor hombre y el único al que querré —le dije—. No hice nada para merecer lo que me has dado, y no quiero que esperes, quiero que encuentres a alguien mejor, alguien que merezca ser amada.

—Te quiero a ti, a nadie más —dijo poniendo su boca sobre mi cuello de la manera más distraída.

—Dices eso ahora drogado con el sexo. Mezclas el sexo con el amor porque se siente más que increíble, como si tu cuerpo se estuviera desmoronando, y piensas que eso tiene que ser por diseño universal. Que tienes que ser mi alma gemela porque tú... porque nosotros pertenecemos el uno al otro; pero eso es química, no es la realidad, no es lo que te mereces.

—¿No puedo decidir lo que merezco y lo que quiero? ¿Y si lo que quiero es seguir teniendo sexo increíble contigo sin final a la vista?

—Como dije, todo este sexo te ha fundido el cerebro. Tomo decisiones destructivas e impulsivas que arriesgan la felicidad de la gente que me importa, como mis empleados y mi madre. No quiero hacerte daño, y estoy destinada a hacerlo así que esto es lo mejor, ser fuerte ahora para no dejarte lastimado y lleno de arrepentimiento.

—Si mi cerebro está frito, el tuyo también, has tenido incluso más orgasmos que yo, por lo que científicamente hablando también eres incapaz de tomar buenas decisiones ahora mismo. Así que quédate aquí, deja de intentar irte.

—No voy a cambiar de opinión.

—Muy bien, pero tan solo olvídale por el momento. Tómame un minuto para gozar de este resplandor posterior al sexo. Luego prepararemos algo para desayunar, y comeremos en la cubierta. No tengas tanta prisa por tirarlo todo por la borda.

Sonaba tan razonable y al mismo tiempo tan seductor. Me sentí como si estuviera siendo agresiva y grosera, así que me recosté entre sus brazos para acurrucarme sobre él. Él era tan bueno abrazándome que podría haberme quedado allí para siempre, simplemente respirando en sincronía con él, sintiendo la elevación y descenso de su pecho bajo mi mejilla como un metrónomo que existía para recordarme que respirara. Podría haber olvidado que no era así mientras flotaba en la pura felicidad. Su mano me acomodó el desastre que eran mis rizos, y sus dedos estaban aliviando la tensión de mis hombros. Mi cuerpo estaba relajado y libre en sus manos, y podía moldearme como quisiera.

Era embriagador, una plétora de éxtasis que se encontraba entre el sueño y la vigilia, que me tenía con los ojos cerrados y la piel viva ante su magistral toque, tierno y calmante. Pero su tacto era subversivo, y cada lugar de mi piel donde ponía sus dedos parecía quedar con una huella, una marca que nunca se disiparía. Yo siempre sería suya, en todos los lugares donde me había tocado. La bandera de un explorador no me habría reclamado más claramente que el más leve rastro de sus huellas sobre mi carne.

Estuvimos acostados así en el sofá por mucho tiempo. No sabía si todavía era de mañana o si habían pasado días. Nos quedamos dormidos juntos tan tranquilamente, y nos despertamos con los labios unidos buscando besarnos incluso mientras dormíamos. Dormir y despertar y hacer el amor de nuevo, una corriente natural que nos movió hasta que se sintió como magia, como algo imposible. Estaba totalmente liberada de la realidad, existía solo para que él me tocara, para darle todo lo que me pidiera y para tomar el placer que me ofrecía.

No me guardé nada más que las dos palabras que nunca pude permitirme admitir frente a él. Habría sido el máximo acto de egoísmo marcarlo con el peso de mi amor, que era un amor indigno de él, uno que lamentaría. «Deja que sea una aventura más bien», pensé, «una aventura salvaje cuyo fulgor arda y se extinga». Iba a extrañarlo tanto, a extrañar sus ojos y sus manos, y ese dulce dolor que me provocaba en el cuerpo, y el hecho de que cuando me acuesto a su lado nunca quiero abandonarlo. Sentía como si estuviera en donde pertenezco, como si finalmente pudiera descansar, dejar de correr por todas partes en busca de inversionistas, de éxito, de aprobación, porque era todo lo que podría querer.

Lo que siguió solo puede ser descrito como una ráfaga desorganizada. Nos levantamos a buscar un vaso de agua con lentitud, gradualmente, y luego volvimos para besarnos antes de apresurarnos en ver qué había en la nevera para cocinar. Después nos tumbamos en el sofá para besarnos un poco más. Eventualmente, me puse a cortar algunas bayas mientras él hacía panqueques con ricota y limón, que eran simultáneamente tan livianos como el aire y tan decadentes como el pecado. Me senté sobre la encimera con el plato junto a mi cadera mientras él estaba parado entre mis muslos mientras comíamos. Le quité un poco de azúcar de su labio superior de una lamida y él me deslizó un cubo de hielo por el cuello y siguió el rastro con su boca caliente.

Me pidió que me quedara a pasar la noche otra vez.

—No puedo, nunca me iría. No seré lo suficientemente fuerte. Tengo que volver a Los Ángeles y admitir que he fallado. No puedo conseguir que mi único inversionista me devuelva las llamadas, y he mentido y engañado para tratar de aferrarme a una empresa que no podía lograr que tuviera éxito. Tengo que admitirlo y enfrentar las consecuencias: fui demasiado arrogante. Lo

siento, Adrián, desearía ser alguien mejor. Alguien como tú.

Sacudió la cabeza.

—Clara, no. Pensé que te habías asustado, que tan solo necesitabas instalarte para darte cuenta de que es imposible alejarse de algo tan bueno y que nos encontraremos de nuevo. No entiendes lo difícil que es encontrar algo como esto, lo asombroso que es —dijo.

Eso me detuvo en seco. Nunca soñé que un hombre como él me pediría nada, y mucho menos que fuera suya. Ese poder, la fuerza dentro de él, de un hombre que había construido su éxito, que había logrado tanto y que estaba delante de mí diciendo que quería que me quedara... eso me hizo sentir humillada, incluso cuando reforzaba el motivo por el cual tenía que irme. Un hombre así de bueno se merecía a una buena mujer y yo no lo era, todavía no lo era, ni de lejos.

—No pude cumplir mis promesas, las que hice a mis empleados, a nuestros suscriptores, ni siquiera a mí misma. Les fallé a todos, así que es hora de enfrentar la realidad.

—No tienes que hacer eso, hay otros inversionistas.

—Lo sé, pero no tuve las agallas para hacer lo que tenía que hacer, ¿recuerdas? No me pude obligar a acostarme con Roger por el dinero. Tuviste que salvarme.

—Quería salvarte. Quería que vinieras a casa conmigo, no con él. Y el que no durmieras con alguien para conseguir lo que quieres no te hace débil, más bien te hace fuerte y muestra que tienes respeto por ti misma. Dios, Clara, date un poco de crédito.

Me encogí de hombros.

—Tal vez. Escucha, estoy agradecida contigo. Has sido más amable y generoso de lo que merezco. Todavía no puedo creer lo afortunada que fui cuando le pedí a un extraño al azar que se hiciera pasar por mi novio y resultaste ser tú. Fue la cosa más afortunada de la historia; o sea, la gente debería contratarme para elegir sus números de lotería. Podría haber buscado en Los Angeles durante años y no haber encontrado nunca un hombre ni la mitad de bueno que tú.

—¿Crees en el destino? —preguntó en un intento claramente desesperado de encontrar una manera para hacer que me quedara.

—No —dije—, no creo que las cosas estén destinadas a ser de una manera. No creo que yo estuviera destinada a vivir en la comodidad y el lujo, y a nacer como la hija de una de las mujeres más famosas del planeta, mientras que otras personas están destinadas a nacer en la pobreza y la enfermedad y la guerra. Simplemente tuve suerte, como cuando te escogí a ti en la panadería.

—Lo haces sonar como si hubieras ido a comprar una rosquilla, pero te decidiste por mí.

—Fue una compra impulsiva —dije con tanta suavidad como pude.

—A largo plazo la rosquilla habría sido mucho menos entretenida —dijo.

—Cierto, pero una rosquilla no me estaría jodiendo en absoluto por intentar comportarme como un adulto responsable.

—¿Y si no tienes que hacerlo? ¿Y si tragarte tu orgullo y disculparte por fallarle a todos fuera simplemente innecesario?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hay otras soluciones además de rendirse. Dijiste que tienes una actualización planeada para la app, ¿verdad? Así que solo necesitas algo de financiación, que te sirva como solución temporal hasta que la actualización atraiga la clase de tráfico que necesitas. Un inversionista podría lograr eso.

—Lo sé, de eso se trataba la catástrofe con Roger. Pensé que si podía ganarme a un potencial inversionista, podría mantener al lobo lejos de mi puerta el tiempo suficiente para poder levantar a Slay del suelo.

—Ese era un buen plan, sigue con eso —dijo animándome.

—Agoté todos mis contactos buscando a cada persona o grupo posible que tuviera la más mínima posibilidad de estar interesado en una app de citas.

—No es cierto, no me preguntaste a mí.

—¿Qué? —dije mirándolo boquiabierto.

—Nunca me pediste que viera tu propuesta para considerar invertir —dijo Adrián.

Mientras bufaba ante la mera idea me caí de la encimera de la cocina. Me alejé unos pasos de él, con los brazos cruzados como protegiéndome y sacudiendo la cabeza.

—No, jamás —dije—. Literalmente no hay manera de que te deje invertir en mi barco que se hunde. Yo misma fui quien lo condujo hasta el maldito iceberg. No.

Me encontraba al otro lado de la habitación junto al sofá, dándole la espalda. Podía sentir que mis hombros se encorvaban por la vergüenza, y él se me acercó para tocarme la espalda.

—Quiero ayudarte. Una cosa que aprendí estando por mi cuenta tan joven es que no puedes ser tan orgulloso como para no pedir ayuda o para aceptarla, venga de donde venga. Así es como sobrevivimos.

—He pedido ayuda, una y otra vez, y he fallado tan miserablemente que ahora nadie quiere sacarme de apuros. Es lo que merezco. Defraudé a mucha gente, tal vez a mí misma más que a nadie más, y ya es hora de afrontarlo.

—Clara, quiero invertir en Slay porque, aunque de una manera indirecta, te llevó a mí y nos emparejó. Es tu sueño, y te ha traído a mi vida, que es donde te quiero mantener. Quiero que te quedes, y sé que tú también quieres eso.

Sentí como mi coraje empezaba a marchitarse mientras decía todas las cosas correctas que tenía que decir. Quería llorar, arrojarme a sus brazos y no hacer más que llorar. Quería dejar que me salvara, quería quedarme con él tanto como me quisiera a su lado. Incluso si estaba completamente equivocaba, sin importar que acabara destrozándolo con mis decisiones estúpidas e irreflexivas. Pero me contuve.

Me puse de pie tan derecha como solía ponerme en las clases de ballet, puse una expresión dura y severa en mi cara, sin ninguna arruga que dejara ver suavidad, ni lágrimas en absoluto.

—Creo que te equivocas, no me estoy prostituyendo para conseguir inversionistas. Lo intenté y no funcionó, así que no seré tu prostituta. Prefiero ser un fracaso público espectacular —escupí.

Se echó para atrás horrorizado, que era como debía estar, porque yo había actuado horriblemente, tan terriblemente como podía. Tenía que alejarlo de mí para evitar que hiciera hasta lo imposible por ser mi héroe. Se me hizo un nudo en la garganta, y sentí que se me revolvía el estómago con lo que estaba haciendo, pero estaba haciendo, al menos por esta vez, lo correcto. Estaba tomando la decisión de poner la felicidad de alguien más antes que la mía, sin planes locos, ni novios falsos, ni citas fingidas. Solo los hechos: yo era un gran desastre, y Adrián Loy era perfecto, y esas dos cosas no iban bien juntas. Habría sido un desastre y no podría soportar terminar haciéndole daño eventualmente, así que decidí ser una perra horrible justo aquí y justo ahora.

—Nunca quise decir que serías una prostituta, sabes que no —dijo con expresión asqueada.

—No quiero tu ayuda. No quiero nada de ti excepto que me lleves de vuelta a Los Ángeles —dije.

—Hay una solución fácil que dejará feliz a todo el mundo. Consigues capital operativo para mejorar tu app, podrás sacarle el dedo a tu madre y dejar de perseguir inversionistas. Podrás poner esa energía en mejorar tu aplicación más que nunca. Así yo podré ver cómo te relajas con el tema del dinero y te concentras en tus metas. Podré aliviar esa presión que tienes, lo cual es más valioso para mí de lo que crees. Y no habrá ataduras si decides no querer seguir conmigo. No voy



a retirar mi financiación en el caso de que no quieras tener sexo conmigo. Quiero decir, no puedo imaginar por qué no querrías tener sexo conmigo cuando estuvo claramente fenomenal... —Adrián se alejó, mostrándome una sonrisa encantadora que me produjo un gran dolor.

—Deja de ser tan bueno conmigo —dije con brusquedad—. No voy a seguir haciendo esto. Se acabó, me devuelvo a Los Ángeles. Si te vas a quedar aquí, conseguiré un auto.

Tomé el teléfono para darle énfasis a mis palabras, abrí una app y empecé a buscar precios. No podía quedarme allí ni un minuto más o terminaría cediendo y perdería todo rastro de integridad que pudiera quedarme todavía. Pero me tomó del brazo.

Me lo sacudí como si su contacto fuera indeseado, sin importar que aquello fuera lo más alejado de la verdad. Testaruda, caminé lejos de él. Pedí un transporte, me volví a poner la ropa que usé en la cita con Roger, que parecía haber sido hace tanto tiempo. Luego me ducharía en casa, no podía arriesgarme a ducharme aquí con Adrián en la casa. No es que él fuera a abordarme estando en el baño, sino que yo podría salir corriendo de la ducha toda mojada y desnuda a rogarle que me aceptara de nuevo, convirtiéndome en una mentirosa.

Esperé junto a la puerta a que llegara mi transporte. Él se hallaba afuera en la cubierta, contemplando las olas. No dijo nada, ni se despidió. No podía culparlo, y, de hecho, significaba que había conseguido que se enfadara lo suficiente como para no querer nada más conmigo.

Si me encontraba llorando a mitad del camino de vuelta a Los Ángeles, no podía culpar a nadie más que a mí misma.

## ADRIÁN - UN MES DESPUÉS

La rubia era perfecta. Bien podría haber estado en la portada de una revista, con su pelo brillante y liso, enseñando su pálida manicura delicada mientras sostenía la copa de vino. Olvidé su nombre. ¿Elisa? ¿Ella? ¿Emily? Traté de revisar mi teléfono en secreto para ver bajo cuál nombre había guardado su número, pero notó que estaba usando el teléfono.

—¿Pasa algo? —dijo.

Negué con la cabeza.

No, no pasaba nada. Todo era insípido. Nada de ella me molestaba ni me irritaba. Simplemente estaba allí comportándose perfectamente bien, sin interesarme ni un poco.

—No, todo está bien. ¿Cómo prefieres las vieiras? —pregunté.

La había traído a uno de mis lugares favoritos y le recomendé un plato cuando me preguntó qué podía pedir. Debí sentirme halagado de que mostrara admiración ante mi experiencia culinaria, que valorara mi opinión. No era la clase de mujer que come de un tazón de nueces mixtas en una fiesta: era refinada, tenía modales, sofisticación. Su vestido o traje, o lo que fuera, era de un costoso diseñador o algo así, y era beige o marrón claro. Sus brazos desnudos lucían tonificados y eran encantadores.

Todo en ella estaba totalmente perfecto.

—Están buenos —dijo—, comí vieiras en San Cristóbal la navidad pasada. Eran diferentes, mucho más sencillos.

—Probablemente con mantequilla de limón. Estos tienen estragón.

—¡Ah! —dijo mirando su plato mientras daba otro pequeño mordisco—. Me gusta.

—Bien —dije—, pensé que te podrían gustar.

Comimos en silencio por un minuto. Tomé un trago y recorrí con la mirada el restaurante lleno de gente bien vestida. El camarero se acercó, de seguro pensando que estaba escudriñando la habitación buscándolo a él. Sacudí la cabeza y se retiró.

—¿Cómo está tu comida? —dijo finalmente con una sonrisa esperanzada.

—Está buena. La salsa del pescado tiene un sabor muy intenso y salado por las alcaparras; en realidad son solamente alcaparras, ajo y limón, pero el tomate que sirven acompañándolo lo endulza —le dije—. ¿Quieres probarlo?

—No, gracias. No como ajo —dijo.

Asentí con un poco de decepción, porque yo comía con entusiasmo, siempre ansioso por probar nuevos sabores. Ella no era aventurera.

Clara me pasó por la mente durante un instante. Se habría acercado desde el otro lado de la mesa y le hubiera clavado su tenedor a un tomate para probarlo sin siquiera preguntar. Tras eso me habría dicho exactamente lo que pensaba y se burlaría de mí si no estuviera de acuerdo con ella.

Podría haber cerrado los ojos y probado el limón y las alcaparras de sus labios, pero no haría eso. Ella lo había dejado claro, y yo no tenía por qué perseguir a una mujer; siempre había más mujeres listas y dispuestas. Mujeres que no estaban locas, que no estaban envueltas en dramas familiares. Mujeres hermosas que estaban deseosas por pasar un rato conmigo, como la encantadora dama sentada frente a mí en la mesa, cualquiera que fuera su nombre.

Esta era nuestra segunda cita. Ella me había acompañado al estreno de mi programa de televisión, y se veía bien en las fotos al punto de haber sido etiquetada como «la nueva mujer misteriosa del chef estrella» en las páginas de sociedad de los diarios y en las redes. «Ese era un lugar donde podía buscar su nombre», pensé distraídamente. Podía buscar en Google alguna entrevista que haya hecho en ese estreno y averiguar cuál era su nombre. En esta ocasión la había invitado a cenar. Mi publicista ya tenía tiempo entusiasmado con la idea de que tuviera una relación, considerando que un romance era bueno para mejorar los índices de audiencia, y una novia bonita y alegre valía oro en publicidad para conseguir fotos llamativas en la alfombra roja para internet y mucha acción en la sección de comentarios.

Los ratings fueron fenomenales en los dos primeros episodios, y se rumoreaba que estaban a punto de ordenar toda una segunda temporada. Hice un esfuerzo para ser encantador con Ella... o Emily. Sabía que empezaba por E.

Levanté mi copa por ella e hice un brindis por la primera de muchas noches románticas juntos. Sonrió y tomó un sorbo por educación, y acto seguido habló de su reciente viaje a México o Costa Rica con algunos de sus amigos. Se habían hospedado en un resort de lujo, tomaron cócteles en la piscina, y hubo una divertida confusión en un club nocturno, me parece. Ella hablaba y yo asentía mientras hacía las acotaciones de sorpresa apropiadas sin prestar mucha atención a lo que decía. Me recordaba a mí mismo que debía ser atento y educado, pero no me interesaban para nada las cosas de las que hablaba.

Mencioné mi fundación benéfica y expresó interés, pero cuando empecé a hablar de nuestra próxima recaudación de fondos se limitó a asentir y musitar.

—Ya veo, es genial —dijo antes de dar otro pequeño mordisco a su escalope.

Les había dado cinco bocados a esas vieiras. Los conté. No podía entender si es que no le gustaba o si era simplemente que no comía mucho en general. Parecía reservada en todos los sentidos, era todo lo contrario de Clara. No es que Clara fuera un problema para mí; no era más que un error que necesitaba olvidar. Lo había dejado muy claro cuando se marchó.

Si esta chica era lo opuesto a Clara, probablemente era justo lo que necesitaba en mi vida. Una compañera agradable y aceptable. Decidí tener sexo con ella en la tercera cita. Era un tiempo respetuoso de espera prudencial que no me hacía parecer desinteresado. No estaba interesado, pero no quería que se notara.

—Así que, ¿cuál es tu destino favorito para viajar? —pregunté alistándome para contarle todo sobre Singapur, Nueva Zelanda, sobre la temporada que pasé escalando el hielo en Noruega.

—Me gusta la playa. Tan solo donde sea que haya playas hermosas, sin multitudes. Me gusta alejarme de todo, recibir unos buenos tratamientos de spa.

—Había un precioso spa en Tailandia. Me hice un baño de lodo allí y me pusieron pétalos de flores por todas partes. Se me pasó por la cabeza que aquello era tan divertido como aterrador porque, en cierto modo, parecía que estaba listo para que me enterraran. Puede que hubiera una pequeña parte de mí que temía que me tiraran al mar en lugar de enjuagarme —dije.

Arrugó la nariz.

—No me gusta el barro, ni siquiera en el contexto de un spa.

Una vez más ningún sentido de la aventura, ni sentido del humor, pero la gente tenía derecho a

tener sus preferencias. Suspiré.

—Tailandia también tiene playas hermosas y montañas —dije.

—Pero las multitudes ahí son horribles. Una amiga mía visitó ese país porque leyó *Comer, Rezar, Amar*, y supongo que quería ver un templo y hacer yoga, o tal vez eso fue en India. O Indonesia —parloteó encogiéndose de hombros—. Pero dijo que estaba a reventar.

¿Tal vez India o Indonesia? Me dolió. Había viajado por el mundo y aprendido tanto, y esta mujer no podía distinguir un país de otro. Quería revisar mis mensajes para escuchar el estúpido mensaje de voz de Clara en la contestadora otra vez. Cualquier otra cosa que no fuera morir de aburrimiento lentamente en esta cena.

Había borrado el número de teléfono de Clara, sus mensajes, su foto. Todo menos esos dos mensajes de voz que había recibido en Roma. No los escuchaba a diario añorándola ni nada ridículo como eso, pero los había reproducido más de una vez desde que llegué de Santa Bárbara. Dudaba entre olvidarla o querer recuperarla. Era el hecho desconcertante de que me había rechazado. Eso tenía que explicar su atractivo, porque ninguna mujer me había rechazado nunca. Ni siquiera cuando estaba viviendo en un auto en Canadá y tenía dos trabajos.

Tenía que haber una razón por la que me seguía aferrando al recuerdo de ella. Era la química, como ella había dicho, el recuerdo del buen sexo, y probablemente el atractivo de algo que no podía tener. Sabía que lo que tenía que hacer era empezar a sacarla de mi sistema y borrar los mensajes de voz para olvidarla por completo. ¿Qué quería yo de una mujer que me rechazó? ¿Una mujer que se comportó como si le hubiera ofrecido pagarle por sexo cuando lo que le ofrecí fue invertir en su iniciativa? Yo no podía soportar ese tipo de drama y locura. Excepto que... había visto sus ojos. Una vez me había dejado ver, cuando estuvimos contra la pared, con mi mano sobre su muslo desnudo y nuestros labios a centímetros de distancia, y nuestras miradas se encontraron dejándome ver sus ojos, que brillaban llenos de lágrimas. Algo la estaba lastimando, algo que había intentado decirme. Sabía que me quería, porque había dicho «solo tú» y «siempre», y ese tipo de cosas que las mujeres no decían durante el sexo sin razón. Había algo más detrás, algo que tenía miedo de decirme, algo que yo quería saber con desesperación.

Parpadeé como si hubiera estado aturdido al notar que mi cita seguía allí y continuaba hablando de los horrores de una playa a la que fue en España en la que encontró a demasiada gente. Había estado ruidosa aparentemente. Le estaba brindando mi atención, pero me sentí aliviado cuando sonó mi teléfono.

—Disculpa —dije levantándome para tomar la llamada.

—¿Adrián? Soy Cynthia Rider. ¿Cómo te va en esta noche? —dijo su voz.

—Estoy en medio de una cena. ¿Qué puedo hacer por usted? —dije.

Se me ocurrió que Clara podría tener algún problema, que podía haber tenido un accidente o estar enferma y preguntando por mí. Quería exigir saber qué ocurría, pero me contuve.

—Tengo una propuesta de negocios para ti. Conoces mi revista, supongo, y nuestro portal web. Pensé que con el éxito de tu programa te podría invitar personalmente a hacer una entrevista, con un pequeño segmento de cocina para hacer un adelanto. Deja que mis lectores te conozcan.

—¿De verdad? —le dije.

No esperaba que se tratara de otra cosa que no fuera Clara. Me tomó desprevenido.

—Me sorprende que llamara usted misma, estoy seguro de que tiene asistentes de relaciones públicas, y yo tengo publicista.

—Pensé que podríamos hacerlo de forma personal ya que estuviste saliendo con mi hija por un tiempo. Nos conocimos durante un almuerzo, ¿recuerdas? Pretendiste ser un doctor.

—Sí, lo recuerdo. ¿Cómo está Clara? —me aventuré a preguntar.

—Pues, es Clara, la misma de siempre, creando problemas y revolcándose en ellos. Sin importar qué *life coach* contratara para que la orientara, ninguno de ellos ha podido quitarle ese hábito. Sí que le gusta saborear su melodrama —dijo Cynthia soltando una risotada.

Sabía que la publicidad de una entrevista de tan alto perfil sería poderosa al momento de entrar en las negociaciones para la segunda temporada. Ayudaría a construir mi marca y haría que mi rostro y mis proyectos fueran reconocibles para legiones de personas, pero la marca de Cynthia estaba fuertemente centrada en un público femenino y rara vez hacía perfiles de hombres, y aun cuando los hacía solía intercambiar los papeles y les hacía preguntas sobre su vida amorosa y cómo equilibraban el trabajo con la familia, el tipo de preguntas con las que lidiaban las mujeres normalmente. Tomando en cuenta que no estaba trabajando en un proyecto de índole feminista o saliendo con alguna mujer famosa y poderosa, no podía imaginarme por qué me eligió. No había tenido tiempo de impresionarla mucho.

—¿Cuál es tu ángulo aquí, si no te importa que pregunte? No encajo en el perfil de tu chico de portada habitual.

—Quiero una entrevista personal a fondo. Un foto reportaje que te muestre cocinando en nuestro estudio, desnudo, jugando con la forma en que las chefs estrellas son sexualizadas y comercializadas para atraer a los hombres. En lugar de recurrir a un talento más establecido, me gustó la idea de entrevistarte dada tu relación con mi hija.

—¿Y pensaste que Bobby Flay no se desnudaría? —pregunté.

—Nadie quiere ver a ese flacucho pelirrojo sin la ropa puesta, Adrián, no seas ridículo. No tengo que decirte lo que esto haría por tu carrera.

—Soy bastante exitoso ya, Cynthia, y me las he arreglado para mantenerme vestido todo este tiempo. Nunca intercambié un solo favor sexual o una foto de mi pene por un convenio.

—Esto no es nada tan sórdido como eso —dijo con una risita que sonaba falsa.

—Ah, ¿no lo es? ¿Probarle a tu hija que puedes hacer que su exnovio se desnude?

—¿Ex?

—Ex —le dije—. Estoy seguro de que tienes Internet, y eres lo suficientemente astuta como para haber indagado los avistamientos de famosos más recientes. Ahora estoy con otra persona.

—Veo que estuviste demasiado inmerso en la historia de mi hija.

—Tal vez —dije, aunque el decirlo me produjo una punzada. No iba a decirle a la madre de Clara que ella me había dejado—. Así que no será una reveladora charla sobre Clara, porque no tengo nada que contar. Nos vimos un puñado de veces, y lo que teníamos se esfumó.

—¿Puedo citar eso que dijiste?

—Si es necesario —dije.

—¿Harás la entrevista? Puedo darle los detalles a tu publicista mañana.

—¿En qué términos?

—Cantidades ridículas de publicidad y medio millón de dólares.

—Un millón —repliqué.

—Considéralo hecho.

Colgué el teléfono y sentí un poco de emoción sobre el hecho de hacer la entrevista. Sería un desafío competir con el ingenio de la formidable Cynthia Rider para impedirle dirigir la conversación hacia información privada sobre su hija. Podría utilizar esto para construir mi marca, impulsar el alcance de mi fundación benéfica, y además estaría mintiendo si dijera que no se me ocurrió que podría hacer que viera a Clara también.

**A**lmorzar con mi madre era una prueba en el mejor de los casos. En el peor de los casos, tomar un autobús para llegar a la cita era una tortura. Pedí un Bloody Mary antes de siquiera sentarme.

—A que no adivinas con quién hablé ayer —comenzó a decir.

Vestía impecable, como de costumbre. Un abrigo amarillo, pantalones de lino, y una bufanda tejida elegante encima del cuello. Bien podría haber estado en la cubierta de un yate en el Mediterráneo. Yo tenía puesta una desafortunada prenda de Lilly Pulitzer de la temporada pasada que me había regalado para mi cumpleaños.

—¿A Maxwell? —adiviné mientras tomaba un largo sorbo de mi trago fuerte.

—Ni de cerca, querida. Hablé con Adrián Loy.

Tosí, atragantándome un poco ante la mención de su nombre mientras me limpiaba los labios con la servilleta, tratando de contenerme de escupir mi bebida por completo.

—¿En serio? Qué bien —dije con frialdad, tratando de ocultar mi interés. Después de atragantarme y tener arcadas, actuar despreocupa era una pérdida de tiempo, pero lo intenté.

—Sí. Preguntó por ti. No sabía que ustedes dos ya no estaban saliendo.

—Tonterías, madre. Las fotos tuyas con su nueva novia rubia han estado en todos los sitios de chismes. Hicieron su aparición en el estreno del programa de Adrián.

—Veo que te has mantenido actualizada.

—Para nada —dije tajante—, las fotos estuvieron por todas partes. Era imposible evitarlas aunque no quisiera verlas.

—Ya veo —dijo con una sonrisa que le brotó lentamente, la misma que siempre me había parecido depredadora.

—¿Estuviste en su restaurante o algo así?

—Oh, no, lo llamé para charlar. De esto y aquello, ya sabes.

—No, realmente no puedo imaginar de qué tendrías que hablar con él —dije entrecerrando los ojos.

—De ti, por supuesto. Y de negocios, va a salir en el próximo número de la revista. Pensé que sería divertido agitar un poco las cosas, presentar a un prometedor chef y estrella de TV. Su primer restaurante acaba de recibir su segunda estrella Michelin, ¿sabías? Va a venir al estudio para un segmento de cocina antes de hacer la entrevista.

—Ya veo —dije aprovechando su ambigua frase para ocultar el hecho de que quería gritar.

Ella le había hablado, había escuchado su voz, tal vez incluso lo había oído decir mi nombre. Sentí un amargo arrebató de envidia y rabia porque le había podido hablar. Debió mantenerse al margen del asunto y limitarse a interrogarme si quería obtener respuestas.

—Podría interesarte saber que ha aceptado hacer el segmento de cocina desnudo para el foto reportaje y la página web. Las proyecciones indican que podría ser un vídeo viral. No nos hemos vuelto virales desde nuestra denuncia sobre la bulimia en la industria del modelaje, y esto sería mucho más divertido.

Coloqué mis palmas a ambos lados de la hermosa porcelana china sobre la mesa y me puse de pie de un salto.

—No, madre. No debes hacer esto, estás acercándote a él para llegar a mí, para herirme, o para mostrarme que puedes controlar lo que hago en mi vida personal y...

—Tranquila, Clary. Yo soy la que pagó todas esas visitas al psicólogo, no trates de voltear esto contra mí. Estoy llevando mi publicación a una dirección moderna e irreverente, buscando presentar más estrellas masculinas en roles tradicionalmente serviles o considerados como femeninos, tal como un hombre cocinando con nada más que un delantal puesto, o un piloto de NASCAR lavando un auto en traje de baño, de la misma forma en que las mujeres son a menudo retratadas. No tengo que darte explicaciones. Yo, a diferencia de ti, he construido un medio de comunicación internacionalmente exitoso. En cuanto a herirte, creo que te darás cuenta de que esta es una oportunidad para...

—Suficiente. Olvídalo, madre. Debí haber sabido que no tenía que venir a almorzar contigo, estaba destinado a salir mal. Esta es mi señal para saber que tengo que irme. Creo que después de veintiséis *Emmys* diurnos lo sabes todo sobre señales.

—Ya son treinta y un *Emmys*, Clary. Te pido que trates de llevar la cuenta al día —dijo con tono engreído.

Salí molesta y me dispuse a esperar el autobús. Extrañaba mi auto, pero no había nada que pudiera hacer por él, lo había vendido al igual que mi apartamento. Me había mudado a vivir con Hayley temporalmente, y estaba usando el dinero del apartamento y mi auto para pagar los costos operacionales de la compañía mientras la actualización salía al mercado, además de pagar un gran bombardeo publicitario para eso. Estaba cruzando los dedos para que mi Magnus opus diera resultado. Estaba apostando por la atractiva seguridad que me ofrecían las campañas con estrellas exclusivas, y estaba tratando de lograr que una hermosa actriz que interpretaba a una policía en la televisión fuera nuestra *influencer* y portavoz de Slay. Mi eslogan: «Policía de día, festejando en Slay de noche», estaba listo para ser lanzado tan pronto como consiguiera hacerlo firmar.

Me senté en el autobús, oliendo comida grasienta, humo y perfume barato mientras miraba por la sucia ventana contemplando con aborrecimiento lo que tenía que hacer. No logré conseguir que mi madre abandonara la idea de la entrevista, así que tendría que hablar con Adrián. No quería que mi madre lo explotara para beneficio personal, o que estuviera mostrando sus abdominales y su trasero para pescar visitas en su página. También tenía miedo de lo que pudiera decir de mí en una entrevista. La palabra «psicópata» me vino a la mente, e «inmadura» también estaba en esa lista.

Desesperaba por oír su voz, pero tan solo mirar su nombre en mis contactos me revolvía el estómago. Dios, lo quería. Lo amaba. Demasiado para arruinarle la vida, y demasiado como para dejar que mi madre desatara su circo mediático infernal sobre él. Eso significaba que tendría que tener otra conversación incómoda y odiaba eso. ¿Y si me preguntaba cómo estaba? «Bueno, no tengo casa y ahora viajo en autobús, estoy durmiendo en el sofá de Hayley, y todas mis mierdas están guardadas en un depósito».

Fui a una cafetería cerca del apartamento de Hayley y compré una limonada para poder sentarme allí a hacer mi incómoda llamada.

Contestó al segundo repique diciendo:

—Loy aquí.

Sentí una presión en el pecho, y mis pulgares se retorcieron al tiempo que los fragmentos de sus recuerdos hacían brotar emociones a lo largo de mi piel tan solo ante el sonido de su voz. Recordé el susurro íntimo en mi oído, cómo se deslizaba su boca por todo mi cuello. Cerré los ojos por un instante para reunir mis fuerzas.

—Adrián, lamento molestarte. Te habla Clara Rider.

—Sé quién llama —dijo con voz apagada.

—Bien. Sé que mi madre está buscando que hagas una especie de sesión de fotos desnudo y una jugosa entrevista para que lo cuentes todo. Siento mucho que haya intentado hacer eso contigo; es explotación, está aprovechando para su beneficio el hecho de que estuvimos juntos... quiero decir, que estábamos, que... ya sabes. Está usando nuestro antiguo vínculo para conseguir que hagas la entrevista, pero no quiero que la hagas. No tienes por qué aceptar lo que te propone —dije escupiéndole las palabras a toda prisa.

—Aunque no estuvimos juntos tanto tiempo pensé que te habrías dado cuenta de que nadie me obliga a hacer nada. No es explotación, suena divertido. No me importaría cocinar desnudo, lo hago todo el tiempo de todos modos. Esta será mi primera vez haciéndolo en un estudio de TV, pero no soy tímido.

—Bueno, no tienes ninguna razón para ser tímido. Quiero decir, eres guapísimo, pero, lo... lo siento, eso fue inapropiado. Lo que quise decir es que no tienes ninguna obligación de participar en esta basura. Preferiría que no lo hicieras, aunque sé que no tengo ningún derecho a pedirte eso.

—No, no lo tienes —dijo—. Según recuerdo me dijiste que no te prostituirías por tu app. Así que, ¿qué te importa si yo me prostituyo por mi imagen? Puede que me guste, incluso. Después de todo, ¿qué construye a una marca hoy en día si no es vender tu imagen, en cuerpo y alma?

—Yo... tienes razón. Me disculpo.

—No te disculpes. Solo no me llames, sobre todo para darme consejos de trabajo, o reclamarme sobre cómo debo actuar. Dejaste muy claro que no querías tener nada que ver conmigo, que yo era un error, por lo que no puedo imaginar por qué razón todavía tienes mi número, o qué mosca te picó para que me llamaras.

—Pensé que podríamos hablar de esto como amigos, que entenderías lo incómodo de la situación —dijo con tono irritado.

—¿Cuándo es que fuimos amigos, Clara? Recuerdo muchas cosas, pero una amistad no es una de ellas —dijo—. La forma en que me trataste no es como yo trataría siquiera a un enemigo, mucho menos a un amigo o a una amante.

—Tuve que terminarlo, pensé que lo entenderías al final. Pero si no lo haces, supongo que eso ya es cosa tuya.

Se rio maliciosamente.

—¿Mi culpa? No, Clara, no soy yo quien se acobardó y salió corriendo —dijo en voz baja.

Los pelos de mi cuello se erizaron. Tenía razón.

—¿Sabes qué? Tienes razón, no sé qué mosca me picó que me hizo llamar —dije.

Le colgué. De todos modos, no quiso entender mi punto de vista, ni lo irracional que era que él se asociara con mi tóxica madre. Estaba segurísima de que habría algo en esa entrevista sobre nuestra breve aventura, una foto de los dos juntos, y probablemente también una historia divertida sobre mí que mi madre incluiría. Era una pesadilla que los dos fueran a hablar de mí.

Me quedé sentada en el lugar y bebí mi limonada sintiendo lástima por mí. De por sí ya tenía suficientes problemas en mi vida sin esto. Debería dejar de pensar en él y simplemente controlar mi respuesta. Estaría preparada y sería digna al respecto, y si alguien mencionaba el artículo o el



vídeo, solo les contestaría con una risita, como si no hubiera pensado en él en décadas. Tendría que practicar esa risa frente al espejo, porque cuando la probé en el Starbucks sonó muy parecido a un sollozo.

Porque ahí estaba cuando deslicé el rollo de fotos de la cámara: la foto de Adrián de pie en la cubierta del barco en Santa Bárbara, iluminado por la luz de la mañana. Su cabello estaba hecho un desastre, y no llevaba más que esos pantalones cortos con los que se había ejercitado. Podía ver sus hombros, y las líneas marcadas debajo de sus abdominales que me hacían agua la boca. Su boca lucía sensual y su mirada penetrante, el conjunto de su barbilla. Todo él era hermoso.

Cuando entró en el restaurante y me llevó con él en un helicóptero, pensé que había muerto y llegado al cielo. Había sido rescatada por el hombre más guapo del mundo, la clase de héroe que tan solo aparece en mis sueños más sucios. Me había tenido en sus brazos como si ese fuera su trabajo, había dejado claro que quería protegerme. Adrián me había pedido que me quedara con él. Probablemente aquella fue la primera vez que tuvo que pedirle a alguien que se quedara. Todo lo que esos recuerdos de esa noche calurosa en Santa Bárbara me hacían pensar era que había arruinado eso, al igual que arruinaba todo lo demás en mi vida. Mi madre era cruel, pero no se equivocaba. Había pagado por mi terapia, por consejeros y por mi universidad. Había hecho todo lo que un padre podía hacer para ayudarme a tener éxito. Si me sentía sofocada por su sombra, si no cumplía con las expectativas, eso no era por culpa suya; fui yo quien dejó a Adrián, y no tenía derecho a sentirme como la víctima en esta situación.

De todos modos, estaba destrozada. Me puse a llorar encima de mi limonada en ese lugar público por donde los inocentes transeúntes pasaban solo para usar el Wi-Fi y comer un panecillo en paz.

Cuando mi publicista conversó con el coordinador de contrataciones de Cynthia, insistimos en que mis honorarios fueran donados directamente a la fundación benéfica para combatir el hambre. Mi único otro requisito había sido que Clara debía estar presente en el edificio durante toda la entrevista y el segmento de cocina, a lo que el equipo de Cynthia aceptó enseguida como si pudieran garantizar que Clara haría lo que su madre quería, como si estuviera otra vez bajo el pulgar mundialmente famoso de Cynthia.

Parte de mí quería estar equivocado, quería ver que se había logrado aferrar a Slay por medio de cualquier truco que se hubiera podido inventar, y que no trabajaba para su madre, que no hubiera renunciado a todo lo que quería y en lo que creía. Pero al final el resto de mí solo esperaba que estuviera allí para verme cocinar. Coquetearía con ella, se sonrojaría y se sentiría incómoda. Terminaríamos entre los brazos del otro. Iba a funcionar o no, pero yo no era el tipo de hombre que dejaba las cosas a la suerte. Había accedido a hacer la entrevista con Cynthia, y a completarla con un segmento horneando desnudo solo para asegurarme un encuentro con su hija.

A pesar de que había sido un imbécil horrible con ella por teléfono cuando me llamó.

La cosa era, sin embargo, que no podía negarme a hacer la entrevista si quería verla, si quería tener la oportunidad de decirle que no tenía que estar tan asustada de dejarme quererla.

El día del rodaje llegué al estudio antes de lo previsto en el cronograma. El servicio de catering seguía acomodando panecillos y fruta en una mesa, y una asistente de producción empezó a silbarle a sus auriculares mientras yo entraba. Aparentemente, llegar temprano no era algo importante para Cynthia Rider.

—Nos adelantaremos y prepararemos el segmento de cocina. Los ingredientes que pidió están preparados y listos para empezar. Su receta y las notas están pegadas con cinta adhesiva en la encimera. Tenemos dos cámaras y leerá de la pantalla.

—Entonces, ¿dejo caer mis pantalones por aquí o qué? —pregunté.

—No, señor. Hay un camerino preparado para usted en la parte trasera a la derecha, y el equipo de peluquería y maquillaje estará en espera fuera de cámara —dijo ella un tanto nerviosa.

—Solo bromeaba —dije—, gracias.

Le eché un vistazo a las flores y al champán que me esperaban en mi camerino de parte de Cynthia —o probablemente de parte de su asistente. Me desvestí e hice unas cuantas flexiones para tener una definición muscular óptima.

Acto seguido me dispuse a ponerme el delantal que me habían dejado. Ni siquiera era un delantal completo como esperaba, era solo un medio delantal como el que usaban los camareros de mis restaurantes. De hecho, parecía ser uno de nuestros delantales de la casa: negro, con un bolsillo y unas tiras para sujetarlo. Lo até alrededor de mis caderas y revisé mi reflejo en el

espejo. No había nada de qué quejarse allí.

Me acerqué al maquillador, quien me empolvó la cara con rímel y me aceitó un poco el pecho y la parte trasera de los hombros. Luego sacó un bronceador y un pincel enorme para darme «algo de definición extra para cuando estuviera bajo los reflectores». Me encogí de hombros, suponiendo que bien valía la pena tratar de verme lo más perfecto posible ante la cámara. Cuando terminó, revisé los equipos, precalenté el horno y revisé mis recetas. El director me dio mi señal y comencé el monólogo de apertura. Hablé demasiado rápido, así que tuvimos que empezar desde cero. Ya a la tercera vez estaba cómodo, con ganas de conversación, y le sonreía a la cámara como si fuera una mujer hermosa. Como si fuera Clara.

El pastel estaba en el horno, y mientras tanto batía mi postre de maracuyá a fuego lento. Sabía que ella estaba allí antes de siquiera oír su voz. Un cosquilleo eléctrico se deslizó por mi nuca y me giré hacia la dirección en la que sentía su presencia. Ahí estaba, tan radiante como el sol, aun entre las sombras generadas por los calientes focos que tenía apuntados hacia mí. Llevaba un vestido negro, con su magnífico cabello recogido en un moño desenfadado. Quería soltárselo y pasar mis dedos entre sus mechones.

Debí haber empezado a batir mi preparación con demasiada fuerza porque el líquido caliente me salpicó en el brazo.

—Mierda —solté en voz baja—, ¿podríamos cortar?

El director le hizo señas al camarógrafo mientras yo salía de detrás del mostrador.

—¿Clara?

—Estoy aquí para una reunión con mi madre —dijo claramente desconcertada, no sé si por mi repentina aparición sin camisa o por el hecho de que tenía el cuerpo bronceado y aceitado como un desnudista.

—¿Qué te parece esto? ¿Será que necesito un tubo para hacer pole dance? —bromeé.

Sus mejillas se colorearon con un rubor brillante en su piel cremosa. Sentí una oleada de satisfacción viendo esa reacción. «Sí que disfruto siempre sus reacciones tan intensas», pensé... y puede que me haya lamido los labios recordándolo.

—¿Cómo has estado? —pregunté.

—Desnuda. Es decir, tú. Tú estás desnudo. De verdad que tengo que salir de aquí —dijo girándose para marcharse.

—Espera. Charlie, ¿podemos quedarnos a solas un momento?

—Claro. Tómense un descanso, chicos. ¿Diez minutos? —dijo.

—Veinte —contesté.

Miré a Clara, que prácticamente estaba temblando por la tensión. Sabía que incluso en las sombras donde estábamos estaba temblando, sin saber si quedarse o irse.

—Me gustaría hablar contigo —dije.

Sacudí la cabeza.

—Sería mejor que no. Vine aquí para reunirme con mi madre.

—Ella no necesitaba verte. Sucede que solo accedí al rodaje si ella donaba un millón de dólares a mi fundación... y me garantizaba que estarías aquí.

—¿Tú hiciste eso? ¿Querías que estuviera aquí? ¿Por qué? ¿Para torturarme? —preguntó.

—Tenía tantos deseos de verte como para ingeniar una manera para que nos encontráramos. En este caso, implicó quitarme los pantalones delante de un gran montón de gente y televisar todo el asunto eventualmente.

—Dijiste que no eras tímido.

—No lo soy. Pero tampoco soy un exhibicionista, excepto cuando se trata de ti. ¿Acaso no

crees que tu madre sabía que esta era una posibilidad? ¿Que nos veríamos y sería como si no hubiera pasado el tiempo?

—¿Has estado viendo películas de *Lifetime*? —dijo con una arruga en la frente que era tan adorable como su respuesta sarcástica.

—Cynthia es bastante egocéntrica, y solo se preocupa por su propio poder. ¿No crees que le encantaría orquestar una reunión tan solo para poder darse crédito por dicha reunión?

—Creo que le gusta ser una titiritera, si a eso es a lo que refieres, pero no creo que importe quiénes sean los títeres o qué quieran.

—Sé lo que yo quiero.

—¿Qué hay de Elisa Donovan?

—¡Elisa! ¡Eso es! Dios, debí haberte llamado.

—¿Qué?

—Nunca pude recordar su nombre. No dejaba de descubrirme mientras revisaba el teléfono para buscar cómo la tenía guardada en mis contactos.

—¿No puedes recordar el nombre de tu nueva novia? Bueno, probablemente se cambiaría el nombre si se lo pidieras. Puedes llamarla Katherine o algo así —dijo miserablemente.

—No la quiero, nunca la quise. Se veía bien en cámara, y yo necesitaba una cita para el estreno de mi show.

—No me mientas, Adrián. No soy lo bastante fuerte como para soportar que me mientas ahora mismo. Estoy viviendo como si estuviera en la universidad, excepto que cuando estaba en la universidad tenía un dormitorio propio, y no tenía que pagar alquiler para usar el sofá de Hayley y tomar el autobús.

—¿Por qué estás haciendo eso?

—Vendí mi apartamento y mi auto. Necesitaba dinero para pagar la publicidad y la nómina.

—¿Por qué no me llamaste, Clara?

—Pensé que me habías dicho que nunca te llamara.

—No es lo que quise decir. Es solo que no podía echarme para atrás con esto y perder la oportunidad de volver a verte. No me importa cuáles razones tuviste antes para irte, te equivocaste. Somos el uno para el otro, y sé que lo sabes.

Dio un paso hacia mí, casi como si yo la estuviera acercando. Parecía un poco asustada pero igualmente se fue acercando, y cuando estuvo al alcance de mis manos, me abalancé hacia ella. No podía esperar a que se acercara a mí tan lentamente. La tomé de los brazos.

—No puedes —balbuceó—, no es posible que me quieras. Fui horrible contigo, soy un desastre.

—Pues no te equivocas —solté una risotada—, pero eres mi desastre, el gran desastre sin el que no puedo vivir. La rubia perfecta y apropiada era tan aburrida, tan intrascendente, que el único nombre que podía recordar era el tuyo.

—¿Te acostaste con ella?

—Nah. Por alguna razón no me entusiasmaba la idea.

—¿Acaso te he logrado apartar de las mujeres por completo? —dijo con descaro, finalmente empezando a hacerse a la idea de que iba en serio. Pude ver atisbos de su verdadera personalidad de nuevo, no del miedo y los sentimientos de indignidad.

—Sí, de todas menos de ti.

—No te merezco.

—Mentira. Soy yo quien no te merece. Puede que a veces seas un poco desastrosa, pero eres audaz y valiente, y haces lo que es necesario. Admiro eso de ti.

—Entonces, ¿realmente me quieres?

—Sí —dije con una pequeña sonrisa—, no puedo permitir que vuelvas con Roger.

—No hay gran riesgo de que eso suceda —dijo con ironía—. Para empezar, es un idiota. Por otra parte, estoy enamorada de ti. Me di cuenta en Santa Bárbara, pero no podía decírtelo.

—¿Por qué no? Podríamos habernos ahorrado un montón de problemas.

—No quería agobiarte con eso. Pensé que era mejor si simplemente rompía mi propio corazón, y no el tuyo también. Quería salvarte.

—¿No has visto mi helicóptero? Soy el héroe aquí —bromeé.

Su risa sonaba como un sollozo. La atraje a mi pecho y la sostuve entre mis brazos, acariciando su melena salvaje que intentaba escapar de sus pinzas.

—Estás todo grasiento —dijo.

—Sí, es parte de la glamorosa vida del panadero desnudo.

—Huelo algo.

—Probablemente sea el aceite —dije.

Huele a fruta quemada.

—Mierda, es el postre de maracuyá —dije mientras corría a apagar la estufa—. Está arruinado, tendré que volver a hacerlo.

—Lo siento —dijo ella por reflejo.

—Pues, yo no lo siento, ni un poco. Eres la distracción perfecta, Clara. Podría quemar todo un restaurante y estar conforme con eso si fueras tú quien me hiciera apartar la vista de la estufa.

—Bueno, si sigues caminando por ahí mostrando ese perfecto trasero, estaré feliz de ayudarte a quemar todo un vecindario.

Me reí a carcajadas. Luego me le acerqué, tomé su cara entre mis manos y la empujé hacia mí hasta que sus labios rozaron los míos. Esto. Esto es lo que había echado de menos. Cuando la besé, nuestras bocas encajaron como si estuvieran hechas una para la otra; como si estuvieran diseñadas para aparearse, para ser compañeras en un delicioso pecado. Acaricié su mejilla, su pelo, mis dedos le rodearon la cara, y se doblaron bajo su oreja mientras deslicé mi lengua dentro de su boca. El magnífico suspiro que soltó, como un jadeo de alivio, resonó en mi interior cuando probé sus labios. Me tomó de los brazos y me agarró los bíceps como para evitar que me alejara, pero yo no iba a alejarme sino a acercarme.

Rompí el beso para apretujarla entre mis brazos, para sostenerla contra mi corazón mientras respiraba con dificultad.

—Yo también te amo —susurré con voz nerviosa, y todo mi cuerpo se aceleró y se avivó al tocarla.

—Gracias a Dios que estás aquí. No puedo creer que me quieras.

—Siempre te querré. Maldita sea, Clara, te necesito.

Confesé aquello casi a regañadientes. Nunca había necesitado nada, no desde que mis padres me echaron de casa. Me había cuidado a mí mismo, había comprado y vendido casas sin arrepentirme, había hecho amigos y los había perdido. Nunca había sentido un vínculo tan profundo y esencial. Eso me conmovía hasta lo más profundo de mi ser. La abracé tan fuerte que pensé que podría llegar a aplastarla, pero sentí sus manos en mi espalda, la forma en que se aferraba a mí como si yo fuera su ancla.

—Nunca me dejes ir, Adrián, por favor —dijo con sus labios rozando la superficie de mi quijada.

Me separé de ella y la besé con ternura. Puse cada impulso confuso y cada anhelo que tenía en ese beso, dejándola probar mi deseo y mi arrepentimiento. Supe por su respuesta, su beso dulce

que exploraba mi boca, que me había extrañado terriblemente, que daría cualquier cosa por arreglar las cosas entre nosotros.

Con un simple movimiento hice que Clara se levantara, la cargué hasta el mostrador y la dejé sentada encima del borde. Nunca rompimos nuestro beso, incapaces de dejar de juntar nuestros labios ni por un instante.

—Te amo —susurró en mi boca—. Siempre te he amado, Adrián.

—También te amo. Traté de no hacerlo, pero me enamoré de todos modos —le dije.

Me cubrió con sus brazos y enterró su cara en mi cuello. Supe que lloraba, sentía como su cuerpo se estremecía con sus sollozos. Le quité las pinzas del cabello y acaricié sus rizos. La acurruqué entre mis brazos, tan tierna y desesperada como yo mismo había estado antes. Besé su cabello y su frente. Acerqué mi boca a su clavícula, sabiendo cuánto le gustaba eso, y que la había vuelto loca en Santa Bárbara. Recordé cada gemido en su respiración, cada jadeo de esa noche, como si estuviera grabado dentro de mí, como si fuera la cosa más importante que pudiera recordar.

Estaba temblando bajo mis manos mientras le acariciaba los brazos descubiertos y le bajaba la cremallera del vestido.

—Por favor —decía con una voz tan temblorosa como sus manos.

Me necesitaba, necesitaba sentir la seguridad de que nuestros cuerpos se unirían. Inicialmente solo quería besarla encima de la encimera, pero el fuego que ardía entre nosotros quemaba mis mejores intenciones.

Embriagado por sus besos la ayudé a quitarse el vestido torpemente. Le froté los hombros para tranquilizarla. Pude sentir cómo se relajaba, cómo su cuerpo se tornaba cálido y se flexionaba bajo mis manos. Se abalanzó sobre mí como si estuviera mareada. Le besé el cuello y descendí hasta su pecho alcanzando sus pezones, ya sonrosados y duros anticipando mi cálida boca. Los lamí y chupé hasta que sentí sus caderas moverse hacia mí. Entonces me apoyé sobre el mostrador para montarla. Se rio nerviosamente, pero abrió los brazos. Acomodé su cabeza con cariño en la palma de mi mano para que no estuviera sobre la encimera de granito. No contuvo nada en el beso que me dio con sus manos puestas sobre mi espalda. Abrió sus piernas y me acurruqué entre ellas, en ese cálido nido hecho para mí.

—Tu delantal —susurró.

Se interponía entre los dos. Exasperado, me incliné sobre mis rodillas para desatármelo.

—No, déjate puesto —dijo en una súplica sensual.

Puse los ojos en blanco.

—¿No puedes resistirte a un hombre en uniforme?

—No puedo resistirme a ti, uses lo que uses. Eso es parte de mi problema —dijo.

—Mira, no considero eso un problema —le dije.

Viendo la forma en que trataba de acomodarse por debajo de mí, sentía que estaba incómoda. Me senté y la conduje hacia mi regazo. Quería abrazarla y acariciarla, darle cada momento de placer que pudiera, y debo decir que tenerla arrinconada contra una encimera de granito no encajaba en ese plan. La acaricié por la espalda, separando sus muslos hasta que estuvo a horcajadas en mi regazo. Nuestras miradas se encontraron cuando echó mi delantal atrás, revelando la dura prueba de mis deseos.

Clara estiró su pequeña mano y empezó a masturbar mi grueso pene. Empecé a empujar mi pene en su mano, y el cálido apretón de su piel se sentía muy bien. La rodeé con mis brazos, acariciando su mejilla y su oreja.

—Te deseo —le dije—, no creo que pueda esperar ni un minuto más. Si sigues provocándome

de esta manera, perderé el control.

—Pues piérdelo —dijo frotando sus labios contra los míos.

Me aparté de sus labios, metí mi lengua en su boca con caricias gentiles y sensuales hasta que se derritió en mis brazos. La levanté por las caderas y la coloqué en mi regazo, metiendo mi pene dentro de su húmedo calor con un gemido. Clara rodeó mi cuello con sus brazos y acercó su pecho al mío. Hicimos el amor estando cara a cara y besándonos como si no hubiera un mañana. No había otras palabras para lo que hicimos. Por la forma en que se sentía estar dentro de ella, sabía que me aceptaba totalmente, tal y como era, lo cual era irreal. Me sorprendió lo mucho que la necesitaba en mi vida.

Nos movíamos en sincronía intentando encontrar nuestro ritmo. La adrenalina que emanaba de nuestra unión, de la perfecta sincronización en la que nos movíamos, me dejó alucinado. Cuando me di cuenta, Clara estaba susurrando,

—Oh, Dios mío, Adrián, ¡Adrián!

Y la sentí apretarme fuerte. Por un largo rato estuvo inclinándose contra mí entre grandes jadeos de éxtasis y muchos gemidos de placer. Me abrazó fuerte dejando caer su cabeza en mi hombro cuando, por fin, dejó de estremecerse. La apoyé sobre mi pecho, sosteniéndola mientras me movía, sintiendo el calor de su cuerpo muy cerca. Su suave boca volviendo a encontrar la mía me llevó al clímax.

—Eres mía —dije toscamente sobre su pelo revuelto.

—Siempre lo he sido —dijo.

Nada de lo que pasó parecía real. En cualquier momento iba a despertar de un sueño en el futón que le alquilaba a Hayley, decepcionada y sin esperanza. Pero mi cabeza realmente estaba sobre su hombro, y podía inhalar su esencia, su olor masculino y algo similar a azúcar quemada en el fondo. Abriendo los ojos, vi a Adrián en toda su gloria, todavía sosteniéndome en su regazo, y con mis piernas enredadas con las suyas. Me incliné hacia atrás para contemplarlo y me besó el labio superior y sonrió.

Sentí una enorme oleada de amor por él, y se lo susurré tímidamente, tras lo cual se dispuso a besar mi frente.

—No soy el tipo de hombre que hace todo esto por conseguir una mujer. Nunca me he inventado shows locos para convencer a nadie, pero has logrado que me enamore de ti... tú, con tus divertidas e ingeniosas artimañas —dijo.

—Te copiaste totalmente una de las jugadas de mi manual de conquista —le dije con una sonrisa.

—Y funcionó. Este plan descabellado podría volverse mi nuevo modelo de negocios, si sigo así.

—Oh, Dios, Adrián. ¡Ya vienen! —dije.

Me di cuenta de repente de que estaba desnuda, sentada sobre un hombre igual de desnudo en la cocina que definitivamente necesitaba ser limpiada antes de que se preparara cualquier comida ahí. Me agaché y me volví a poner el vestido consumida por el pánico. Encontré mi ropa interior, y luego agarré mis zapatos. Adrián se deslizó del mostrador y comenzó a desinfectarlo.

—Ves, es más eficiente cocinar desnudo. De esa manera, si inesperadamente tienes la oportunidad de tener sexo, no tienes que apresurarte a volver a ponerte la ropa y preocuparte por verte desarreglada y que todos sepan lo que estabas haciendo. Porque, ¿hola? Ya estás desnudo —bromeó.

Era un modelo de cómo ser eficiente: dispensaba orgasmos, limpiaba cocinas, y empezó a hacer de nuevo el postre de maracuyá. Me ordenó que filtrara las semillas por él, lo que hice siguiendo sus instrucciones mientras Adrián intentaba volver a arreglar mi cabello en una cola de caballo baja. No estaba acostumbrado a lidiar con el montón de cables eléctricos que es mi pelo, así que eso no marchó bien. Seguidamente, llamamos al equipo de nuevo.

—El tiempo apremia —gritó Charlie—. ¿Todo bien?

—Sí, estamos listos para continuar el segmento. Estaba pensando que sería divertido traer a Clara y enseñarle a hacer el glaseado —sugirió Adrián.

Me sonrojé y no pude mirar a nadie a los ojos. Era bastante obvio lo que habíamos estado haciendo, se lo podían imaginar todo por la manera suave y risueña en que me comportaba con



Adrián sin poder evitarlo. Me tocó el pelo cariñosamente, y compartimos una sonrisa casi tímida para que después me pusiera un brazo alrededor de la cintura y me besara la cabeza.

—Estamos de vuelta en la cocina. Soy Adrián Loy, y me gustaría presentarles a mi compañera: Clara Rider. Ella llegó en medio de mi segmento de cocina para salvarme de la vergüenza de hacer un vídeo de cocina desnudo. Afortunadamente, mi encanto no me falló y logré reclutarla para que me acompañe mientras terminamos este pastel. Está tamizando nuestro postre de maracuyá, con una cantidad terriblemente excesiva de ropa puesta, por cierto. Al menos quítate los zapatos, querida —bromeó frente a la cámara.

Podría haberme desmayado.

Entre risas me quité los zapatos con los pies.

—Muy bien, pero esto no es un strip póquer, así que no se hagan más ideas. ¡Me dejaré el resto de mi ropa puesta! —bromeé.

—Eso no es lo que dijo hace unos minutos, amigos. Créanme, cocinar con alguien que quieran puede ser muy, muy satisfactorio.

Puse los ojos en blanco, pero mis mejillas se inundaron de rojo a pesar de mis esfuerzos por mantener la compostura. Nunca me había sentido cómoda frente a la cámara, pero me asignó tareas por hacer, mantuvo mis manos ocupadas, y de ese modo mi concentración se mantuvo alejada del equipo y los reflectores.

—Tuve que hacer algo que todos los cocineros caseros encontrarán familiar: tirar una cacerola de algo, en este caso nuestro postre, el cual quemé. Comencé de nuevo, esta vez con mi encantadora asistente ayudándome a quitar las semillas también. Esto hará que la cuajada esté más suave entre sus capas. A algunas personas les gusta la textura crujiente de las semillas de maracuyá, pero tienes que conocer a tu público. Si tienes un comensal quisquilloso entre la multitud, empezarán a desarmar el pastel para sacarle las semillas. Nadie quiere ver a un adulto desmoronando su postre en la mesa como si fuera un niño pequeño, así que solo hay que quitarle las semillas antes —sugirió.

Puso el pastel a llevar aire para enfriarse mientras que otro pastel era sacado del refrigerador, listo para descongelarse. Extendí la cuajada con una espátula tan uniformemente como pude, y cuando cometía un error Adrián estaba allí, desnudo a excepción de su delantal, listo para guiar mi mano, rodeándome con sus brazos. Me incliné sobre él y cerré los ojos.

—Bien, el peligro de cocinar en pareja es que el chef pone su brazo alrededor de ti para ayudarte con tu técnica, pero está desnudo y está tan bueno que volteas la mirada a más no poder —dije—. Ni siquiera estoy bromeando. Este pastel va a ser una vergüenza. Aunque no me arrepentiré de nada.

Le sonreí y me besó la punta de la nariz haciéndome reír.

Después del segmento de vídeo, Adrián se vistió, lo que me hizo sentir más cómoda, pero también fue una pena terrible tener que cubrir ese hermoso cuerpo. Aun en jeans y con una camiseta negra seguía siendo totalmente delicioso. Nos sentamos juntos en un sofá reservado para la entrevista. Ofrecí irme para no meterme en medio de la conversación, pero mi madre, quien apareció con perfecta sincronía en el momento adecuado, insistió en que me quedara.

—Así que, veo que ustedes dos vuelven a estar juntos. Estoy segura de que a mis lectores les encantaría escuchar esta historia —dijo—. Quédate.

—Está bien —dije.

Estaba sonrojada, pero secretamente, o no tan secretamente, estaba realmente orgullosa de estar ahí con Adrián. Cuando estiró su brazo por la parte de atrás de los cojines del sofá, me incliné hacia él dejando que la calidez de su cuerpo aliviara mis nervios.

—Entonces, háblame de tu nuevo restaurante, Adrián —dijo Cynthia.

—Llegaremos a eso —dijo con una sonrisa reluciente y me miró—. Primero quiero hablar de mi último proyecto.

—¿El show? Se rumorea en la industria que la cadena está lista para ofrecerte una segunda temporada.

—No, hablo de algo más nuevo que el show, Cynthia. El hecho es que estoy sentado aquí con tu hija, Clara, y tus lectores podrían estar interesados en conocer esa historia.

—Ah, así que no vas a ser una de esas celebridades excesivamente celosas de su vida privada —concluyó Cynthia con una sonrisa codiciosa.

—No, estoy emocionado por este avance que ha tenido mi vida personal. A medida que los espectadores me conozcan como juez en el programa, así como a través de mi trabajo caritativo, quiero que entiendan quién soy como hombre. Soy un hombre que está enamorado de Clara Rider.

Le mostré una sonrisa y me dio un tierno beso.

—Clara, ¿querrías contarme cómo empezó esto? —preguntó Cynthia—. Conozco un poco de la historia, pero para los que no, cuéntenos algunos detalles jugosos.

—Bueno, soy desarrolladora de apps, y hace un par de años dejé mi trabajo en Rider Media, como ya sabes, para seguir mi sueño de tener mi propia empresa. Creé Slay, una app para buscar pareja, y me estaba costando ganar tracción en el mercado. El único inversionista que me quedaba era un amigo de, bueno, un amigo tuyo, madre. Y, seamos honestos, estabas tratando de persuadirlo para que retirara su apoyo de manera que yo volviera a trabajar para ti. Estaba desesperada por evitar que interfirieras, así que se me ocurrió esta apuesta: que encontraría mi pareja perfecta en Slay para probar su éxito. Si no lo lograba, tú ganarías el control de la empresa y yo tendría que volver a trabajar para ti.

—Hablando de controlar —dijo Adrián entre risas—, parece que Cynthia aquí no fuera solo titán de la industria de los medios, parece que también tenía interés en controlar la vida de su hija.

Lo miré con los ojos bien abiertos. No había mucho margen para burlarse de mi madre en su cara. Era muy delicada, a pesar de ser una celebridad.

—No, en absoluto. Quiero lo que es mejor para mi hija, le he dado todas las oportunidades y recursos al alcance de mi nada despreciable poder. El hecho de que estuvieras luchando con tu primer emprendimiento no era tranquilizante en cuanto a tu habilidad para navegar con éxito la industria tecnológica. No desarrollaste habilidades de liderazgo, a pesar de que te envié al campamento modelo de la ONU y a otras actividades para fomentar ese tipo de independencia.

—Bueno, parece que el modelo de la ONU nunca me preparó para ganar una apuesta contra ti. Lo fingí, inventé a un doctor llamado Blake para tratar de convencerte de que había encontrado a mi pareja perfecta usando el algoritmo de Slay. Intentaba conservar a mi inversionista, y mis métodos eran... digamos que son un poco infantiles y tontos.

—Estaba visitando a mi hermana en su panadería cuando esta morena de mirada salvaje entra y me ofrece mil dólares en efectivo para pretender que soy Blake en ese almuerzo, con usted. Sonaba divertido, y como si fuera a volverse una gran historia. Así que fui, y tú fuiste simplemente... Cynthia, estoy seguro de que no te importará que diga esto, fuiste condescendiente, y la socavaste constantemente. Pude entender por qué necesitaba una coartada, por qué prefería pagarle a un extraño para que fingiera a decirte la verdad, y es porque tú no tienes enemigos. Así es como te has convertido en una fuerza dentro de la industria del entretenimiento. Pero ese mismo espíritu formidable puede ser intimidante, especialmente para alguien como Clara, que quiere tu aprobación y está dispuesta a mentir, engañar y contratar a alguien solo para conseguirla.

Miré a Adrián y pude ver que entendía por qué había tomado un atajo tan estúpido. Fue porque

pensé que tenía que hacerlo para no perder el amor de mi madre. Ahora que tenía el amor de Adrián, su aceptación de todo mi ser, podía darme cuenta de que el amor de Cynthia era condicional, por eso nunca pude llegar a ser lo suficientemente buena para complacerla, y correr como loca por ahí tratando de ganar esa aprobación era autodestructivo. El brazo de Adrián me rodeaba, ya no necesitaba estar haciendo piruetas mentales para mi madre, y eso se sentía como un gran alivio. Puede que nunca sea capaz de tener el tipo de relación que quería tener con ella, pero ahora podríamos relacionarnos en mis propios términos y sería yo misma. Ahora no había tanto en juego ya que Adrián dijo que me amaba, porque ya tenía la única cosa en el mundo que realmente importaba.

—Así que no acepté su dinero, y le conté que la gala a la que accedí a asistir con ella era en beneficio de mi propia fundación benéfica. Entró en pánico, pero la convencí para que fuera conmigo de todas formas. Lo curioso fue que yo en vez de ver su plan de la forma que lo describe, como algo infantil, solo sentí que debía protegerla, como si fuera a ser capaz de matar dragones por ella o algo así. En la gala nos divertimos mucho más de lo que estoy acostumbrado a divertirme en esos eventos de etiqueta —dijo Adrián.

—Sí, fue divertido —dije con una sonrisa afectuosa.

—¿Entonces, acaso ustedes dos siguieron con la farsa de tener una relación después de eso? ¿O luego se acabó?

—Fue... algo así —dije al tiempo que me encogía de hombros—. La cosa es que yo estaba en la cuerda floja. Cuando lancé Slay estaba proyectada para llegar a rivalizar con Tinder, y cuando las descargas no cumplieron esas expectativas, quedé atónita. Empecé a dar vueltas en círculos frenéticamente, sin saber realmente cómo salvar la nave. Estaba enfrascada en tratar de conseguir nuevos inversionistas, y estaba haciendo malabares para convencer a los potenciales inversionistas de que valía la pena salvar a Slay, por lo que Adrián y yo nos estábamos escribiendo, pero no compartimos juntos hasta que...

—Hasta que la rescaté de una cena con un imbécil. Se suponía que estaba interesado en invertir en la app, pero yo sabía exactamente en lo que estaba interesado ese cerdo, y no había ninguna maldita manera de que le dejara acercarse a ella. Clara me había estado enviando mensajes de vez en cuando durante su cena, textos divertidos, pero pude darme cuenta de que se estaba incomodando —dijo Adrián.

—Entonces —interrumpí—, él aparece, hace que me vaya con él, y descubro que literalmente voló en helicóptero hasta el lugar. ¿Quién necesita un caballero en un caballo blanco cuando tienes a un famoso chef con su propio helicóptero, cierto? —dije.

—Eso suena bastante decisivo. Pasaron de mandarse mensajes de texto de vez en cuando hasta sorprenderte en un helicóptero. Supongo que para entonces ya habías decidido que querías tener una relación con ella.

—No decidí nada, Cynthia, fue puro instinto animal. Ese hombre la estaba haciendo sentir incómoda, sentí que estaba abrumada y que sus intenciones eran malas. Entré en modo cavernícola.

—No está bromeando, estaba hecho un completo macho alfa. Por un segundo, pensé que iba a voltear la mesa y a darle una paliza.

—Si hubiera intentado impedir que te llevara, habría tenido que pagar sus facturas del hospital y pagarme la fianza —dijo Adrián.

Trató de que sonara como una broma, pero escuché el tono de férrea determinación en su voz, la seguridad de que nunca dejaría que nadie me alejara de él, de que me protegería sin importar el costo. Le peiné el pelo hacia atrás, más por el placer de tocarlo y saber que tenía el lujo de poder

tocarlo cuando quisiera más que porque su pelo necesitara ser arreglado.

—¿Han estado juntos todo este tiempo? ¿Desde que pasó lo del helicóptero? —preguntó Cynthia presionando.

—No —dijo Adrián sin apartar su mirada de la mía—, Clara se fue hasta la costa conmigo. Llegamos a conocernos un poco mejor y pensé que las cosas iban geniales, pero ella necesitaba ordenar su mente, así que nos separamos. De hecho, no había sabido nada de ella en casi un mes hasta que tú me hiciste la escandalosa oferta de aparecer sin ropa en tu revista y tu sitio web.

—¿Y eso la hizo salir de su escondite? Interesante —dijo Cynthia—. Suena a que fue tan territorial como tú lo fuiste en la cena con el inversionista.

—No lo veo como que sea posesiva. Ella estaba, en cierto sentido, tratando de protegerme, pues no quería que explotaran mi imagen, ni tú ni nadie. Tenía una idea bastante exagerada de mi modestia, según me parece, porque a mí no me molesta la idea de hornear desnudo, y si atrae la atención de tu audiencia entonces puede ser que algunos de ellos lean sobre la fundación para combatir el hambre y sentirán el impulso de hacer una donación. Si todo lo que necesito para lograr alimentar a los hambrientos es mostrar mi desnudo trasero, sería la recaudación de fondos más fácil de la historia.

—Entonces, ¿quieres que conste que estás dispuesto a quitarte la ropa por dinero? —preguntó Cynthia.

—Por supuesto, eso es exactamente lo que hice hoy. Me ofreciste dinero para cocinar desnudo frente a una cámara, negocié para conseguir más dinero y me bajé los pantalones. Un trato es un trato. Además, me he quitado la ropa por peores razones. Estando borracho, aburrido, en un reto que implicaba saltar en bungee desde un puente... —dijo riendo.

—¿Saltaste desnudo en bungee? —Cynthia echó una carcajada.

—Mentiría si dijera que no fue grabado para YouTube.

—En verdad deberías poner ese vídeo en la página principal de tu fundación —sugerí—. Que cada visitante que done veinticinco dólares pueda verlo.

—Dudo que la gente pague veinticinco dólares por verme el culo.

—Yo pagué un millón —añadió Cynthia.

Quedé boquiabierto con el comentario.

—¿Qué? —pregunté.

—Obtuviste una entrevista y un pastel bastante delicioso en ese trato, además de una vista panorámica de mi trasero desnudo, así que se podría decir que un millón de dólares fue una ganga —dijo Adrián a la ligera.

—No estoy segura de cómo abordar la idea de mi madre dándole a mi novio un millón de dólares para que se desnudara —dije.

—Fue divertido, y cumplí con mi objetivo secreto: cruzarme contigo —contestó Adrián.

—Lo que significa que también cumplí con mi objetivo, que era darte una oportunidad para que vieras los errores en tu comportamiento en toda su gloria desnuda —replicó Cynthia.

—Parece que tú y yo estuvimos del mismo lado todo este tiempo —le dijo Adrián a mi madre.

Alterné la mirada entre ambos una y otra vez, aturdida. Ambos habían estado tramando mi felicidad a mis espaldas. Eso me hizo reír.

—Volvamos a la historia. Ya que estoy proporcionando comida a millones de niños hambrientos, me gustaría que mi dinero valiera también para los propósitos de esta entrevista, así que cuéntame el resto —sentenció Cynthia.

—Estaba haciendo mi postre de maracuyá cuando Clara apareció en el estudio, buscándote. Me encontró a mí y le pedí a Charlie y al equipo que salieran un momento. Luego nos dijimos

algunas cosas que había que decir, y volvimos a estar juntos.

—¿Debo asumir que cuando dices «volvimos a estar juntos» es un eufemismo? —preguntó Cynthia agriamente.

—Esa es una insinuación un poco escandalosa. No voy ni siquiera a dignificar eso con una respuesta —dijo Adrián.

—Ya veo —respondió guiñando el ojo.

Casi me río a carcajadas con ese guiño.

—En cuanto a mi vida profesional, puedo decir honestamente que nunca ha sido más feliz. Tuve un comienzo difícil, como sabes. Me echaron de casa cuando era adolescente, trabajé preparando comida y sirviéndola. Aprendí a cocinar, viajé por todas partes. Trabajé de todo, desde ayudante de camarero hasta gerente de catering antes de mi primer trabajo como chef de alta cocina. Solía vivir en un Nissan con un par de bolsas de basura como manta, y ahora tengo dos estrellas Michelin, restaurantes en seis países, y un programa de televisión.

—¿Qué queda para ti, entonces? ¿Qué esperas conseguir a continuación?

—Una esposa y un perro. Te gustan los perros, ¿verdad? —me preguntó.

Me quedé sin aliento. Mis labios se separaron, las lágrimas se volcaron a mis ojos. Lo dijo cálidamente, de manera casual. Adrián me acarició la mejilla. Asentí, pestañeando rápidamente para evitar que las lágrimas cayeran. Él sonrió tan solo para mí, y pude sentir que mi rostro le devolvía la sonrisa.

Mi madre le hizo unas cuantas preguntas más. Él habló en profundidad sobre su fundación y contó un par de historias detrás de cámaras acerca del programa. Me senté junto a él y disfruté, literalmente disfruté, del brillo de la felicidad. Apenas podía mantener mis codiciosas manos cerca de mí, mientras lo miraba y pensaba: «¡Mío!».

La entrevista concluyó y sabía que mi madre haría que editaran cualquier cosa poco halagadora que se hubiese dicho sobre ella. Encontraría una forma de que pareciera que ella había orquestado una astuta reunión entre Adrián y yo. En ese momento ya ni me importaba, solo estaba feliz de estar de vuelta con el hombre de mis sueños.

Al día siguiente, me desperté en la lujosa habitación de hotel de Adrián por una llamada en mi teléfono.

—Tienes que conectarte a internet ahora mismo. ¿Has visto las noticias?

—¿Qué? —pregunté, aún atontada por el sueño.

—Clara, soy Katie. Levántate. Dios, ¿cómo puedes dormir en un momento como este? —me reclamó.

—Um, me quedé despierta hasta tarde. Muy tarde.

—Sí, con tu novio rico y sexy que te rescata en helicópteros, deja de presumir —dijo sarcásticamente.

—Sí, Katie, estábamos teniendo sexo. Mucho sexo. Sé feliz por mí —bromeé.

—Estoy feliz por ti, pero esa no es la única razón. A medianoche, Rider Media publicó un video de tres minutos de tu entrevista. Se volvió viral.

—Estás bromeando —dije sentándome derecha y echándome el cabello hacia atrás.

—Es la historia romántica de cómo corrió a salvarte de una mala cita. Se burla un poco de Cynthia por ser tan autoritaria, pero de manera bondadosa. Digo, la edición va a convertirla en una historia completamente divertida y fantásica. Al estilo de un cuento de hadas moderno —dijo Katie.

—Eso suena exactamente como...

—Exactamente como el tipo de publicidad que Slay necesita. Lo sé. Mira, creo que es mejor

que saques tu trasero de la cama y vayas al trabajo. Vas a tener que atender algunas llamadas. Apuesto a que habrá entrevistas y ofertas en camino.

—¿Después de un video promocional? Esto es una locura. Se supone que toda la entrevista debe ser sobre Adrián y sus restaurantes y su programa.

—Bueno, te apropiaste de ella con su adorable energía de pareja. Ahora levántate y ve a ser fabulosa. La oportunidad llama a la puerta —dijo Katie.

—Gracias. Lo haré. Te amo —dije.

Encontré mi ropa y mi cepillo del cabello. Me estaba arreglando cuando Adrián salió con solo una toalla, luciendo como el pecado en persona. Me mordí el labio y tuve que disciplinarme a mí misma para ser responsable y no correr a abalanzarme sobre él.

—Yo... Vaya... —dije.

—Entonces, ¿a quién amas? —dijo.

—Espera, ¿qué? ¿Esta es una pregunta babosa del tipo «quién es tu papi»?

—Para nada. Sin querer te escuché decir que amabas a alguien.

—Oh, era a Katie. Llamó para decirme que, aparentemente, un segmento de la entrevista está en internet. Está recibiendo mucha atención.

—Eso debería ayudarle al flujo de datos de Slay —dijo.

—Sí, pero yo no... No estoy contigo solo para poder recibir atención por tu fama —dije incómodamente.

—Ya lo sé. Eso nunca lo cuestioné. Tu madre es una de las personas más famosas en el mundo y no has sacado provecho de eso.

—No muy efectivamente, de todos modos —dije sarcásticamente—. Rechacé publicidad con descuento en su página web cuando lancé Slay porque no quería aprovecharme de su éxito y tampoco te haré eso a ti.

—Ese no es el punto. Mírame, Clara —dijo.

Lo miré. No porque pensara que tuviera razón, sino porque mirarlo era uno de los más grandes placeres de la vida. Musculoso y guapo, Adrián podría haber hecho una fortuna como modelo sin camisa.

—No me estás haciendo nada a mí, cariño. Estás haciendo esto *conmigo*. Así que vuelve a la cama y veamos el video juntos. Tal vez rememoremos el sexo sobre el mesón de la cocina. Podría hacerte una tarta cuajada de maracuyá para celebrar tu fama recién encontrada.

—No puedo imaginar nada mejor. Eres realmente suave conmigo —dije, cediendo al impulso de ir hacia él.

Envolví mis brazos a su alrededor, descansando mi mejilla contra su pecho desnudo. Antes de darme cuenta, estaba besando su hombro y ese lugar en el cuello que le gustaba. Sus manos vagaban por mi cuerpo y desabrocharon mi vestido. La vocecita en mi cabeza que decía que debería darme prisa en llegar a la oficina se ahogaba con la boca de Adrián sobre la mía, besándome urgente y apasionadamente. No había nada en el mundo más importante, más real que esto.

Nos tumbamos juntos sobre la cama deshecha. Le arranqué la toalla y la agité como una bandera de la victoria, triunfante por tenerlo desnudo sobre mí. Cuando me presionó contra el colchón, con sus brazos fuertes levantándolo mientras sus labios rozaban mi frente, temblé por la anticipación. Mi piel suertuda tenía el recuerdo de lo bien que él se sentía sobre mí y adentro de mí, y podría haber aplaudido de alegría por saber que iba a sentir eso de nuevo. Lo deseaba todo el tiempo, y cada vez era como un milagro, como si no pudiera creer mi suerte increíblemente buena.

Adrián me tocó la mejilla... Me encantaba que tocara mi rostro. Luego se inclinó hacia mí, enmarcando mi rostro con sus antebrazos mientras se preparaba sobre mí.

—Dame tus manos —dijo.

Obedecí inmediatamente, quitando mis manos de su espalda y levantando mis brazos sobre mi cabeza. Lo sentí capturar mis manos con las suyas, entrelazando nuestros dedos. Separó suavemente mis muslos y sostuvo mis manos sobre mi cabeza mientras me penetraba. Yo jadeaba y su pene se empujaba por completo en mi interior. Yo ya estaba húmeda, ya estaba necesítándolo, así que se abrió camino rápida y fácilmente. Estaba diciendo «por favor» y «sí» y «por favor» de nuevo. Mis manos estaban atrapadas, incapaces de peinar su cabello o sujetar sus hombros fuertes. No podía estirarme hacia él o apartarlo. Había algo casi insoportablemente íntimo en ello, en el contacto corporal completo y sin obstáculos.

—Te amo —suspiré mientras el placer crecía en mi interior. Sacudí la cabeza sobre la almohada por la tensión envolvente que encendía mi cuerpo.

Adrián estrelló sus labios contra los míos.

—También te amo —dijo en mis labios separados y me hizo suya con un beso.

Entonces me penetró profundamente y me arqueé levantándome de la cama mientras el éxtasis se disparaba ardiente por mi espalda. Adrián me soltó las manos entonces y abalancé mis brazos alrededor de su cuello, aferrándome con fuerza mientras su empuje se volvía más frenético, más salvaje. Su boca estaba sobre la mía, nuestros besos eran desordenados y desesperados, buscando una unión más significativa, más profunda. Cuando lo sentí ponerse rígido en mis brazos, dijo mi nombre. Me aferré a él. Giró sobre su costado y me atrajo hacia su pecho. Me tendí sobre él, jadeando, recuperando el aliento. Se estiró y jaló la sábana sobre nosotros, un gesto tan cariñoso que tuve que parpadear para alejar las lágrimas.

Descansé por mucho tiempo en el refugio de sus brazos. Me sentía tan completa, tan amada y valorada y protegida. Esto era lo que significaba estar con un hombre de verdad. Me dejé cubrir por la devoción de un hombre poderoso que siempre conseguía lo que quería.

Después de un tiempo, me obligué a levantarme y tomar una ducha, preparándome para ir a la oficina.

—No tienes que pasar por la vergüenza de irte con la misma ropa —dijo, abotonando su camisa mientras yo me ponía mi delineador—. Hice que mi estilista te consiguiera un par de cosas. Están en el armario.

—¿Tienes ropa para mí en tu habitación de hotel?

—Sí. Sabía qué te gustaría, qué se ajustaría a tu cuerpo. Te he tocado toda, te he probado toda —dijo seductoramente.

—Dios, nunca me iré de esta habitación si no te detienes —dije con una risa más nerviosa que divertida. Su voz podía derretirme, debilitar mis rodillas.

Me deslicé junto a él y fui al armario. Junto a su ropa, encontré un vestido cruzado azul de mi talla, de seda y con un corte perfecto, y un vestido negro ajustado que parecía estar hecho para el asiento trasero de una limusina o una cena muy privada para dos. Mordí mis labios de solo pensar en ello.

Él era considerado, imponente y un poco travieso en el trato. Miré anhelante el vestido negro y me prometí a mí misma que encontraría una forma especial de agradecerle por su generosidad.

Seguidamente fui a la oficina con el vestido azul cruzado. Tenía correos electrónicos, mensajes de voz, y dos inversionistas potenciales que previamente me habían rechazado, aparentemente me habían enviado rosas con solicitudes para una reunión. Me sentía como la reina del baile, deseada y buscada de repente.

—Bueno, ahí lo tienes. Después de meses de hacer todo lo posible para conseguir atención, todo lo que tenías que hacer era vender tu casa y tu auto y luego acostarte con un tipo sexy que tuviese una entrevista con tu mamá. Deberíamos escribir un libro al respecto como la fórmula ganadora del marketing —dijo Hayley.

—Muy graciosa. Y el sexo con Adrián tiene otros beneficios además de exposición en los medios de comunicación.

—Sí, pero ahora no le estás ofreciendo acuerdos de patrocinio a antiguas concursantes de tercera en *The Bachelor* solo para que alguien mencione a Slay en *Insta*. Ese no es un logro pequeño.

—Soy afortunada. Llamemos a las cosas por su nombre.

—Tú llámalo suerte. Yo lo llamaré tener el hada padrino más sexy del universo —dijo Hayley—. De cualquier modo, Slay ya no tiene problemas financieros. He atendido llamadas de dieciséis personas preguntando si aceptamos pasantías, no remuneradas, rogando por aplicar.

—Entonces, ¿dices que tendremos a algunas personas por aquí aprendiendo del negocio y trayéndonos café? —dijo sonriendo.

—Digo que de nuevo podemos permitirnos ir por café. ¿Quieres ver las proyecciones del flujo de datos y las descargas? ¿O quieres llamar al tipo de la revista de tecnología que quiere entrevistarte?

—Ambas. Hagámoslo. Luego examinaremos a toda la gente que de repente quiere invertir y escogeremos a los que nos gusten.

—Creo que la actualización va a ser un éxito y estás a punto de tener algunos miembros premium de alto perfil. ¿Sabes esa cantante que te gusta? ¿Marisol algo? Su representante llamó diciendo que quiere visitar las instalaciones y registrarse para una membresía. Incluso estaría dispuesta a escribir en su blog sobre ello.

—¿Marisol Cortez? ¡Es asombrosa! No puedo creerlo.

—Bueno, mujer, siéntate, porque tienes llamadas serias que devolver —dijo Hayley.



Llevé a Clara a una cena a la luz de las velas. Reservé el salón privado de mi propio restaurante y escogí el menú yo mismo. Estaba deslumbrante con un vestido rojo y su cabello suelto y rizado como me gustaba. Me había burlado de ella por haber usado cien alfileres para el cabello cada vez que se lo arreglaba, pero la verdad era que quería poner mis manos en su cabello cuando la besaba. Y quería besarla todo el tiempo.

En el salón poco iluminado, con un jazz suave de fondo, llevé a Clara a mi lado hasta los asientos de terciopelo negro. Todo allí era lujoso y extravagante. La champaña, las copas delgadas y cristalinas de flauta, las altas velas blancas que ardían sobre bases de cristal rojo. Atraje a Clara hacia mí, mi brazo la acercaba a mi pecho automáticamente. Algo sobre ella siempre me hacía volver por defecto al cavernícola, al macho alfa posesivo que quería protegerla, guardarla, marcarla como mía. Besé sus rulos. Ella prácticamente ronroneaba en mis brazos.

—Esto es perfecto. ¿Todos tus restaurantes tienen un salón privado como este? Es tan decadentista.

—Tendrás que visitarlos todos conmigo y ver cuál te gusta más. El de Roma está en la bodega de los vinos, debajo del restaurante. Tenemos velas puestas en los soportes de las paredes... Es mi favorito. Muy del viejo mundo.

—Mmm. Me gusta este. Pero me encantaría ir a Roma contigo, si me estás invitando —dijo.

Siempre hacia eso, parecía un poco insegura. Como si yo de repente fuera a decidir que ella no era el amor de mi vida. Tomé su rostro entre mis manos.

—Ya he tenido suficiente de eso de tu parte. Tú eres la mujer que escogí. No me retractaré de eso, no cambiaré mi opinión. Quiero llevarte a Roma. Quiero llevarte adonde sea que vaya, de hecho. Pero lo primero que quiero es que te vayas a vivir conmigo.

—Ya me estoy quedando en el hotel contigo.

—Quiero decir, que te quiero a ti y a todas tus cosas en mi casa en Santa Bárbara. Quiero saber que puedo despertar contigo todos los días, no solo por ahora. Solo porque esto sea nuevo entre nosotros no significa que no sea permanente.

—Yo...

—No me digas que te gusta quedarte en el futón de Hayley.

—No —dijo— No me gusta. Solo que no puedo imaginarme que de verdad quieres que me mude.

—No solo quiero que te mudes conmigo, sino que te daré mil dólares ahora mismo si me dejas llamarte Blake —dije.

Ví el destello de alegría y humor en sus ojos y escuché su risa hermosa y plena. Tuve que besarla de inmediato.

—Bien —dijo ella—. Pero cada vez que me llames Blake tendrás que comerte una nuez.  
La besé en la cabeza otra vez.

—Vendiste tu apartamento. Estás quedándote en mi *suite* y yendo y viniendo de casa de Hayley a buscar tus cosas. Si mi encanto es suficiente para elevar humildes nueces de cóctel mixtas, ¿es suficiente para convencerte de vivir conmigo? —dijo. Intenté decirlo con ligereza, pero necesitaba que me dijera que sí. Necesitaba que supiera que era mía, que se iba a quedar conmigo. A su tiempo, le daría más que la llave de mi casa.

Le daría un anillo.

Le daría mi apellido.

Entonces me miró a los ojos como si pudiera oír lo que estaba pensando. Me besó suavemente, luego se acurrucó contra mi pecho, su cabeza estaba en ese perfecto espacio en la curva de mi cuello.

—¿Cómo pudiste creer que te diría algo que no fuese un sí? —me dijo con voz ronca y baja—. Por supuesto que me quiero ir a vivir contigo. Quiero estar contigo todos los días. Quiero...

—¿Quieres vivir feliz para siempre conmigo? —dijo, envolviendo mis brazos a su alrededor.

—Sí —admitió—. Sí quiero.

—Me gusta cómo suena eso. Tú diciéndome que sí —dijo.

Tembló en mis brazos y miró hacia arriba para ver mis ojos.

—Sí, lo sabes. Siempre lo haré —dijo con los ojos llenos de amor.

—Yo también, Clara —dijo, y le di un beso lento y profundo.

¡POR FAVOR NO OLVIDES DEJAR UN COMENTARIO!

Muchas gracias por leer mi novela.

Como nueva autora independiente, significa mucho para mí recibir comentarios de mis lectores. Si pudieras tomarte el tiempo de dejar una opinión cuando termines de leer, te lo agradecería mucho. Leer los correos electrónicos y las críticas sobre mi historia de parte de ustedes significa todo para mí.

Gracias de nuevo.

## SOBRE LA AUTORA

Annie J. Rose es una autora de romance contemporáneo a quien le encanta dar vida a todas tus fantasías. Escribe ardientes historias de romance con finales felices.

Nació y creció en Nueva Zelanda, y a menudo pasa la mayor parte de su tiempo escribiendo historias en su balcón. Es farmacéutica de día, escritora de indecencias por la noche.

Para cualquier pregunta o inquietud, por favor contáctame en: [spanish@anniejrose.com](mailto:spanish@anniejrose.com)

Suscríbete a mi boletín de noticias [AQUÍ](#)